SAGRADA BIBLIA

Levítico

Libro completo

«Sed santos, porque yo, el Señor Dios vuestro, soy santo»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 6

Antes de empezar 8

Veinticuatro palabras hebreas 15

El Levítico en la liturgia 17

1 El holocausto 19

2 La oblación 27

3 La hostia pacífica 31

4 El sacrificio por el pecado 35

5 Faltas escondidas y ofrendas del pobre 42

6 La reparación y el fuego perpetuo 47

7 La acción de gracias y la parte de los sacerdotes 55

8 La consagración de Aarón y de sus hijos 65

9 El octavo día: los primeros sacrificios de Aarón 72

10 El fuego extraño 77

11 Los animales puros e impuros 86

12 La madre después del parto 97

13 La lepra y el juicio del sacerdote 105

14 La purificación del leproso y de la casa 117

15 Los flujos del cuerpo 126
16 El Día de la Expiación 132
17 La sangre es la vida 144
18 Las uniones prohibidas 149
19 «Sed santos»: la santidad en la vida diaria 158
20 Las penas 167
21 La santidad de los sacerdotes 176
22 Las cosas santas y las víctimas sin tacha 182
23 Las fiestas del Señor 190
24 La lámpara, los panes y el blasfemo 201
25 El año sabático y el jubileo 206
26 Bendiciones y maldiciones 217
27 Los votos y los diezmos 226

PARA PROFUNDIZAR

1 ¿Por qué sacrificios? El sentido del culto de Israel 23
6 Confesar, reparar, ser perdonado 51
7 Del altar de Israel al altar de la misa 61
10 El fuego extraño: Nadab, Abiú y la reverencia en el culto 81
11 Lo puro y lo impuro 93
12 La purificación de María y la Presentación del Señor 100

13 La lepra en la Biblia y Jesús que toca al leproso 113
16 El Día de la Expiación y la carta a los Hebreos 140
18 Las leyes sexuales del Levítico y la moral cristiana 154
19 «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» 164
20 La pena de muerte en la Ley de Moisés y en la Iglesia 173
22 «Sed santos, porque yo soy santo» 186
23 Las fiestas de Israel y el año litúrgico 197
25 El jubileo de Israel y los jubileos de la Iglesia..... 213
26 Bendición, maldición y fidelidad de Dios 222

CUADROS

1 Los cinco sacrificios 22
4 Quién peca y qué ofrece 40
7 Del altar de Israel a la misa..... 60
8 Lo mandado y lo cumplido 70
10 Santo, común, puro, impuro 81
11 Los animales de Levítico 11..... 92
12 La ley de la madre y la Presentación de Jesús 100
13 Los leprosos de la Biblia 112
14 La purificación del leproso en tres tiempos..... 124
16 El Día de la Expiación y Cristo 138
16 El rito del Día de la Expiación 139

18 Los grados prohibidos y el derecho de la Iglesia..... 153
19 «Amarás a tu prójimo» en el Nuevo Testamento 163
20 Delitos y penas en Levítico 20 172
21 Los grados de santidad 180
23 Del calendario de Israel al año de la Iglesia 196
25 Los años santos de la Iglesia 212
27 Lo que valía una persona 230
Repaso 232
Notas personales 238
Sobre esta edición 239

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · Lv 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como los cinco sacrificios, los animales puros e impuros, el Día de la Expiación y la carta a los Hebreos o los años santos de la Iglesia. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

El libro de la santidad

El Levítico es el tercer libro de la Biblia y ocupa el centro del Pentateuco: dos libros lo preceden y dos lo siguen. En hebreo se titula *Wayyiqrá*, «Y llamó», por su primera palabra; los antiguos rabinos lo llamaban también *Torat kohanim*, «instrucción de los sacerdotes». El nombre «Levítico» viene de la traducción griega y de la latina, y significa «el libro levítico», es decir, el del culto que servían los sacerdotes de la tribu de Leví. Curiosamente, los levitas como tales solo aparecen en dos versículos (25,32-33).

Es un centro también en otro sentido. Según una antigua cuenta de los escribas que recoge el Talmud (*Kidushín* 30a), la palabra y la letra que marcan la mitad de toda la Torá están en el Levítico (10,16 y 11,42). Los recuentos modernos no coinciden del todo, pero la idea es elocuente: en el corazón de la Ley están el culto y la santidad.

El Éxodo terminaba con la gloria del Señor llenando la morada, con tal fuerza que Moisés no podía entrar (Éx 40,35). El Levítico empieza justo ahí: «llamó el Señor a Moisés, y le habló desde el Tabernáculo» (1,1). El Dios que bajó al Sinaí habita ahora en medio de su pueblo, y el libro responde a una pregunta: ¿cómo puede un pueblo pecador

vivir junto al Dios santo sin ser consumido? La respuesta tiene dos partes: el culto, que Dios mismo regala para rehacer la comunión rota, y una vida santa, que alcanza la mesa, el cuerpo, la familia, el trabajo, el trato con el pobre y con el forastero.

Todo ocurre al pie del Sinaí y en apenas un mes: entre el día en que se levanta la morada (Éx 40,17) y el censo con que empieza el libro de los Números (Nm 1,1). Casi no hay narraciones; solo dos episodios: la consagración de los sacerdotes, con la muerte de Nadab y Abiú (8 – 10), y el castigo de un blasfemo (24,10-23).

CÓMO ACERCARSE A DIOS

1 – 7	Los sacrificios: holocausto, oblación, hostia pacífica, sacrificio por el pecado y por el delito
8 – 10	La consagración de los sacerdotes; el fuego extraño
11 – 15	Lo puro y lo impuro: los alimentos, el parto, la lepra, los flujos
16	El Día de la Expiación

17	La sangre y el lugar del sacrificio
18 – 20	La santidad del pueblo: la familia, el prójimo, el forastero
21 – 22	La santidad de los sacerdotes y de las ofrendas
23	Las fiestas del Señor
24	La lámpara, los panes y el blasfemo
25	El año sabático y el jubileo
26	Bendiciones y maldiciones
27	Apéndice: los votos y los diezmos

Quién lo escribió

La tradición judía y cristiana atribuye el Levítico a Moisés, y el libro repite que todo lo dijo el Señor a Moisés en el monte Sinaí (7,38; 26,46; 27,34). Los estudiosos piensan que reúne las tradiciones de los sacerdotes del templo de Jerusalén, puestas por escrito y ordenadas a lo largo de siglos. Suelen distinguir dos manos: un escrito sacerdotal, que regula el culto y la pureza (capítulos 1 – 16), y los capítulos 17 – 26, que el alemán August Klostermann llamó en 1877 «Código de santidad» por su estribillo: «sed santos, porque yo soy santo». Muchos sitúan la redacción final durante el destierro de Babilonia o poco después, en los si-

glos VI y V a. C.; otros, como el gran comentarista judío Jacob Milgrom, piensan que buena parte del material es anterior al destierro y que la mano del Código de santidad revisó y completó el escrito sacerdotal. Algunos ritos tienen paralelos en Ugarit, en Mesopotamia y entre los hititas, y pueden ser muy antiguos. La Iglesia acoge estos estudios y confiesa a la vez que Dios es el autor de la Escritura, que se valió de autores humanos verdaderos (*Dei Verbum*, n. 11; ver «Antes de empezar» en el Génesis).

Cómo leerlo

El Levítico es un libro de instrucciones: cómo ofrecer, qué comer, cuándo se queda impuro y cómo purificarse, qué fiestas celebrar. Puede parecer el libro más lejano de la Biblia. Pero detrás de los detalles hay una idea grandiosa: Dios quiere habitar en medio de su pueblo, «fijaré mi Tabernáculo en medio de vosotros... andaré entre vosotros y seré vuestro Dios» (26,11-12), y esa cercanía lo cambia todo. La palabra «santo» recorre el libro de principio a fin, y una y otra vez resuena la firma «Yo el Señor». La santidad no se queda en el templo: el mismo capítulo que manda «sed santos» manda dejar espigas para el pobre, pagar el jornal sin demora, no poner tropiezo al ciego, honrar al anciano, amar al forastero y amar al prójimo «como a ti mismo» (19,9-18.32-34). Un midrash cuenta que los niños judíos empezaban a estudiar la Torá por el Levítico: que los

puros, decían, vengan a ocuparse de lo puro (*Levítico Rabá* 7,3).

Para los cristianos, el Levítico es una gran escuela de figuras. Sus sacrificios, su sacerdocio y su Día de la Expiación preparan el único sacrificio de Cristo, sacerdote y víctima a la vez, que entró «una vez para siempre» en el santuario con su propia sangre (Heb 9,12); la Carta a los Hebreos es, en buena parte, una lectura cristiana de este libro. El Catecismo enseña que aquel sacerdocio no podía realizar la salvación, y por eso repetía sin cesar sus sacrificios (n. 1540), y cuenta la unción de los sacerdotes, la imposición de manos y los sacrificios entre los signos de la antigua alianza en los que la Iglesia ve una prefiguración de los sacramentos (n. 1150). La palabra latina *hostia*, que Torres Amat usa para la víctima del altar, es la misma con que llamamos al pan consagrado de la misa. Jesús tocó al leproso (Mc 1,41), declaró puros todos los alimentos (Mc 7,19; Catecismo, n. 582) y resumió la Ley en el amor a Dios y al prójimo, con palabras del Levítico (Mt 22,39). Orígenes le dedicó dieciséis homilías que leen cada rito como una enseñanza sobre Cristo y sobre la vida espiritual.

El libro tiene también páginas duras: la impureza ligada al parto y a la menstruación, el aislamiento de los enfermos de la piel, la pena de muerte para muchos delitos, la condena de las relaciones entre varones (18,22; 20,13), la escla-

vitud de los extranjeros (25,44-46). El concilio Vaticano II recuerda que los libros del Antiguo Testamento contienen también elementos imperfectos y pasajeros, y que muestran a la vez la verdadera pedagogía de Dios (*Dei Verbum*, n. 15; Catecismo, n. 122). La tradición distingue en la Ley de Moisés los preceptos morales, que siguen obligando, de los ceremoniales y judiciales, propios de la antigua alianza y cumplidos en Cristo (santo Tomás, *Suma teológica* I-II, qq. 99-105). Las notas y los ensayos tratan estos textos con honestidad, a la luz de toda la Escritura y de la enseñanza de la Iglesia.

Sobre esta traducción

Torres Amat sigue la Vulgata, que en este libro deja huellas visibles. Llama a la morada «Tabernáculo del Testimonio», donde el hebreo dice «tienda del encuentro», y a los sacrificios de comunión, «hostias pacíficas». Traduce los misteriosos urim y tumim del pectoral por «Doctrina y Verdad» (8,8), y al macho cabrío destinado a Azazel lo llama «macho cabrío emisario» (16,8). Los nombres de varios animales del capítulo 11 vienen del latín: el «querogrilo» (11,5), el «grifo» (11,13), el «brugo» y el «attaco» (11,22). En 19,18 la Vulgata dice «amarás a tu amigo», y Torres Amat añade «o prójimo», la palabra que usan los Evangelios al citar el versículo (Mt 22,39). Como en los libros anteriores, las glosas unidas con «o», como «la Expiación o per-

dón» (23,27), suelen ser aclaraciones suyas, aunque no siempre: en «espíritu pitónico o de adivinación» (20,27) las dos expresiones están ya en la Vulgata. A veces parafrasea por pudor o por claridad, como en 18,7 y 18,22. Las notas lo señalan, y también dónde la Vulgata se aparta del hebreo.

La numeración de los capítulos 5 y 6 difiere de la de muchas Biblias modernas, y el versículo 22,5, perdido en la transcripción digital, se ha recuperado de la primera edición; el colofón lo explica.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: el sentido de los sacrificios y la misa, lo puro y lo impuro, la lepra y Jesús, el Día de la Expiación y la carta a los Hebreos, el amor al prójimo, «sed santos», las leyes sexuales y la pena de muerte, las fiestas o el jubileo. Todos aparecen en el índice.

Veinticuatro palabras hebreas

Las palabras clave del Levítico en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

וַיִּקְרָא	**Wayyiqrá** · «Y llamó»; título hebreo del libro 1,1
קָרְבָּן	**qorbán** · ofrenda; de la raíz «acercar» 1,2
עֹלָה	**olá** · holocausto; «lo que sube» en el humo 1,3
כִּפֶּר	**kipper** · expiar, purificar; quizá «cubrir» 1,4; 16,30
רֵיחַ נִיחֹחַ	**reaj nijóaj** · «olor que aplaca»; aquí, «olor suavísimo» 1,9
מִנְחָה	**minjá** · don, ofrenda de harina 2,1
זֶבַח שְׁלָמִים	**zébaj shelamim** · sacrificio de comunión; aquí, «hostia pacífica» 3,1
חַטָּאת	**jattat** · pecado; sacrificio por el pecado 4,3
אָשָׁם	**asham** · culpa; sacrificio de reparación, aquí «por el delito» 5,15
תּוֹדָה	**todá** · acción de gracias 7,12
אוּרִים וְתֻמִּים	**urim we-tummim** · objetos para consultar a Dios; aquí, «Doctrina y Verdad» 8,8
אֵשׁ זָרָה	**esh zará** · fuego extraño 10,1
קֹדֶשׁ · חֹל	**qódesh · jol** · lo santo · lo profano o común 10,10
טָהוֹר · טָמֵא	**tahor · tamé** · puro · impuro 10,10; 11,47
צָרַעַת	**tsaráat** · enfermedad de la piel; aquí, «lepra» 13,2

עֲזָאזֵל	**Azazel** · nombre de sentido discutido; aquí, «macho cabrío emisario» 16,8
יוֹם הַכִּפֻּרִים	**yom ha-kippurim** · Día de la Expiación, Yom Kipur 23,27
נֶפֶשׁ · דָּם	**néfesh · dam** · vida, alma · sangre 17,11
קְדֹשִׁים תִּהְיוּ	**qedoshim tihyú** · «seréis santos» 19,2
רֵעַ	**réa** · prójimo, compañero 19,18
גֵּר	**guer** · forastero, inmigrante 19,34
יוֹבֵל	**yobel** · cuerno de carnero; jubileo 25,10
דְּרוֹר	**deror** · libertad; aquí, «remisión» 25,10
חֵרֶם	**jérem** · consagración irrevocable, anatema 27,28

El Levítico en la liturgia

El Levítico es uno de los libros que menos se leen en la misa: dos domingos y tres ferias. Pero sus palabras resuenan a menudo en los Evangelios que se proclaman.

Lecturas del Levítico

Celebración	Lectura
6.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B	Lv 13,1-2.44-46 (el leproso vive apartado), con la curación de un leproso (Mc 1,40-45)
7.º domingo del tiempo ordinario, ciclo A	Lv 19,1-2.17-18 («sed santos»; «amarás a tu prójimo»), con Mt 5,38-48
Lunes de la 1.ª semana de Cuaresma	Lv 19,1-2.11-18, con el juicio final (Mt 25,31-46)
Viernes de la 17.ª semana del tiempo ordinario, año impar	Lv 23,1.4-11.15-16.27.34b-37 (las fiestas del Señor)
Sábado de la 17.ª semana, año impar	Lv 25,1.8-17 (el año del jubileo)

El Levítico en los Evangelios y las cartas

Celebración	Lectura
Presentación del Señor, «la Candelaria» (2 de febrero)	Lc 2,22-40: la purificación de María y las dos tórtolas de los pobres (Lv 12,8)
3.er domingo del tiempo ordinario, ciclo C	Lc 4,14-21: Jesús proclama «el año de gracia del Señor» (Lv 25)
15.º domingo, ciclo C	Lc 10,25-37: «¿Quién es mi prójimo?»; el buen samaritano (Lv 19,18)
28.º domingo, ciclo C	Lc 17,11-19: los diez leprosos, enviados a los sacerdotes (Lv 14,2)
30.º domingo, ciclo A, y 31.º domingo, ciclo B	Mt 22,34-40 y Mc 12,28b-34: el mandamiento principal (Lv 19,18)
Viernes Santo, segunda lectura	Heb 4,14-16; 5,7-9: Cristo, sumo sacerdote (Lv 16)
Corpus Christi, ciclo B, segunda lectura	Heb 9,11-15: Cristo entra en el santuario con su propia sangre (Lv 16)

El Leccionario usa la numeración moderna, que en estos pasajes coincide con la de esta edición. Los años santos de la Iglesia, como el Jubileo de 2025, toman su nombre del jubileo de Lv 25.

1

El *holocausto*

El Levítico empieza donde terminó el Éxodo: la gloria del Señor llena la morada y, desde ella, Dios llama a Moisés. Lo primero que le enseña es el sacrificio más completo, el holocausto, que se quema entero sobre el altar. El capítulo presenta tres casos, según los medios del oferente: un toro (vv. 3-9), una oveja o una cabra (vv. 10-13) o un ave (vv. 14-17). El rito sigue siempre los mismos pasos: presentar la víctima, imponerle la mano, degollarla, derramar la sangre, despiezarla y quemarla. Y los tres casos terminan con la misma fórmula: «olor suavísimo al Señor».

Dios llama desde la morada

1 Y llamó el Señor a Moisés [1], y le habló desde el Tabernáculo del Testimonio [2], diciendo: 2 Habla a los hijos de
Israel y diles: Cuando alguno de vosotros quiera presentar
al Señor una ofrenda [3] de los ganados, esto es, una víctima de bueyes o de ovejas,

Un toro del ganado mayor

3 si su oblación fuere holocausto [4], y de la vacada, ha de
ofrecer macho sin tacha [5] en la puerta del Tabernáculo
del Testimonio, a fin de hacerse propicio al Señor [6]; 4 y
pondrá la mano sobre la cabeza [7] de la hostia [8], y así será

aceptada por Dios y servirá a su expiación [9]. [5] Y ha de inmolar el becerro [10] en la presencia del Señor; y los sacerdotes, hijos de Aarón, ofrecerán su sangre, derramándola alrededor del altar que está ante la puerta del Tabernáculo;

[6] y quitada la piel a la víctima, cortarán en trozos los miembros; [7] y pondrán fuego a la leña [11], dispuesta de antemano debajo del altar; [8] y colocarán encima por orden los miembros hechos pedazos, es a saber, la cabeza, y todo lo que está pegado al hígado, [9] y los intestinos y patas, lavados antes con agua; y el sacerdote lo quemará todo sobre el altar en holocausto de olor suavísimo al Señor [12].

Una oveja, una cabra o un ave

[10] Pero si la ofrenda es holocausto de ganado menor, esto es, de ovejas o cabras, ha de ofrecer macho sin tacha; [11] y le degollará delante del Señor, al lado del altar que mira el septentrión [13]; y su sangre la derramarán los hijos de Aarón sobre todo el circuito del altar; [12] y partirán los miembros, la cabeza y todo lo que está pegado al hígado, y lo colocarán sobre la leña, a la cual se pondrá fuego; [13] lavando antes en agua los intestinos y las patas. Y el sacerdote hará quemar toda la ofrenda sobre el altar en holocausto de olor suavísimo al Señor.

14 Pero si la ofrenda del holocausto hecha al Señor fuere de
aves, será de tórtolas o de pichones [14], 15 la ofrecerá el sa-
cerdote sobre el altar y retorcido el pescuezo [15] y abierta
en él una herida, hará correr la sangre sobre el borde del
altar; 16 el buche y las plumas lo arrojará [16] junto al altar,
al lado oriental, donde se echan las cenizas; 17 le quebran-
tará los alones, mas no la cortará [17], ni la partirá con hie-
rro; y puesto fuego debajo de la leña, la quemará sobre el
altar. Holocausto es éste y oblación de olor suavísimo al
Señor.

¿Sabías que?

La Misná, en el tratado dedicado a las ofrendas de harina, observa que el Levítico dice lo mismo, «olor suavísimo al Señor», del holocausto del toro (1,9), del de las aves (1,17) y de la ofrenda de harina (2,2). Y saca una conclusión: «lo mismo da que uno ofrezca mucho o poco, con tal que dirija su corazón al cielo» (Menajot 13,11). Jesús dirá algo parecido de la viuda pobre que echó dos moneditas en el templo: «ha echado más que todos» (Mc 12,43).

Los cinco sacrificios

Sacrificio	Qué se ofrece y para quién es	Sentido
Holocausto עֹלָה **olá** **1; 6,8-13**	Un macho sin tacha de vacas, ovejas o cabras, o un ave. Se quema entero; el sacerdote recibe solo la piel (7,8).	Don total y adoración: «lo que sube» a Dios
Oblación מִנְחָה **minjá** **2; 6,14-23**	Flor de harina con aceite e incienso, cruda o cocida. Un puñado y todo el incienso se queman «para recuerdo»; el resto es para los sacerdotes.	Regalo y tributo; la ofrenda de quien no tiene ganado
Hostia pacífica שְׁלָמִים **shelamim** **3; 7,11-34**	Macho o hembra sin tacha. La grasa se quema; el pecho y la espaldilla derecha son para los sacerdotes; el resto lo come el oferente con los suyos.	Comunión: un banquete «delante del Señor», por gratitud, por un voto o por devoción
Por el pecado חַטָּאת **jattat** **4,1 – 5,13; 6,24-30**	Becerro, macho cabrío, cabra u oveja, dos aves o harina, según quién peca. La grasa se quema; la carne es para los sacerdotes, o se quema fuera si la sangre entró en el santuario.	Purificación del santuario y del pecador tras una falta involuntaria
Por el delito אָשָׁם **asham** **5,14 – 6,7; 7,1-7**	Un carnero sin tacha, con la restitución del daño y un quinto más. La grasa se quema; la carne es para los sacerdotes.	Reparación de lo quitado a Dios o al prójimo

Los tres primeros pueden ser voluntarios; los dos últimos son obligatorios para quien ha pecado. Entre el holocausto, que se da entero a Dios, y la hostia pacífica, en la que comen Dios, los sacerdotes y el oferente, se mueve todo el culto de Israel: la adoración y la comunión. De 1,1 a 6,7 la Ley habla al oferente; de 6,8 a 7,38 repasa los mismos sacrificios desde el lado del sacerdote.

PARA PROFUNDIZAR

¿Por qué sacrificios? El sentido del culto de Israel

Pocas páginas de la Biblia resultan tan lejanas para el lector de hoy: sangre derramada alrededor del altar, animales despiezados, grasa que arde día y noche. Pero durante milenios casi todos los pueblos ofrecieron sacrificios a sus dioses, e Israel no fue una excepción. Lo propio de Israel fue darles un sentido nuevo, a la luz de su fe en un Dios único y santo, que no necesita nada y que, sin embargo, quiere habitar en medio de su pueblo.

Los capítulos 1 a 7 describen cinco formas de sacrificio, que expresan tres actitudes. El holocausto, que se quema entero, y la oblación, que en su origen era un regalo o un tributo, son dones: reconocen que todo viene de Dios. La hostia pacífica termina en un banquete «delante del Señor»: es la comunión. El sacrificio por el pecado y el del delito purifican y reparan: son la expiación. El Catecismo lo resume: es justo ofrecer a Dios sacrificios «en señal de adoración y de gratitud, de súplica y de comunión» (n. 2099).

El sacrificio de Israel no es comida para Dios. En Mesopotamia, los sacerdotes servían cada día comidas a las estatuas de los dioses, y la epopeya de Gilgamesh imagina a los dioses hambrientos agolpándose «como moscas» en torno al sacrificio después del diluvio. El Levítico conserva expresiones antiguas, como «alimento del fuego» (3,11), pero el Salmo 50 las desmonta con ironía: «si tuviera hambre, no te lo diría… ¿Comeré yo carne de toros, beberé sangre de machos cabríos?» (Sal 50,12-13). Dios no necesita nuestros bienes, explica san Agustín: el culto aprovecha al hom-

bre, no a Dios, como no se le hace un favor a la fuente bebiendo de ella (*La ciudad de Dios* X,5).

Por eso los profetas pudieron criticar con dureza los sacrificios: «aborrezco vuestras fiestas... que fluya como agua el derecho» (Am 5,21-24); «misericordia quiero, y no sacrificio» (Os 6,6); «¿qué me importa la multitud de vuestros sacrificios?... buscad la justicia» (Is 1,11-17). No rechazaban el culto, sino el culto separado de la justicia y del corazón. El Salmo 51 lo muestra en pocas líneas: «mi sacrificio es un espíritu quebrantado», y luego: «entonces aceptarás los sacrificios rituales» (Sal 51,19.21). Jesús citó dos veces a Oseas (Mt 9,13; 12,7), y el Catecismo recoge la enseñanza: el sacrificio exterior, para ser auténtico, debe expresar el sacrificio espiritual (n. 2100).

San Agustín dejó la definición que guiaría a la teología: «el sacrificio visible es sacramento, es decir, signo sagrado, del sacrificio invisible» (*La ciudad de Dios* X,5); y verdadero sacrificio es toda obra que nos une a Dios en santa compañía (X,6). Santo Tomás de Aquino explicó que los sacrificios de la Ley tenían una razón literal, orientar la mente hacia Dios y apartar al pueblo de la idolatría, y una razón figurativa: anunciaban el sacrificio de Cristo (*Suma teológica* I-II, q. 102, a. 3). En el siglo XII, el filósofo judío Moisés Maimónides propuso otra lectura: Dios habría permitido los sacrificios como una concesión a las costumbres de la época, para encauzar hacia sí un culto que el pueblo no habría sabido abandonar de golpe (*Guía de perplejos* III,32). Najmánides le replicó que el rito enseña algo más hondo: el oferente debía ver en la

víctima lo que él mismo merecía por su pecado, y en su aceptación, la misericordia de Dios (comentario a Lv 1,9).

La Carta a los Hebreos pone en boca de Cristo, al entrar en el mundo, el Salmo 40: «no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; holocaustos y víctimas por el pecado no te agradaron; entonces dije: aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Heb 10,5-7). La lista recoge casi todos los sacrificios del Levítico, y todos desembocan en una sola ofrenda, la del cuerpo de Cristo, «una vez para siempre» (Heb 10,10); el Catecismo enseña que ese sacrificio es único, y que da plenitud a todos los demás y los sobrepasa (n. 614). Desde entonces, el cristiano ofrece su propia vida como «hostia viva» (Rom 12,1). Y la tradición judía, sin templo desde el año 70, llegó a una conclusión cercana: según un antiguo relato, Rabán Yojanán ben Zakai consoló a un discípulo que lloraba ante las ruinas del templo diciéndole que les quedaba otra expiación igual de eficaz, las obras de misericordia, «porque está escrito: misericordia quiero, y no sacrificio» (*Abot de Rabí Natán* 4).

PAUSA

1. El holocausto se quemaba entero: nada quedaba para el oferente. ¿Qué das a Dios sin guardarte nada?
2. Dios aceptaba igual el toro del rico y la tórtola del pobre. ¿Te parece poco lo que puedes ofrecerle?
3. «Ofreced vuestros cuerpos como hostia viva» (Rom 12,1). ¿Qué parte de tu día podrías convertir en ofrenda?

Para orar. *Señor, recibe mi vida entera como un holocausto de olor suave, unida a la ofrenda de tu Hijo.*

2

La oblación

Después de los sacrificios de animales, la ofrenda vegetal: la oblación (en hebreo, minjá), hecha de flor de harina, aceite e incienso, la ofrenda de quien no tiene ganado. El capítulo presenta primero la harina cruda (vv. 1-3) y luego la cocida en horno, en sartén o en cazuela (vv. 4-10); en cada caso, un puñado se quema «para recuerdo» y el resto es para los sacerdotes. Siguen tres reglas para toda ofrenda: nada de levadura ni de miel, y siempre sal (vv. 11-13). El capítulo termina con la oblación de las primicias: espigas tiernas tostadas al fuego (vv. 14-16).

La flor de harina

1 Cuando alguna persona [1] ofreciere al Señor una oblación
de harina en sacrificio de acción de gracias [2], será su
ofrenda flor de harina, sobre la cual derramará aceite y
pondrá incienso [3], 2 y la presentará a los sacerdotes, hijos
de Aarón; uno de los cuales tomará un puñado entero de
flor de harina, con el aceite y todo el incienso, y lo quema-
rá sobre el altar, como para recuerdo [4] y olor suavísimo al
Señor. 3 Lo restante del sacrificio será de Aarón y sus
hijos [5], y se mirará como cosa sagrada y santa [6], por
cuanto proviene de las oblaciones del Señor.

Panes cocidos en horno, en sartén o en cazuela

4 Mas si se ofreciere ofrenda de flor de harina cocida en
horno, han de ser panes sin levadura amasados con aceite,
y lasañas también sin levadura [7] untadas con aceite. 5 Si
tu ofrenda fuere de cosa frita en sartén [8], será de flor de
harina amasada con aceite, sin levadura. 6 Y la desmenu-
zarás, y echarás aceite sobre ella. 7 Y si la ofrenda se hicie-
re de cosa cocida en parrilla o cazuela, será igualmente la
flor de harina amasada con aceite;

8 y ofreciéndola al Señor, la pondrás en manos del sacerdo-
te; 9 quien después de hecha la oferta al Señor, tomará par-
te de ella para memoria delante de Dios, y la quemará so-
bre el altar en olor suavísimo al Señor. 10 El resto será de
Aarón y de sus hijos; siendo como es cosa santa y sagrada,
por tomarse de las oblaciones del Señor.

Ni levadura ni miel; siempre sal

11 Toda ofrenda que se ofrece al Señor ha de ser sin
levadura [9]; y no se ha de quemar sobre el altar en sacrifi-
cio al Señor cosa con levadura, ni con miel. 12 De estas co-
sas solamente podéis ofrecer primicias y presentes [10]; mas
no se podrán ofrecer sobre el altar en olor de suavidad.
13 Todo lo que ofreciereis en sacrificio, lo has de sazonar
con sal, y no faltará del sacrificio la sal de la alianza con
Dios [11]. En todas tus ofrendas ofrecerás sal.

14 Pero cuando ofrecieres al Señor la oblación de las primicias de tus mieses, de las espigas, todavía verdes [12], las has de tostar al fuego, y desmenuzar como se hace con el grano, y ofrecerás así tus primicias al Señor, 15 derramando encima aceite y poniendo incienso, por ser oblación del Señor. 16 De la cual el sacerdote quemará en memoria del don, parte del grano desmenuzado y del aceite y todo el incienso.

¿Sabías que?

Hasta la reforma litúrgica que siguió al concilio Vaticano II, en el rito del bautismo el sacerdote ponía en la boca del que iba a ser bautizado unos granos de sal bendita, diciendo: «Recibe la sal de la sabiduría» (Accipe sal sapientiae). Y durante siglos, al bendecir el agua bendita, se le mezclaba sal, en recuerdo del profeta Eliseo, que sanó las aguas de Jericó echando sal en el manantial (2 Re 2,19-22). Eran ecos cristianos de la «sal de la alianza» (2,13).

PAUSA

1. La oblación se preparaba con el pan y el aceite de cada día. ¿Qué parte de tu vida cotidiana podrías ofrecer a Dios?
2. «En todas tus ofrendas ofrecerás sal». ¿Qué da sabor y fidelidad a tu relación con Dios?
3. Las oraciones y las limosnas de Cornelio subieron «como memorial» ante Dios. ¿Qué te gustaría que Dios recordara de ti?

Para orar. *Señor, recibe el pan sencillo de mis días y sazónalo con la sal de tu alianza.*

3

La hostia pacífica

El tercer sacrificio es el de comunión, que Torres Amat llama, con la Vulgata, «hostia pacífica» (en hebreo, zébaj shelamim). No se quema entero como el holocausto: al altar sube solo la grasa que envuelve las entrañas, con los riñones y la telilla del hígado. Según el capítulo 7, el pecho y la espaldilla derecha son para los sacerdotes, y el resto lo come el oferente con los suyos: es un banquete en presencia de Dios. El rito se repite para tres animales, una res vacuna (vv. 1-5), una oveja (vv. 6-11) y una cabra (vv. 12-16), y termina con una ley perpetua: no comer grasa ni sangre (vv. 16-17).

Una res del ganado vacuno

1 Y si la oblación fuere una hostia pacífica [1] y quisiere ofrecerla de ganado vacuno, presentará delante del Señor [2] un
macho o hembra, que no tenga defecto, 2 y pondrá la
mano sobre la cabeza de su víctima, la cual será degollada
en la entrada del Tabernáculo del Testimonio [3]; y los sa-
cerdotes, hijos de Aarón, derramarán la sangre alrededor
del altar; 3 y sacarán de la hostia pacífica para oblación del
Señor el sebo que cubre las entrañas [4] y toda la grasa inte-
rior, 4 los dos riñones [5] con el sebo que cubre los ijares, y
con los riñones la telilla del hígado; 5 y encendiendo la

leña, quemarán todo esto como holocausto sobre el altar [6], para oblación de olor suavísimo al Señor.

Una oveja

[6] Pero si su oblación y hostia pacífica fuere de ovejas, ora ofrezca macho, ora hembra [7], han de ser sin tacha. [7] Si ofreciere un cordero en la presencia del Señor, [8] pondrá su mano sobre la cabeza de su víctima, la cual será degollada a la entrada del Tabernáculo del Testimonio; y los hijos de Aarón derramarán su sangre en torno del altar; [9] y de esta hostia pacífica ofrecerán en sacrificio al Señor la grasa y la cola entera [8], [10] con los riñones, y el sebo que cubre el vientre y todas las entrañas, y ambos riñones con el sebo pegado a los ijares, y con los riñones la telilla del hígado, [11] y el sacerdote ofrecerá todo esto sobre el altar para cebo del fuego [9], y oblación del Señor.

Una cabra; la grasa y la sangre

[12] Si su ofrenda fuere una cabra que ofreciere al Señor, [13] le pondrá la mano sobre la cabeza, y la inmolará en la entrada del Tabernáculo del Testimonio; y los hijos de Aarón verterán su sangre alrededor del altar; [14] y tomarán de ella para cebo del fuego del Señor la gordura que cubre el vientre, y la que cubre todas las entrañas; [15] los dos riñones con la telilla que los cubre junto a los ijares, y con los riñones la enjundia del hígado [10];

16 todo lo cual ofrecerá el sacerdote sobre el altar para nutrimento del fuego y olor suavísimo. Toda grosura pertenecerá al Señor [11], 17 por ley perpetua en todas vuestras generaciones y en todas vuestras moradas; no comeréis jamás ni sangre ni grasa [12].

¿Sabías que?

El historiador griego Heródoto, en el siglo V a. C., cuenta que en Arabia había dos clases de ovejas dignas de admiración: unas tenían la cola de no menos de tres codos de largo, y otras, de hasta un codo de ancho. Para que las de cola larga no se lastimaran arrastrándola, los pastores fabricaban carritos y se los ataban debajo, uno por oveja (*Historias* III,113). La oveja de cola grasa se sigue criando en todo Oriente Medio: su cola es la que se quemaba entera en el altar (3,9).

PAUSA

1. La hostia pacífica terminaba en una comida en familia «delante del Señor». ¿Cómo vives la mesa compartida en tu casa?
2. A Dios se le daba lo mejor, la grasa. ¿Le das tú lo mejor de tu tiempo y de tus fuerzas, o lo que sobra?
3. «¿No están en comunión con el altar los que comen de las víctimas?» (1 Cor 10,18). ¿Qué significa para ti comulgar?

Para orar. *Señor, que en tu mesa encuentre la paz contigo y con mis hermanos.*

4

El sacrificio por el pecado

Hasta aquí, ofrendas voluntarias. Ahora empieza lo obligatorio: el sacrificio por el pecado (en hebreo, jattat), para quien ha pecado «por ignorancia». El capítulo baja de arriba abajo en cuatro casos: el sumo sacerdote (vv. 3-12), toda la comunidad (vv. 13-21), un príncipe (vv. 22-26) y un hombre del pueblo, que puede ofrecer una cabra o una oveja (vv. 27-35). Lo decisivo es la sangre: cuanto más alto está el que peca, más adentro del santuario llega, hasta el velo del santísimo. El pecado no es un asunto privado: mancha la casa de Dios que está en medio del pueblo.

Si peca el sumo sacerdote

1 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Esto les dirás a los
hijos de Israel: Cuando una persona pecare por
ignorancia [1], haciendo alguna cosa de todas aquellas que
mandó el Señor que no se hiciesen; 3 si el que peca es el
sumo sacerdote, que está ungido [2], haciendo delinquir al
pueblo [3], ofrecerá al Señor por su pecado un becerro sin
tacha [4]. 4 Y lo traerá a la puerta del Tabernáculo del Testi-
monio, a la presencia del Señor, le pondrá la mano sobre
la cabeza y le sacrificará al Señor. 5 Tomará también parte
de su sangre, que meterá en el Tabernáculo del Testimo-

nio; [6] y habiendo mojado el dedo en la sangre, hará con ella siete aspersiones [5] en presencia del Señor, hacia el velo del santuario. [7] Y teñirá con la misma las puntas del altar de los perfumes gratísimos [6] al Señor, colocado en el Tabernáculo del Testimonio; pero toda la sangre restante la verterá en la basa del altar de los holocaustos [7], a la entrada del Tabernáculo.

[8] Después quitará el sebo del becerro sacrificado por el pecado, tanto el que cubre las entrañas como los demás intestinos, [9] los dos riñones y la telilla que está sobre ellos, junto con los ijares, y con los riñones la enjundia del hígado, [10] de la manera que se quita del becerro ofrecido como hostia pacífica; y lo quemará todo sobre el altar de los holocaustos. [11] Mas la piel y todas las carnes, con la cabeza y las patas, e intestinos y el excremento, [12] y lo restante del cuerpo, lo llevará fuera del campamento a un lugar limpio [8], donde se suelen echar las cenizas de las víctimas; y pondrá fuego a todas estas cosas, colocadas sobre un montón de leña, y serán consumidas en el cenicero.

Si peca toda la comunidad

[13] Pero si todo el pueblo de Israel pecare por ignorancia [9], e hiciere por inadvertencia alguna cosa prohibida por el Señor, [14] y después conociere su pecado, ofrecerá por el pecado un becerro, que conducirá a la entrada del Tabernáculo. [15] Los ancianos del pueblo pondrán las manos [10]

sobre la cabeza del becerro en la presencia del Señor, ante
la cual será degollado. 16 Y el sacerdote, que está ungido,
meterá parte de la sangre en el Tabernáculo del Testimo-
nio, 17 haciendo con el dedo mojado en dicha sangre siete
aspersiones hacia el velo, 18 y con la misma sangre rociará
las puntas del altar, que está ante el Señor en el Taber-
náculo del Testimonio; la sangre restante la derramará al
pie del altar de los holocaustos, colocado ante la puerta del
Tabernáculo del Testimonio. 19 Y le quitará todo el sebo, el
cual quemará sobre el altar; 20 haciendo en todo con este
becerro lo mismo que hizo antes con el otro; y orando por
ellos el sacerdote, Dios los perdonará [11]. 21 Al dicho bece-
rro le sacará fuera del campamento y le quemará también
como al primero, por ser sacrificio por el pecado de todo el
pueblo.

El príncipe y el hombre del pueblo

22 Si pecare un príncipe [12] o cabeza de tribu o pueblo, y por
ignorancia hiciere alguna de las muchas cosas que prohíbe
la ley del Señor, 23 y después reconociere su pecado, ofre-
cerá en sacrificio al Señor un macho cabrío sin tacha. 24 Y
pondrá sobre la cabeza de él su mano, y después de dego-
llado en el lugar en que suele inmolarse el holocausto de-
lante del Señor, porque es sacrificio por el pecado,
25 mojará el sacerdote el dedo en la sangre de esta víctima
por el pecado, tiñendo con ella las puntas del altar del

holocausto [13], y derramando el resto al pie de dicho altar. [26] Pero el sebo lo quemará encima, como se hace en las hostias pacíficas; entonces el sacerdote hará oración por él y por su pecado, y se le perdonará.

[27] Si algún particular del común del pueblo [14] pecare por ignorancia, cometiendo alguna cosa de las vedadas por la ley del Señor, y habiendo caído en culpa [28] reconociere su pecado, ha de ofrecer una cabra sin tacha, [29] y pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima que se ofrece por el pecado, y la degollará en el lugar de los holocaustos; [30] y el sacerdote mojará su dedo en la sangre, y tocando con ella las puntas del altar de los holocaustos, derramará la restante junto a su basa. [31] Y quitándole todo el sebo, como se suele quitar de las víctimas pacíficas, le quemará sobre el altar en olor de suavidad al Señor [15]; y hará oración por el que ha cometido la falta, y será perdonado.

[32] Pero si ofreciere por el pecado una víctima de ganado lanar, esto es, una oveja sin tacha, [33] pondrá la mano sobre la cabeza de ésta, y la degollará en el lugar donde se suelen degollar las víctimas de los holocaustos. [34] Y el sacerdote mojará en la sangre el dedo, y tocando con ella las puntas del altar de los holocaustos, la demás la derramará al pie del altar. [35] Y quitando también toda la grasa, así como se quita del carnero sacrificado por hostia pacífica, la quema-

rá sobre el altar como un incienso ofrecido al Señor; y orará por el que ofrece y por su pecado, y le será perdonado.

¿Sabías que?

El gran comentarista judío Jacob Milgrom (1923-2010), autor de un monumental comentario al Levítico, explicó este capítulo con una imagen literaria: el santuario es como el retrato de Dorian Gray en la novela de Oscar Wilde. El pecado no deja marcas visibles en el rostro del pecador, pero va manchando la casa de Dios, más adentro cuanto más grave es, y la sangre del sacrificio por el pecado es el «detergente» que la limpia. Si las manchas se acumulan, Dios termina por abandonar su casa, como Ezequiel vio salir la gloria del templo (Ez 10,18-19).

Quién peca y qué ofrece

Quién	Víctima	Qué se hace con la sangre
Sumo sacerdote 4,3-12	Un becerro sin tacha	Siete aspersiones hacia el velo; en los cuernos del altar del incienso; el resto, al pie del altar de los holocaustos. La carne se quema fuera del campamento.
La comunidad 4,13-21	Un becerro; los ancianos le imponen las manos	Lo mismo que en el caso del sumo sacerdote.
Un príncipe 4,22-26	Un macho cabrío sin tacha	En los cuernos del altar de los holocaustos; el resto, a su pie. La carne es para los sacerdotes (6,26).
Un particular 4,27-35	Una cabra o una oveja sin tacha	Lo mismo que en el caso del príncipe.
Un pobre 5,7-10	Dos tórtolas o dos pichones: uno por el pecado y otro en holocausto	Se rocía la pared del altar; el resto gotea a su pie.
El más pobre 5,11-13	Una décima de efi de flor de harina, sin aceite ni incienso	No hay sangre: se quema un puñado en el altar.

Cuanto más alto está el que peca, más adentro llega la sangre: hasta el velo del santísimo, por el sumo sacerdote y por todo el pueblo; solo hasta el altar exterior, por el príncipe y por el particular. El Día de la Expiación llegará al propiciatorio mismo (16,14-15). Y nadie es demasiado pobre para ser perdonado.

PAUSA

1. El pecado del que tenía más responsabilidad llegaba más adentro del santuario. ¿A quiénes afectan tus faltas, además de a ti?
2. También el pecado cometido sin saber necesitaba purificación. ¿Hay daños que causaste sin querer y que todavía puedes reparar?
3. El sacerdote hacía el rito, pero era Dios quien perdonaba. ¿Cómo vives el sacramento de la reconciliación?

Para orar. *Señor, purifica lo que mancho sin darme cuenta, y que mi pecado no aleje tu presencia de los míos.*

5

Faltas escondidas y ofrendas del pobre

El capítulo continúa el sacrificio por el pecado con faltas fáciles de pasar por alto: el testigo que calla, el que toca algo impuro y lo olvida, el que jura a la ligera (vv. 1-6). Y pide un paso nuevo: reconocer la culpa (v. 5). Después adapta la ofrenda a la pobreza: una oveja o una cabra, dos aves o un poco de harina (vv. 7-13). Desde el v. 14 empieza otro sacrificio, «por el delito» (asham), para las faltas contra las cosas santas: un carnero y la reparación del daño con un quinto más (vv. 14-19). En esta edición el capítulo termina aquí (ver nota a 6,1).

El testigo que calla y otras faltas

1 Si una persona pecare, porque habiendo oído las palabras
de uno que juró hacer algo [1], y pudiendo ser testigo de la
cosa, o porque la vio, o porque la supo de cierto, con todo
no quiso testificar, pagará la pena de su culpa [2]. 2 Aquel
que tocare cosa inmunda [3], ya sea cuerpo muerto por bes-
tia, ya muerto de muerte natural, o bien cualquier reptil,
y se trascordare de su inmundicia, no deja por eso de ser
culpable, y ha cometido una falta o contraído mancha.
3 Del mismo modo si tocare cosa de inmundicia de algún
hombre, en toda suerte de impurezas o mancha legal con
que suele mancharse, y no parando la atención, después lo

advirtiere, incurrirá en la pena del delito. 4 La persona que jurare y pronunciare con sus labios [4] que ha de hacer algún mal o algún bien, confirmando esto con juramento y con sus palabras, y trascordada de ello, después reconociere su culpa, 5 haga penitencia por el pecado [5], 6 y ofrezca de los rebaños una cordera o una cabra, y el sacerdote hará oración por dicha persona y por su pecado.

La ofrenda del pobre

7 Pero si no pudiere ofrecer una res [6], ofrezca al Señor dos tórtolas o dos pichones, uno por el pecado y otro en holocausto [7], 8 y los entregará al sacerdote; el cual, ofreciendo el uno por el pecado, le retorcerá la cabeza hacia las alitas, de manera que quede pegada al cuello y no enteramente separada. 9 Y rociará con su sangre la pared del altar [8], y destilará al pie de él toda la restante, porque es sacrificio por el pecado. 10 Y quemará el otro en holocausto, como se acostumbra hacer; y el sacerdote orará por este hombre y por su pecado, y se le perdonará.

11 Mas si no tuviere posibilidad para ofrecer dos tórtolas o dos pichones, ofrecerá por su pecado la décima parte de un efi de flor de harina [9], en que no ha de mezclar aceite, ni poner encima incienso alguno, pues es ofrenda por el pecado. 12 Y la entregará al sacerdote; el cual, tomando de ella un puñado entero, la quemará sobre el altar en memoria del que la ofrece, 13 rogando por él, y purificándole;

pero la porción restante la retendrá el sacerdote para sí, como don que le pertenece.

El sacrificio por el delito

14 Habló asimismo el Señor a Moisés diciendo: 15 Si alguno peca por error, faltando a las ceremonias en las cosas consagradas [10] al Señor, ofrecerá por su pecado un carnero sin tacha de los rebaños, que puede comprarse por dos siclos, según el peso del santuario [11]; 16 y resarcirá el daño que ocasionó, y añadirá además una quinta parte [12], entregándola al sacerdote; el cual hará oración por él, ofreciendo el carnero, y quedará perdonado.

17 Si un hombre peca por ignorancia [13], haciendo alguna cosa de las prohibidas por la Ley de Dios; y siendo culpable reconoce su culpa, 18 ofrecerá un carnero sin tacha de los rebaños al sacerdote, a medida y proporción del pecado; el sacerdote rogará por él, pues lo hizo sin advertencia y quedará perdonado, 19 porque por yerro delinquió contra el Señor [14].

¿Sabías que?

La Misná dedica un tratado entero, Quinnim, «los nidos», a las parejas de tórtolas y pichones que ofrecían los pobres (5,7), y en especial a los casos en que se mezclaban las aves de varios oferentes. Rabí Eliezer Jisma, un sabio del siglo II, decía que esas leyes y el cálculo de los días de pureza de la mujer «son el cuerpo de la ley», mientras que la astronomía y las matemáticas son solo «los postres de la sabiduría» (*Pirqué Abot* 3,18; la numeración varía según las ediciones). Las ofrendas de los pobres merecían el estudio más serio.

PAUSA

1. El testigo que calla también peca. ¿Has callado alguna vez una verdad que debías decir?
2. Dios pedía al más pobre solo un puñado de harina. ¿Qué te frena para acercarte a él cuando sientes que tienes poco que ofrecer?
3. «Confesará aquello en que pecó». ¿Te cuesta poner nombre a tus pecados?

Para orar. *Señor, dame valor para reconocer mis culpas y confianza para recibir tu perdón.*

6

La reparación y el fuego perpetuo

El capítulo tiene dos partes. Los vv. 1-7 cierran la ley del sacrificio por el delito con las faltas contra el prójimo: negar un depósito, robar, defraudar, quedarse con lo perdido jurando en falso. Primero hay que restituir, con un quinto más; después se ofrece el carnero. En muchas Biblias son 5,20-26 (ver nota a 6,1). Desde el v. 8 Dios habla a Aarón y a sus hijos, y repasa los sacrificios desde el lado del sacerdote: el holocausto y el fuego que no se apaga (vv. 8-13), la oblación (vv. 14-18), la ofrenda diaria del sumo sacerdote (vv. 19-23) y el sacrificio por el pecado (vv. 24-30).

Las faltas contra el prójimo

1 Habló el Señor a Moisés [1], diciendo: 2 La persona que pecare, porque, menospreciado el Señor [2], negó a su prójimo el depósito confiado a su fidelidad [3], o le quitó alguna cosa con violencia, o le defraudó con engaño, 3 o porque habiendo hallado alguna cosa perdida, la niega añadiendo un falso juramento, o hace cualquier otra cosa de las muchas de esta naturaleza en que suelen pecar los hombres, 4 convencida del delito [4], restituirá 5 por entero, al dueño a quien causó el daño, todo lo que quiso defraudar, y además de eso la quinta parte [5]. 6 Y ofrecerá por su pecado un carnero sin tacha de los rebaños, y lo dará al sacerdote, a

proporción y medida del delito; 7 el cual hará oración por
él en presencia del Señor, y le será perdonado cualquier
pecado que haya cometido.

El fuego que no se apaga

8 Habló también el Señor a Moisés, diciendo: 9 Da esta or-
den a Aarón y a sus hijos: La ley del holocausto ha de ser
ésta [6]: Será quemado en el altar durante toda la noche
hasta la mañana; el fuego ha de ser el mismo del altar. 10 El
sacerdote se revestirá de la túnica, y se pondrá los calzon-
cillos de lino [7], y recogerá las cenizas a que el fuego voraz
lo habrá reducido, y poniéndolas junto al altar, 11 se desnu-
dará de las primeras vestiduras, y vestido con las otras or-
dinarias, llevará las cenizas fuera del campamento, y en
un lugar muy limpio hará que los carbones o huesos se
consuman hasta reducirse a pavesas.

12 El fuego ha de arder siempre en el altar y el sacerdote
cuidará de cebarle echando leña cada día por la mañana; y
puesto encima el holocausto, quemará sobre él la grasa de
las hostias pacíficas. 13 Este es el fuego perpetuo [8], que
nunca debe faltar en el altar.

La oblación, la ofrenda diaria y el sacrificio por el pecado

14 La ley del sacrificio y de las libaciones [9] que han de ofre-
cer los hijos de Aarón en presencia del Señor y en el altar,
es esta: 15 Tomará el sacerdote un puñado de flor de harina

mezclada con aceite y todo el incienso que se haya puesto encima, y lo quemará en el altar en memoria y olor suavísimo al Señor. 16 La parte restante de la flor de harina la comerán sin levadura Aarón y sus hijos, y la comerán en el lugar santo del atrio del Tabernáculo. 17 La razón porque no tendrá levadura, es porque una parte de ella se ofrece como holocausto al Señor. Así será ésta una cosa sacrosanta, como el sacrificio por el pecado y por el delito o falta. 18 Solamente los varones del linaje de Aarón la comerán. Será esta ley perpetua en los sacrificios del Señor, que pasará entre vosotros de generación en generación. Todo el que tocare estas cosas será santificado.

19 Habló aún el Señor a Moisés, diciendo: 20 Esta es la ofrenda que Aarón y sus hijos deben ofrecer a Dios en el día de su consagración [10] : ofrecerán en sacrificio perpetuo la décima parte de un efi de flor de harina, la mitad por la mañana y la otra mitad por la tarde; 21 que, amasada con aceite, se freirá en una sartén; y el sacerdote que sucediere legítimamente a su padre, la ha de ofrecer caliente para olor suavísimo al Señor. 22 Y toda entera será quemada en el altar; 23 porque todo sacrificio de los sacerdotes debe ser consumido con el fuego, y no comerá nadie de él.

24 Habló aún el Señor a Moisés, diciendo: 25 Di a Aarón y a sus hijos: Esta es la ley de la víctima ofrecida por el pecado: Será sacrificada en el acatamiento del Señor, en el lu-

gar donde se ofrece el holocausto [11], siendo, como es, cosa sacrosanta. [26] El sacerdote que la ofrece, la comerá [12] en el lugar santo, en el atrio del Tabernáculo. [27] Todo lo que tocare sus carnes, será santificado. Si cayere gota de su sangre sobre algún vestido, éste se lavará en lugar santo. [28] La vasija de barro en que fue cocida, será quebrada [13]; pero si el vaso fuere de cobre, se fregará y lavará con agua. [29] Todos los varones del linaje sacerdotal comerán de la carne de esta hostia, por ser cosa sacrosanta. [30] Mas en cuanto a la hostia sacrificada por el pecado, cuya sangre se introduce en el Tabernáculo del Testimonio para impetrar la expiación o perdón en el santuario [14], no se comerá, sino que será quemada al fuego.

¿Sabías que?

Retirar cada mañana las cenizas del altar (6,10) era un honor tan deseado que, en el templo de Jerusalén, los sacerdotes competían en una carrera por la rampa del altar, y se lo llevaba el primero que llegaba arriba. Un día, cuenta la Misná, dos llegaron a la par, uno empujó al otro, que cayó y se rompió una pierna; desde entonces el tribunal decidió sortear ese servicio (Yomá 2,1-2). Era el primero de los cuatro sorteos diarios del templo, como el que tocó a Zacarías, el padre de Juan Bautista, para ofrecer el incienso (Lc 1,9).

PARA PROFUNDIZAR

Confesar, reparar, ser perdonado

Los capítulos 4 a 6 forman un pequeño tratado sobre el pecado y el perdón. Su punto de partida sorprende: casi todo se refiere a pecados cometidos «por ignorancia» o «por error» (bi-shgagá). Para el pecado cometido «a mano alzada», con desprecio deliberado de Dios, la Ley no prevé sacrificio (Nm 15,27-31). La Carta a los Hebreos recuerda que el sumo sacerdote entraba en el santuario con sangre «por los pecados de ignorancia del pueblo» (Heb 9,7), y el Catecismo conserva esa sabiduría cuando enseña que la ignorancia involuntaria puede disminuir, y aun excusar, la culpa (n. 1860). Pero el Levítico añade algo que solemos olvidar: también lo que se hace sin querer deja una mancha que hay que limpiar, porque el pecado no solo ofende, también hiere y ensucia.

Hay, sin embargo, casos que no son simples descuidos: el testigo que calla (5,1), el que niega un depósito o jura en falso para quedarse con lo ajeno (6,2-3). Para ellos la Ley pide dos pasos antes del sacrificio. El primero es confesar: «confesará aquello en que pecó», dice el hebreo de 5,5, que la Vulgata y Torres Amat traducen «haga penitencia». El segundo es reparar. Jacob Milgrom, el gran comentarista judío del Levítico, sostuvo que el remordimiento sincero, expresado en la confesión y la restitución, permite tratar como involuntario un pecado que no lo era y abre la puerta a la expiación. Sea cual sea la explicación, el texto es claro: no hay perdón sin reconocer el pecado.

El Levítico añade un rasgo de misericordia: la ofrenda se ajusta a lo que cada uno tiene. Quien puede trae una cordera o una cabra;

quien no, dos tórtolas o dos pichones; y el más pobre, un puñado de harina, sin aceite ni incienso (5,6-13). La harina no tiene sangre, y sin embargo «se le perdonará». Nadie queda excluido del perdón por su pobreza; con dos aves cumplirá María, siglos después, la ley de la purificación (Lc 2,24).

El paso más notable está en 6,1-7 (5,20-26 en el hebreo). Quien defrauda a su prójimo comete un «sacrilegio contra el Señor»: el daño al hermano es una ofensa a Dios. Y el orden es decisivo: primero devuelve lo defraudado, con un quinto más, al dueño; solo después lleva su carnero al sacerdote. Milgrom lo subrayó: la reparación al prójimo va antes que la reparación a Dios. Jesús dirá lo mismo: «deja allí tu ofrenda ante el altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano» (Mt 5,24). La Misná lo aplica al Día de la Expiación: ese día expía las faltas del hombre contra Dios, pero no las faltas contra el prójimo hasta que el ofendido quede reconciliado (Yomá 8,9). Y Zaqueo, al encontrarse con Jesús, va más allá de la Ley: no devuelve lo defraudado con un quinto más, sino cuatro veces (Lc 19,8), como mandaba el Éxodo al ladrón de ovejas (Éx 21,37).

¿Perdonaban de verdad aquellos sacrificios? La Carta a los Hebreos responde que «es imposible que la sangre de toros y de machos cabríos quite los pecados» (Heb 10,4). Santo Tomás explicó que los ritos de la Ley limpiaban de la impureza legal, pero no del pecado, si no era por la fe en el Redentor que anunciaban (*Suma teológica* I-II, q. 103, a. 2). Torres Amat lo advertía en una nota de su edición: aquellos sacrificios no tenían de suyo virtud para per-

donar la culpa; lo que la expiaba eran la fe y la caridad que los acompañaban, por la virtud del sacrificio de Cristo.

Los mismos pasos reaparecen, transformados, en el sacramento de la penitencia. El penitente reconoce y confiesa su pecado, y la confesión, dice el Catecismo, «nos libera y facilita nuestra reconciliación con los demás» (n. 1455). Debe también reparar: «muchos pecados causan daño al prójimo. Es preciso hacer lo posible para repararlo… La simple justicia exige esto» (n. 1459), y la restitución de lo robado es una exigencia de la justicia (n. 2412). Pero el perdón no lo fabrica el penitente, como no lo fabricaba el sacrificio: lo da Dios, «por el ministerio de la Iglesia», como dice la fórmula de la absolución (n. 1449). Confesar, reparar, ser perdonado: la vieja pedagogía del Levítico sigue enseñando el camino.

PAUSA

1. Antes de ofrecer el carnero había que devolver lo defraudado. ¿Hay algo que debas reparar antes de acercarte al altar?
2. El sacerdote alimentaba cada mañana el fuego del altar. ¿Con qué «leña» alimentas cada día tu fe?

Para orar. *Señor, que el fuego de tu amor no se apague nunca en mí, y que sepa reparar el mal que hago a mis hermanos.*

7

La acción de gracias y la parte de los sacerdotes

El último capítulo de la ley de los sacrificios termina el repaso para los sacerdotes: el sacrificio por el delito y lo que toca al sacerdote en cada ofrenda (vv. 1-10); la hostia pacífica en sus tres formas (de acción de gracias, por voto o espontánea) y los plazos para comerla (vv. 11-21); la prohibición de la grasa y la sangre (vv. 22-27), y la parte de los sacerdotes en la hostia pacífica, el pecho y la espaldilla derecha (vv. 28-36). Un resumen cierra la sección (vv. 37-38). Entre tantas normas brilla la todá, el sacrificio de acción de gracias con panes, que se comía en un solo día.

El sacrificio por el delito

1 Esta es también la ley de la hostia ofrecida por delito. Esta
hostia es santísima [1]; 2 por eso donde se inmola el holo-
causto, se degollará también la víctima por delito; su san-
gre será derramada en torno del altar. 3 De ella ofrecerán
la cola y el sebo que cubre las entrañas, 4 los dos riñones y
la grasa que está junto a los ijares, y con los riñones la teli-
lla del hígado. 5 Y el sacerdote quemará todo esto sobre el
altar: holocausto es del Señor que se le ofrece por el delito.

6 Todos los varones del linaje sacerdotal comerán de estas
carnes en el lugar santo, como son cosa sacrosanta.

7 De la manera que se ofrece la hostia por el pecado, así se
ha de ofrecer por el delito; una misma será la ley de ambas
hostias [2]; las dos pertenecerán al sacerdote que las ofre-
ciere. 8 Así como también le pertenecerá la piel de la
víctima [3] que ofrece por holocausto. 9 Y toda ofrenda de
flor de harina que se cuece en horno, o se tuesta en parri-
llas, o se fríe en sartén, será del sacerdote que la ofrece:
10 ora sea amasada con aceite, ora sea enjuta, será distri-
buida entre los hijos todos de Aarón que estén de semana,
en igual porción a cada uno.

La hostia pacífica: acción de gracias, voto y devoción

11 La ley de la hostia pacífica que se ofrece al Señor, es esta:
12 Si la ofrenda fuere en acción de gracias [4], ofrecerán pa-
nes sin levadura, amasados con aceite, y lasañas o tortas
también sin levadura, untadas con aceite, y hojuelas fritas
de flor de harina, sobadas también con aceite. 13 Además,
con la víctima de acción de gracias, ofrecida en sacrificio
pacífico, presentarán panes con levadura [5]; 14 uno de éstos
se ofrecerá por primicias al Señor, y será del sacerdote que
derramare la sangre de la víctima, 15 cuyas carnes serán
comidas en el mismo día [6], sin dejar nada para el siguien-
te.

16 Si uno por voto o espontáneamente ofreciere alguna
víctima [7], será igualmente comida el mismo día, bien que
si quedara algo para el día siguiente, se puede comer;
17 mas lo que sobrare al tercer día, será consumido en el
fuego. 18 Si alguno comiere carne de víctima pacífica en el
día tercero, su oblación no valdrá nada [8], ni será de pro-
vecho al oferente; antes bien, cualquier persona que se
contaminare con manjar semejante, será reo de prevarica-
ción. 19 Carne sacrificada que hubiere tocado cosa inmun-
da, no se ha de comer, sino quemar al fuego; quien estu-
viere limpio podrá comer de la carne de la víctima pacífi-
ca. 20 Persona manchada que comiere de la carne de hostia
pacífica, ofrecida al Señor, será exterminada de en medio
de su pueblo [9]. 21 Y la que habiendo tocado alguna cosa in-
munda de hombre, o de jumento, o de cualquier otra cosa
que pueda ensuciar o causar inmundicia legal, no deja de
comer de las dichas carnes, será exterminada de la congre-
gación de su pueblo.

La grasa, la sangre y la parte de los sacerdotes

22 Habló asimismo el Señor a Moisés, diciendo: 23 Dirás a
los hijos de Israel: No comeréis grosura de oveja, ni de
buey, ni de cabra. 24 Ni tampoco la grasa de carne mortece-
na, o que ha sido presa de alguna bestia; bien que podéis
guardarla para otros usos. 25 Si alguno comiere de la grasa
que debe ser quemada en ofrenda del Señor, será extermi-

nado de su pueblo. 26 Tampoco probaréis sangre de ningún animal [10], tanto de aves como de reses. 27 Toda persona que comiere sangre, será exterminada de su pueblo.

28 Habló también el Señor a Moisés, diciendo: 29 Diles a los hijos de Israel: Quien ofrece al Señor víctima pacífica, ofrecerá la oblación, esto es, las libaciones. 30 Tendrá en las manos la grosura de la víctima y el pecho [11]; y después de haber consagrado ambas cosas con ofrecerlas al Señor, las entregará al sacerdote, 31 el cual quemará la grasa sobre el altar; pero el pecho será de Aarón y de sus hijos. 32 Igualmente la espaldilla derecha [12] de las víctimas pacíficas, pertenecerá como primicia al sacerdote. 33 El que entre los hijos de Aarón ofreciere la sangre y la grasa, ese mismo recibirá también como porción suya la espaldilla derecha. 34 Pues de la carne de las hostias pacíficas de los hijos de Israel he reservado el pecho que se eleva u ofrece delante de mí, y la espaldilla que se ha separado; y lo he dado al sacerdote Aarón y a sus hijos por ley perpetua de todo el pueblo de Israel. 35 Este es el derecho de la unción o Sacerdocio [13] de Aarón y de sus hijos en las ceremonias del Señor, desde el día que los consagró Moisés para ejercer las funciones del sacerdocio; 36 y esto es lo que mandó Dios que les diesen los hijos de Israel, por culto o estatuto perpetuo en sus generaciones.

[37] Esta es la ley del holocausto, y la del sacrificio por pecado, y por delito, y por las consagraciones [14], y la de las víctimas pacíficas: [38] ley que Dios comunicó a Moisés en el monte Sinaí [15], cuando mandó a los hijos de Israel en aquel desierto que ofreciesen al Señor sus ofrendas.

¿Sabías que?

Para la fiesta del Corpus Christi, que el papa Urbano IV extendió a toda la Iglesia en 1264, santo Tomás de Aquino compuso, según la tradición, el himno «Pange lingua». Sus dos últimas estrofas, el «Tantum ergo», se cantan todavía en la bendición con el Santísimo: «Veneremos, pues, postrados tan gran sacramento, y la antigua figura ceda el puesto al nuevo rito» (et antiquum documentum novo cedat ritui). Los sacrificios del Levítico son esa «antigua enseñanza», que la Eucaristía cumple y supera.

Del altar de Israel a la misa

En el Levítico	En la misa
La víctima «sin tacha», en latín *immaculata* (1,3)	«Hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam» (Canon romano)
La mano del oferente sobre la cabeza de la víctima (1,4)	En la epíclesis, el sacerdote extiende las manos sobre el pan y el vino e invoca al Espíritu Santo
Panes sin levadura y obleas untadas con aceite (2,4)	Pan de trigo ácimo en el rito latino (OGMR 320; canon 926)
El incienso sobre la ofrenda (2,1-2)	El incienso sobre los dones: la oblación y la oración de la Iglesia «suben como incienso» (OGMR 75)
La parte que se quema «para recuerdo» (2,2)	«Haced esto en memoria mía» (Lc 22,19; 1 Cor 11,24-25)
La oblación de harina, la *minjá* (cap. 2)	«Un sacrificio sin mancha desde donde sale el sol hasta el ocaso» (Plegaria eucarística III, con Mal 1,11)
La *todá*, sacrificio de acción de gracias con panes (7,12-13)	«Eucaristía» significa acción de gracias (Catecismo 1328); el Canon romano dice «sacrificio de alabanza»
La carne de la víctima, comida «delante del Señor» (cap. 3; 7,15)	La comunión: «el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?» (1 Cor 10,16)
Sacrificios repetidos cada día y cada año (6,20; Heb 10,1)	El único sacrificio de la cruz, hecho presente en cada misa (Heb 10,14; Catecismo 1366-1367)

La misa no repite los sacrificios de Israel: la Eucaristía «completa y supera todos los sacrificios de la Antigua Alianza» (Catecismo 1330). Pero sus signos ayudan a entenderla. OGMR: *Ordenación general del Misal Romano*.

PARA PROFUNDIZAR

Del altar de Israel al altar de la misa

Entre las normas del capítulo 7 hay un sacrificio que merece atención: la todá, la hostia pacífica «en acción de gracias» (7,11-15). Se ofrecía al salir de un peligro: una enfermedad, una prisión, un viaje por el desierto, una tormenta en el mar, como enumera el Salmo 107. Junto a la víctima se presentaban panes sin levadura y también con levadura; una parte iba al altar y al sacerdote, y el resto lo comía el oferente con sus invitados, en un solo día. El Salmo 116 deja oír lo que se cantaba en esa comida: «¿cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación… te ofreceré un sacrificio de acción de gracias» (Sal 116,12-13.17). Pan, una copa, una vida rescatada de la muerte y un canto de gratitud.

Los rabinos tenían esta ofrenda en gran estima. Un midrash conserva un dicho asombroso: «en el tiempo futuro cesarán todos los sacrificios, pero el de acción de gracias no cesará; cesarán todas las oraciones, pero la acción de gracias no cesará» (*Levítico Rabá* 9,7). El exegeta alemán Hartmut Gese propuso ver en la todá una de las raíces de la Eucaristía: la Cena del Señor sería la todá de Jesús, que da gracias por la vida que el Padre le devuelve más allá de la muerte, y Joseph Ratzinger hizo suya esta línea en varios de sus escritos sobre la liturgia. Es una hipótesis, no un dato seguro; pero ilumina el nombre mismo del sacramento: «Eucaristía» significa acción de gracias (Catecismo, n. 1328). Los Setenta tradujeron todá por «sacrificio de alabanza», y así llaman

la Carta a los Hebreos a la ofrenda de los cristianos (Heb 13,15) y el Canon romano a la misa: hoc sacrificium laudis.

La tradición cristiana vio en todos los sacrificios de Israel una preparación. Malaquías anunció que entre las naciones se ofrecería a Dios una minjá pura, la palabra de la oblación del capítulo 2 (Mal 1,11; ver Éx 20,24); la Plegaria eucarística III lo recuerda al pedir que el pueblo de Dios ofrezca «un sacrificio sin mancha desde donde sale el sol hasta el ocaso». El concilio de Trento, en su sesión XXII (1562), enseñó que la misa es la oblación pura figurada por los diversos sacrificios del tiempo de la naturaleza y de la Ley, porque reúne todos los bienes que ellos significaban, como su consumación y perfección. El Catecismo la llama sacrificio «puro y santo, puesto que completa y supera todos los sacrificios de la Antigua Alianza» (n. 1330).

Completa y supera: no repite. La Carta a los Hebreos insiste en que la Ley tenía solo «una sombra de los bienes futuros», y en que sus sacrificios, repetidos año tras año, no podían llevar a la perfección; Cristo, en cambio, «con una sola oblación ha perfeccionado para siempre a los santificados» (Heb 10,1.14). La misa no es un sacrificio nuevo que se añada al de la cruz: lo hace presente. «La víctima es una y la misma», enseña el Catecismo con el concilio de Trento; solo es distinto el modo de ofrecer (nn. 1366-1367).

Por eso el lenguaje del Levítico sigue vivo en la liturgia. La víctima «sin tacha» resuena en el Canon romano, que ofrece al Padre «la hostia pura, la hostia santa, la hostia inmaculada» y recuerda los sacrificios de Abel, de Abrahán y de Melquisedec. La palabra

«hostia», con la que Torres Amat llama a las víctimas, designa el pan consagrado; ese pan es ácimo en el rito latino, como las obleas de la oblación (Código de Derecho Canónico, c. 926), y el incienso sube todavía sobre los dones. La comunión cumple lo que anticipaba la hostia pacífica, el banquete en el que se come de la víctima ofrecida: «el cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo?» (1 Cor 10,16).

Al final, el dicho de los rabinos suena profético a oídos cristianos. Los sacrificios de animales han cesado, y la acción de gracias permanece. Cada misa es la todá de la Iglesia, que da gracias por la vida que Cristo recibió del Padre y nos comunica. Y la vida del cristiano está llamada a prolongarla: «por medio de él, ofrezcamos continuamente a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que confiesan su nombre» (Heb 13,15).

PAUSA

1. La todá se comía en un solo día, rodeado de invitados. ¿Con quién compartes los motivos que tienes para dar gracias?
2. El Canon romano llama a la misa «sacrificio de alabanza». ¿Qué cambiaría en tu manera de participar si la vivieras como una gran acción de gracias?

Para orar. *Señor, todo pasará, pero no la acción de gracias: haz de mi vida entera una eucaristía.*

8

La consagración de Aarón y de sus hijos

Lo que Dios mandó en Éxodo 29 se cumple ahora, paso a paso, ante todo el pueblo reunido. El capítulo tiene cuatro momentos: la convocatoria de la asamblea (vv. 1-5); el baño, la investidura y la unción de Aarón y de sus hijos (vv. 6-13); los tres sacrificios de la consagración (vv. 14-30), y los siete días que los nuevos sacerdotes deben pasar a la puerta del Tabernáculo (vv. 31-36). Moisés actúa como sacerdote por última vez, y un estribillo lo recorre todo: «como el Señor lo había mandado». Esa obediencia exacta prepara el contraste del capítulo 10.

La asamblea ante el Tabernáculo

1 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Toma a Aarón y a
sus hijos [1], y sus vestiduras, y el óleo de la unción, un be-
cerro por el pecado, dos carneros y el canastillo con los
ázimos. 3 Y congregarás a todo el pueblo [2] ante la puerta
del Tabernáculo. 4 Hizo Moisés lo que Dios mandó [3]; y
congregada toda la muchedumbre ante la puerta del Ta-
bernáculo, 5 dijo: Esto es lo que ha mandado hacer el Se-
ñor.

El baño, las vestiduras y la unción

6 Al mismo tiempo presentó a Aarón y a sus hijos [4]. Y después de haberlos lavado, 7 revistió al sumo sacerdote [5] con la túnica estrecha de lino, y le ciñó con el cinturón; le vistió después encima la túnica de jacinto, y sobre ésta el efod; 8 al cual sujetando con el cinturón, le unió con el pectoral, sobre el que estaban escritas estas palabras: Doctrina y Verdad [6]. 9 Le cubrió también la cabeza con la tiara, y sobre ésta en la frente colocó la lámina de oro, consagrada y santificada, como el Señor le tenía ordenado.

10 Tomó después el óleo de la unción, con que ungió el Tabernáculo y todos sus utensilios, 11 y hechas siete aspersiones sobre el altar [7] para santificarle, le ungió con todos sus vasos, y santificó asimismo con el óleo la concha y su basa. 12 Y derramándole sobre la cabeza de Aarón [8], le ungió y consagró. 13 Igualmente a los hijos de Aarón, después de haberlos presentado, los revistió también de túnicas de lino, y ciñó con cinturón, y les puso en la cabeza las mitras [9], según lo que el Señor tenía ordenado.

Los tres sacrificios de la consagración

14 Ofreció asimismo el becerro por el pecado; y después que Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del becerro, 15 lo degolló, y tomando la sangre, mojado en ella el dedo, tocó las cuatro puntas del altar alrededor, pu-

rificado el cual y santificado [10], derramó al pie del mismo
la sangre restante. [16] Mas el sebo que cubría las entrañas y
la telilla del hígado, y los dos riñones con sus telas, lo que-
mó sobre el altar: [17] quemando fuera del campamento el
becerro, con su piel y carnes, y el estiércol, conforme al
mandato del Señor.

[18] Ofreció también un carnero en holocausto, sobre cuya
cabeza pusieron Aarón y sus hijos las manos, [19] y él le sa-
crificó y derramó su sangre alrededor del altar. [20] Partió
asimismo en trozos el carnero, y quemó en el fuego la ca-
beza, los miembros y la grasa, [21] lavando primero los intes-
tinos y las patas; de suerte que quemó todo el carnero a un
tiempo sobre el altar, porque era holocausto de olor suavísimo para el Señor, como éste se lo había mandado.

[22] Ofreció también el segundo carnero para la consagración de los sacerdotes [11], y pusieron sus manos sobre la ca-
beza de él Aarón y sus hijos. [23] Y Moisés, habiéndole inmolado, tomando de su sangre, tocó la ternilla de la oreja de-
recha de Aarón [12], y el pulgar de su mano derecha y del
mismo modo el del pie. [24] Presentó igualmente los hijos de
Aarón, y habiendo tocado con la sangre del carnero sacrificado la ternilla de la oreja derecha de cada uno y los pulgares de la mano derecha y pie derecho, derramó la demás
sangre sobre el altar alrededor.

25 Separó después el sebo, la cola y toda la grasa que cubre
los intestinos, y la telilla del hígado, y los dos riñones con
su sebo y la espalda derecha; 26 y tomando del canastillo de
los ázimos, presentado ante el Señor, un pan sin levadura,
y una torta heñida con aceite y una lasaña, le puso sobre la
grasa y la espalda derecha; 27 entregándolo todo junto a
Aarón, y a sus hijos, que lo elevaron delante del Señor [13];
28 y recibiéndolo otra vez de sus manos Moisés, lo quemó
sobre el altar del holocausto por ser ofrenda de consagra-
ción, sacrificio de olor suavísimo al Señor. 29 Después ele-
vando delante del Señor el pecho del carnero de la consa-
gración, le reservó como porción suya [14], conforme se lo
había mandado el Señor.

30 Al fin cogiendo el ungüento u óleo de la consagración, y
la sangre puesta sobre el altar, roció a Aarón y sus
vestiduras [15], e igualmente a sus hijos y las de éstos.

Siete días a la puerta del Tabernáculo

31 Y habiéndolos santificado, revestidos como estaban, les
dio esta orden, diciendo: Coced las carnes de las víctimas a
la puerta del Tabernáculo [16], y comedlas allí; como tam-
bién los panes de la consagración que están en el canasti-
llo, según me lo ordenó el Señor, diciendo: Aarón y sus hi-
jos los comerán. 32 Mas lo que restare de la carne y de los
panes, será consumido en el fuego [17].

33 Asimismo por siete días no saldréis de la puerta del
Tabernáculo [18], hasta el día en que se cumpla el tiempo de
vuestra consagración, la cual dura siete días; 34 así como se
ha hecho ahora para complemento de las ceremonias del
sacrificio. 35 Día y noche moraréis en el Tabernáculo, ha-
ciendo la guardia en servicio del Señor, para que no
muráis [19]; porque así se me ha ordenado. 36 E hicieron Aa-
rón y sus hijos todo cuanto dijo el Señor por medio de
Moisés [20].

¿Sabías que?

Los siete días de los nuevos sacerdotes a la puerta del Tabernáculo dejaron huella. La Misná cuenta que, siete días antes del Día de la Expiación, el sumo sacerdote era separado de su casa y alojado en una sala del templo, y el Talmud lo deduce precisamente de 8,34: «como se ha hecho ahora», así mandó el Señor que se hiciera en adelante (Misná, *Yomá* 1,1; Talmud, *Yomá* 2a). La Iglesia pide algo parecido a sus ministros: el Código de Derecho Canónico manda que todos los que van a recibir una orden sagrada hagan antes ejercicios espirituales «al menos durante cinco días» (c. 1039).

Lo mandado y lo cumplido

Rito	Levítico 8	Éxodo 29
Asamblea	Todo el pueblo, ante la puerta del Tabernáculo (8,3-5)	No se menciona
Baño	Moisés lava a Aarón y a sus hijos (8,6)	29,4
Investidura	Aarón: túnica, cinturón, manto, efod, pectoral, tiara y lámina (8,7-9); sus hijos: túnicas, cinturones y mitras (8,13)	29,5-6.8-9
Unción	De la morada, del altar y de Aarón (8,10-12)	29,7; 30,26-30
Por el pecado	Un becerro: sangre en los cuernos del altar; la carne, quemada fuera (8,14-17)	29,10-14
Holocausto	Un carnero, quemado entero (8,18-21)	29,15-18
Consagración	Otro carnero: sangre en la oreja, el pulgar de la mano y el del pie derechos (8,22-24)	29,19-20
Manos llenas	Grasa, pierna y panes, elevados y quemados; el pecho, para Moisés (8,25-29)	29,22-26
Aspersión	Óleo y sangre sobre los sacerdotes y sus vestiduras (8,30)	29,21, antes
Comida	La carne y los panes, en el atrio; las sobras, al fuego (8,31-32)	29,31-34
Siete días	Sin salir de la puerta del Tabernáculo (8,33-36)	29,35-37

Levítico 8 cumple casi al pie de la letra lo mandado en Éxodo 29, salvo la asamblea del pueblo y el momento de la aspersión. En el hebreo, el verbo «mandar» aparece once veces en el capítulo, y la fórmula «como el Señor había mandado a Moisés» cierra seis ritos (vv. 4, 9, 13, 17, 21 y 29).

PAUSA

1. Aarón fue «acercado» a Dios antes de ofrecer nada. ¿Dejas que Dios te prepare antes de servir, o te lanzas solo con tus fuerzas?
2. La consagración de los sacerdotes se celebró ante todo el pueblo. ¿Rezas por los sacerdotes de tu parroquia y por las vocaciones?
3. La sangre tocó primero la oreja. ¿Qué espacio de escucha de la Palabra de Dios tiene tu día?

Para orar. *Señor, que escuche tu voz con el oído, la haga obra con las manos y la siga con los pies.*

9

El octavo día: los *primeros sacrificios de Aarón*

Pasados los siete días de la consagración, llega el octavo, y Aarón ofrece por primera vez los sacrificios, primero por sí mismo y después por el pueblo. El capítulo avanza en tres tiempos: las órdenes de Moisés, con una promesa: «hoy se os ha de aparecer el Señor» (vv. 1-7); los sacrificios de Aarón, en el orden de los capítulos 1 – 7: por el pecado, holocausto y hostias pacíficas (vv. 8-21), y la bendición, la gloria y el fuego que baja del Señor (vv. 22-24). Es el día en que el culto de Israel comienza, y Dios lo acepta de modo visible.

El octavo día

1 Llegado el día octavo [1], llamó Moisés a Aarón y sus hijos,
y a los ancianos de Israel, y dijo a Aarón: 2 Toma de la vaca-
da un becerro para sacrificio por el pecado [2], y un carnero
para el holocausto, ambos sin defecto alguno, y ofrécelos
delante del Señor. 3 Dirás también a los hijos de Israel: To-
mad un macho cabrío por el pecado [3], y un becerro y un
cordero, primales y sin tacha, para holocausto; 4 un buey y
un carnero para hostias pacíficas, e inmoladlos delante del
Señor, ofreciendo en el sacrificio de cada uno flor de hari-

na amasada con aceite; porque hoy se os ha de aparecer el Señor [4].

[5] Trajeron, pues, todas las reses que había mandado Moisés, a la puerta del Tabernáculo, donde estando presente todo el pueblo [5], [6] dijo Moisés: Esto es lo que ha ordenado el Señor; ejecutadlo, y se os manifestará su gloria [6]. [7] Dijo también a Aarón: Llégate al altar y haz sacrificio por tu pecado [7]; ofrece el holocausto, y ruega por ti y por el pueblo; y sacrificada la hostia por el pueblo, haz oración por él, conforme al precepto del Señor.

Aarón ofrece por sí y por el pueblo

[8] Luego al punto Aarón, llegándose al altar, degolló el becerro por su pecado, [9] cuya sangre le presentaron sus hijos [8]; en la que, mojando él el dedo, tiñó las puntas del altar [9], a cuyo pie derramó la restante. [10] Y echó en el fuego sobre el altar la grasa, y los riñones, y la telilla del hígado, que se ofrecen por el pecado, conforme había el Señor ordenado a Moisés; [11] pero la carne y la piel las quemó al fuego fuera del campamento [10].

[12] Inmoló igualmente la víctima del holocausto; de la cual sus hijos le presentaron la sangre, que derramó alrededor del altar. [13] Le presentaron también la misma víctima partida en trozos, con la cabeza y los demás miembros; todo

lo cual quemó en el fuego sobre el altar, [14] lavados antes en agua los intestinos y las patas.

[15] Además degolló y ofreció por el pecado del pueblo el macho cabrío; y purificado el altar, [16] hizo el holocausto, [17] añadiendo al sacrificio las libaciones que se ofrecen, y quemándolas sobre el altar, sin omitir las ceremonias del holocausto matutino [11].

[18] Degolló asimismo el buey y el carnero como hostias pacíficas del pueblo [12], y le presentaron sus hijos la sangre, la cual derramó sobre el altar alrededor. [19] Mas el sebo del buey, y la cola del carnero, y los riñones con su grasa, y la telilla del hígado [20] lo pusieron sobre los pechos de las víctimas: y quemados sobre el altar los sebos, [21] separó Aarón los pechos y espaldillas derechas, elevándolo delante del Señor, como había mandado a Moisés,

La bendición y la gloria del Señor

[22] y extendiendo las manos hacia el pueblo, le bendijo [13]. Concluidos de esta manera los sacrificios por el pecado, y los holocaustos, y las víctimas pacíficas, bajó del altar [14].

[23] Y habiendo entrado Moisés y Aarón en el Tabernáculo del Testimonio [15], al tiempo de salir bendijeron al pueblo. Y la gloria del Señor se dejó ver de toda la muchedumbre [16]: [24] pues un fuego enviado por el Señor devoró el holocausto [17] y los sebos que había sobre el altar.

Lo cual visto por las gentes del pueblo, postrándose sobre sus rostros, alabaron al Señor [18].

¿Sabías que?

Los textos bíblicos más antiguos que se conocen son, precisamente, una bendición sacerdotal. En 1979, el arqueólogo Gabriel Barkay excavaba unas tumbas en Ketef Hinnom, frente a las murallas de Jerusalén, y encontró dos diminutas láminas de plata enrolladas que se llevaban colgadas como amuletos. Desenrolladas con enorme cuidado, mostraron grabada en escritura hebrea antigua una versión de la bendición de Nm 6,24-26: «El Señor te bendiga y te guarde; haga resplandecer su rostro sobre ti...». Son de hacia el 600 a. C., anteriores al destierro de Babilonia, y se conservan en el Museo de Israel.

PAUSA

1. Aarón empezó su ministerio ofreciendo por su propio pecado. ¿Te cuesta reconocer tus faltas antes de servir a los demás?
2. El pueblo «se acercó y se puso delante del Señor». ¿Cómo participas en la misa: como espectador o como parte de la asamblea que ofrece?
3. ¿Recibes la bendición final de la misa como un envío, y no como una simple despedida?

Para orar. *Señor, haz resplandecer tu rostro sobre nosotros, y que tu gloria se deje ver en nuestra vida.*

10

El fuego extraño

El día de la gloria termina en tragedia. Nadab y Abiú, los hijos mayores de Aarón, ofrecen un «fuego extraño», y el mismo fuego que acababa de aceptar los sacrificios los consume. El capítulo tiene tres partes: la muerte de los dos sacerdotes y el silencio de Aarón (vv. 1-7); unas normas para los sacerdotes, que no beberán vino durante el servicio y deberán enseñar a distinguir lo santo de lo profano y lo puro de lo impuro (vv. 8-11), y una discusión sobre las porciones santas, en la que Moisés acepta las razones de un padre de luto (vv. 12-20).

Nadab y Abiú

1 Pero Nadab y Abiú, hijos de Aarón [1], tomando los incensarios, pusieron en ellos fuego e incienso encima, ofreciendo ante el Señor fuego extraño [2], lo cual les estaba vedado [3]. 2 Por lo que un fuego venido del Señor les quitó la vida [4], y murieron en presencia del Señor. 3 Dijo entonces Moisés a Aarón: Esto es lo que tiene dicho el Señor: Yo haré conocer mi santidad en los que se llegan a mí [5], y a vista de todo el pueblo seré glorificado. Lo que oyendo Aarón, no habló palabra [6].

4 Moisés llamando a Misael y Elisafán, hijos de Oziel [7], tío
paterno de Aarón, les dijo: Id y sacad a vuestros hermanos
de delante del santuario, y llevadlos fuera de los campa-
mentos. 5 Ellos fueron al instante, y cogiéndolos vestidos
como estaban con las túnicas de lino, los sacaron fuera,
conforme les era mandado.

6 Moisés entonces dijo a Aarón y a sus hijos Eleazar e Ita-
mar: No descubráis vuestras cabezas, ni rasguéis vuestras
vestiduras [8] en señal de duelo; no sea que muráis voso-
tros, y el castigo se extienda a todo el pueblo. Vuestros her-
manos y toda la casa de Israel hagan duelo por el incendio
que ha suscitado el Señor; 7 mas vosotros no habéis de salir
de la puerta del Tabernáculo, si no queréis perecer; por
cuanto está sobre vosotros el óleo de la unción santa [9]. Los
cuales lo hicieron todo conforme al precepto de Moisés.

Lo que se pide a los sacerdotes

8 Además de esto, dijo el Señor a Aarón [10]: 9 Ni tú ni tus hi-
jos bebáis vino [11], ni bebida que pueda embriagar [12],
cuando entréis en el Tabernáculo del Testimonio, so pena
de muerte; así por ser esto un precepto perpetuo para
vuestra posteridad, 10 como para que tengáis conocimien-
to para discernir entre lo santo y lo profano, entre lo im-
puro y lo puro [13], 11 y enseñéis a los hijos de Israel todas
mis leyes [14], las cuales yo les he intimado por medio de
Moisés.

Las porciones santas y el luto de Aarón

12 Dijo entonces Moisés a Aarón y a Eleazar e Itamar, que
eran los hijos que habían quedado a éste: Tomad lo que
resta de la ofrenda del sacrificio del Señor y comedlo sin
levadura junto al altar, por ser cosa santísima [15]. 13 Lo ha-
béis de comer en lugar santo, como dado a ti y a tus hijos
de las ofrendas del Señor, según se me ha ordenado. 14 De
la misma suerte tú y tus hijos, y tus hijas contigo [16], come-
réis en un lugar perfectamente limpio el pecho que fue
ofrecido y la espalda que fue separada; pues para ti y para
tus hijos son reservadas estas porciones de las víctimas pa-
cíficas de los hijos de Israel, 15 por cuanto al tiempo de que-
mar los sebos en el altar elevaron la espalda y el pecho
ante el Señor, y te tocan a ti y a tus hijos, por ley perpetua,
conforme a la disposición del Señor.

16 Entretanto Moisés, inquiriendo [17] acerca del macho ca-
brío ofrecido por el pecado del pueblo, le halló enteramen-
te quemado. Por lo que irritado contra los dos hijos de Aa-
rón, Eleazar e Itamar, que quedaron vivos, dijo: 17 ¿Por qué
no habéis comido en el lugar santo la víctima por el peca-
do, víctima cuya carne es sacrosanta, y que se os ha dado a
vosotros, a fin de que cargándoos sobre vosotros la iniqui-
dad del pueblo [18], roguéis por él en el acatamiento del Se-
ñor, 18 sobre todo no habiendo sido introducida su sangre
en el Santuario [19], y debiendo vosotros comer la víctima

en él, como me ha sido mandado? 19 Respondió Aarón: En este día se ha ofrecido ante el Señor la víctima por el pecado y también el holocausto; mas a mí me ha sucedido lo que ves. ¿Cómo, pues, me era posible comerla, y agradar al Señor en tales ceremonias, teniendo yo el corazón cubierto de luto [20]? 20 Lo que oído por Moisés, se dio por satisfecho [21].

¿Sabías que?

Los antiguos escribas judíos se llamaban soferim, «los que cuentan», porque contaban las letras de la Torá para copiarla sin errores. Según el Talmud, las palabras que marcan la mitad de todas las palabras del Pentateuco son darosh darash, «inquiriendo» (10,16); la letra de la mitad es la vav de gajón, «pecho» (11,42), y el versículo de la mitad, 13,33 (*Kidushín* 30a). Por eso, en las Biblias hebreas, esa vav se escribe más grande que las demás. Los recuentos hechos hoy con ordenador no coinciden del todo con los antiguos, y el mismo Talmud reconoce que ya no se sabía con certeza cómo se escribían algunas palabras.

Santo, común, puro, impuro

Categoría	Qué es	Ejemplos
Santo קָדֹשׁ	Lo que pertenece a Dios y está apartado para él; comunica su santidad a lo que lo toca (6,27)	El santuario, el altar, los sacerdotes, las ofrendas, el sábado
Común חֹל	Lo ordinario: no es malo, solo no está consagrado	La casa, la comida de cada día, los días de trabajo
Puro טָהוֹר	El estado normal de personas y cosas; permite acercarse a lo santo	Quien no ha contraído impureza o ya se ha purificado (12,8)
Impuro טָמֵא	Un estado contagioso que impide tocar lo santo; no es pecado	El contacto con lo muerto, el parto, los flujos, la «lepra» (11 – 15)
Cómo se pasa	Lo impuro se purifica con el tiempo, el agua o un sacrificio; lo santo, si se contamina, queda profanado	11,24-25; 12,6-8
Lo prohibido	Que lo impuro toque lo santo: es el mayor peligro	7,20-21; 15,31; 22,3

Es el programa de 10,10: «discernir entre lo santo y lo profano, entre lo impuro y lo puro». Según Jacob Milgrom, la impureza evoca las fuerzas de la muerte y la santidad, la vida que viene de Dios; por eso las dos no deben encontrarse. Lo común puede ser puro o impuro; lo santo, solo puro.

PARA PROFUNDIZAR

El *fuego extraño*: *Nadab*, *Abiú* y la *reverencia* en el culto

El relato es de una brevedad desconcertante. El día en que el fuego del Señor ha aceptado los primeros sacrificios de Aarón y el

pueblo ha gritado de júbilo (9,24), dos de sus hijos toman sus incensarios, les ponen fuego e incienso y ofrecen un «fuego extraño», algo «que él no les había mandado» (10,1, en el hebreo). El mismo fuego sale de delante del Señor y los devora. El texto no dice más: no explica qué tenía de «extraño» aquel fuego ni por qué la sanción fue tan terrible, y esa reticencia ha hecho trabajar a los intérpretes durante siglos.

La tradición judía propuso muchas respuestas. La más conocida deduce la culpa de la ley que sigue: si a continuación Dios prohíbe a los sacerdotes beber vino antes de entrar en el santuario (10,8-9), es que Nadab y Abiú habían entrado ebrios (*Levítico Rabá* 12,1). Otros maestros señalaron que entraron más allá de lo permitido, hasta el lugar santísimo, como podría sugerir 16,1-2; que encendieron el incienso con fuego común y no con brasas del altar; que actuaron cada uno por su cuenta, sin consultarse entre sí (*Levítico Rabá* 20,8), o que se atrevieron a dictar normas en presencia de su maestro (Rashi, a 10,2). Ninguna de estas explicaciones está en el texto; son intentos piadosos de llenar un silencio.

Lo que el texto sí subraya es un contraste. El capítulo 8 repite que todo se hizo «como el Señor lo había mandado», y el 9 termina con la gloria visible de Dios. El pecado de Nadab y Abiú es exactamente lo contrario: una iniciativa propia allí donde todo es don recibido. Y la palabra de Moisés lo interpreta: «en los que están cerca de mí me mostraré santo» (10,3). No eran unos extraños: habían subido al Sinaí y habían «visto al Dios de Israel» (Éx 24,9-11). La cercanía no relaja la exigencia, la aumenta (Lc 12,48). El mismo fuego que acoge el sacrificio fiel (9,24) consume a quien

se acerca a su manera (10,2). No son dos fuegos, sino uno: la santidad de Dios es vida para quien la recibe y peligro para quien pretende manejarla.

La Biblia conoce otras escenas semejantes, siempre en momentos fundacionales. Cuando David traslada el arca a Jerusalén, Uzá la toca para sujetarla y cae muerto (2 Sam 6,6-7); cuando la Iglesia de Jerusalén da sus primeros pasos, Ananías y Safira mienten al Espíritu Santo y mueren (Hch 5,1-11). En los comienzos, la Escritura parece querer grabar en la memoria del pueblo que Dios no es un objeto al servicio de nadie: «sirvamos a Dios agradándole con piedad y temor, porque nuestro Dios es un fuego devorador» (Heb 12,28-29). Estos relatos no presentan a un Dios caprichoso. El orden del culto había sido dado con todo detalle y aceptado por todos, y el fuego no es una trampa, sino la misma presencia que un momento antes llenó al pueblo de alegría.

La Iglesia ha sacado de aquí una enseñanza permanente sobre la liturgia. El concilio Vaticano II recuerda que su ordenación corresponde a la autoridad de la Iglesia, y que «nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la Liturgia» (*Sacrosanctum Concilium* 22 §3). El Catecismo añade que ningún rito sacramental puede modificarse a voluntad del ministro o de la comunidad, y que ni siquiera la suprema autoridad de la Iglesia puede cambiar la liturgia a su arbitrio, sino solo al servicio de la fe y con respeto religioso al misterio (n. 1125). No se trata de rubricismo: la liturgia es obra de Cristo y de toda la Iglesia, y quien preside no celebra su propia idea, sino lo que ha recibido (1 Cor 11,23).

Pero el capítulo no termina con el fuego. Aarón calla, y su silencio, que los Setenta tradujeron como un corazón «traspasado», es la única respuesta digna ante un dolor que no se entiende. Después, cuando Moisés le reprocha que no se haya comido la víctima, Aarón responde como padre: con aquel luto, ¿habría agradado al Señor? Y Moisés «se dio por satisfecho» (10,19-20). El Dios que exige reverencia acepta el duelo de un padre; no quiere ritos cumplidos sin alma. La reverencia que pide el Levítico no es miedo servil, sino la actitud de quien sabe que está ante el Santo, y que ese Santo es también misericordioso.

PAUSA

1. Nadab y Abiú hicieron «lo que no se les había mandado». ¿Hay algo en tu manera de rezar o de vivir la misa que responde más a tu gusto que a lo que la Iglesia te ofrece?
2. Aarón calló ante un dolor que no entendía. ¿Cómo vives el silencio ante Dios en los momentos de pérdida?
3. Moisés supo reconocer que Aarón tenía razón. ¿Te cuesta admitir que te has equivocado?

Para orar. *Señor, fuego que purifica y no destruye, enséñame a acercarme a ti con reverencia y con amor.*

11

Los animales puros e impuros

Comienza la sección sobre lo puro y lo impuro (capítulos 11 – 15), y empieza por la mesa. El capítulo clasifica los animales por el medio en que viven: los de tierra (vv. 1-8), los del agua (vv. 9-12), las aves y los insectos alados (vv. 13-23). Después trata de la impureza que se contrae al tocar animales muertos (vv. 24-40) y de los que se arrastran por el suelo (vv. 41-43), y termina con el motivo de todo: «sed santos, porque yo soy santo» (vv. 44-47). La impureza de la que habla no es un pecado, sino un estado que impide acercarse a lo santo.

Los animales de tierra

1 Habló el Señor a Moisés y a Aarón, diciendo: 2 Decid a los
hijos de Israel: De todos los animales de la tierra de estos
son los que podéis lícitamente comer [1]. 3 Todo cuadrúpe-
do que tiene hendida la pezuña en dos partes y rumia [2],
podéis comerle; 4 mas todo aquel que aunque rumia y tie-
ne pezuña, no la tiene partida, como el camello y otros se-
mejantes, no lo comáis, antes le tendréis por inmundo.
5 Así el querogrilo o puerco espín [3], el cual rumia y no tie-
ne la uña partida, es inmundo; 6 también la liebre, que si
bien rumia [4], no divide la uña; 7 y el cerdo [5], que, tenien-
do hendida la uña, no rumia. 8 De las carnes de éstos no

comáis, ni toquéis sus cuerpos muertos, porque son inmundos para vosotros.

Peces, aves e insectos

9 Los animales que se crían en agua y que se pueden comer,
son estos: Todo aquél que tiene aletas y escamas [6],
tanto en el mar como en los ríos y estanques, podéis comerle;
10 al contrario, todos aquéllos que se mueven y viven en
agua, que no tengan aletas y escamas, serán para vosotros
abominables 11 y detestables: no comeréis sus carnes, y
huiréis de sus cuerpos muertos. 12 Todos los animales
acuáticos que no tienen aletas y escamas, serán inmundos.

13 Entre las aves, éstas son las que no debéis comer y debéis
evitar: el águila [7], el grifo o quebrantahuesos [8] y el águila
marina, 14 y el milano, y el buitre con sus especies, 15 y el
cuervo, y toda casta a él semejante, 16 y el avestruz, y la le-
chuza, y la gaviota, y el gavilán con toda su raza, 17 el búho,
el somormujo, y el ibis, 18 el cisne, y el pelícano, y el
calamón [9], 19 el herodión o la garza, la cigüeña con sus es-
pecies, la abubilla también y el murciélago [10].

20 Todo volátil que anda sobre cuatro patas, será para voso-
tros abominable; 21 mas el que andando en cuatro patas,
tiene más largas las piernas de atrás, con las que salta so-
bre la tierra, 22 podéis comerle; como es el brugo y los de su
casta [11], y el attaco, y el ofiomaco, y la langosta, cada cual

en su especie. 23 Pero todos los volátiles que tienen cuatro patas iguales, serán para vosotros execrables;

El contacto con lo muerto

24 y cualquiera que tocare su carne mortecina, contraerá mancha y estará inmundo hasta la tarde 12 ; 25 y si por necesidad carga con alguno de estos animales muertos, lavará sus vestidos y quedará inmundo hasta ponerse el sol. 26 Todo animal que bien que tenga uña, no la tiene dividida, ni rumia, será impuro o sucio; y el que le tocare muerto, quedará contaminado. 27 Entre los demás animales que andan en cuatro patas, los que tienen unas como manos sobre las cuales andan, serán inmundos; el que tocare sus carnes mortecinas, quedará inmundo hasta la tarde. 28 Y el que llevare semejantes carnes, lavará sus vestidos, y será inmundo hasta la tarde; porque todos estos animales son inmundos para vosotros.

29 Asimismo de los animales que se mueven sobre la tierra, se contarán también los siguientes entre los inmundos: la comadreja, y el ratón, y el cocodrilo terrestre, cada cual en su especie, 30 el musgaño, y el camaleón, y el lagarto o salamanquesa, y la lagartija y el topo; 31 todos éstos son inmundos. El que tocare sus carnes muertas, quedará inmundo hasta la tarde;

32 y la cosa sobre que cayere algo de sus carnes muertas,
quedará inmunda, ora sea utensilio de madera, o un vesti-
do, o bien sean pieles, o sacos de Cilicia [13]; y cualesquiera
instrumentos de algún uso, se lavarán con agua y queda-
rán inmundos hasta la tarde, y de esta suerte quedarán
después purificados. 33 Pero la vasija de barro [14], dentro de
la cual cayere alguna de estas cosas, quedará inmunda, y
por tanto debe ser quebrada. 34 Todo manjar que comáis, si
sucede que se vierte sobre él agua de esas vasijas inmun-
das, quedará impuro; y todo licor de beber salido de tales
vasijas, quedará inmundo. 35 Y cualquier cosa sobre que
cayere algo de tales carnes muertas, quedará inmunda;
ora sean hornillos, ora hornos, serán inmundos y se des-
truirán. 36 Pero las fuentes, las cisternas y todos los depósi-
tos de aguas [15], no quedarán inmundos. Quien tocare
cuerpo muerto en dichas aguas, quedará inmundo. 37 Si
cayere sobre grano de sembrar, no le hará inmundo; 38 mas
si alguno hubiere mojado en agua la simiente y después la
tocare carne mortecina, al punto quedará inmunda.

39 Si muriere por sí mismo un animal que os es lícito co-
mer, quien tocare su cuerpo quedará inmundo hasta la
tarde. 40 Y el que comiere de él o le llevare, lavará sus vesti-
dos y quedará inmundo hasta la tarde.

Los que se arrastran; «sed santos»

41 Todo lo que anda arrastrando por la tierra, será abominable y no se tomará para comida. 42 Todo cuadrúpedo que anda sobre el pecho [16], y todo el que tiene muchas patas o va arrastrando por el suelo, no lo comeréis, porque es abominable. 43 No queráis manchar vuestras almas, ni toquéis tales cosas, por no ensuciaros.

44 Puesto que yo soy el Señor Dios vuestro; sed santos vosotros, pues que yo soy santo [17]. No contaminéis vuestras almas con tocar ningún reptil de los que se mueven sobre la tierra. 45 Porque yo soy el Señor, que os ha sacado de la tierra de Egipto [18] para ser vuestro Dios. Santos seréis, pues, porque yo soy santo. 46 Esta es la ley tocante a las bestias, y a las aves, y a todos los animales vivientes, que nadan en el agua, o andan arrastrando sobre la tierra; 47 a fin de que sepáis discernir entre lo inmundo y lo limpio, y lo que podéis comer y lo que debéis desechar.

¿Sabías que?

El nombre de España podría estar emparentado con el shafán de 11,5. Según una etimología antigua, muy repetida aunque discutida, los navegantes fenicios llamaron a la península i-shephanim, «costa (o isla) de damanes», porque confundieron con damanes los innumerables conejos que encontraron allí; de ahí vendría Hispania. Sea cierta o no, los romanos sí asociaban la península con el conejo: el poeta Catulo llama a un hispano «hijo de la Celtiberia, tierra de conejos» (*Poemas* 37), y en monedas del emperador Adriano la figura de Hispania aparece con un conejo a sus pies.

Los animales de Levítico 11

Hebreo	Torres Amat (Vulgata)	Identificación
שָׁפָן **shafán**	querogrilo o puerco espín (*choerogryllus*), 11,5	Damán de las rocas
אַרְנֶבֶת **arnébet**	liebre (*lepus*), 11,6	Liebre
חֲזִיר **jazir**	cerdo (*sus*), 11,7	Cerdo
נֶשֶׁר **nésher**	águila (*aquila*), 11,13	Buitre leonado o águila
פֶּרֶס **peres**	grifo o quebrantahuesos (*gryps*), 11,13	Quebrantahuesos
יַנְשׁוּף **yanshuf**	ibis (*ibis*), 11,17	¿Búho?
תִּנְשֶׁמֶת **tinshémet**	cisne (*cygnus*), 11,18; topo (*talpa*), 11,30	¿Lechuza? ¿Camaleón?
חֲסִידָה **jasidá**	herodión o garza (*herodio*), 11,19	Cigüeña
דּוּכִיפַת **dujifat**	abubilla (*upupa*), 11,19	Abubilla
עֲטַלֵּף **atalef**	murciélago (*vespertilio*), 11,19	Murciélago
אַרְבֶּה **arbé**	brugo (*bruchus*), 11,22	Langosta del desierto
חַרְגֹּל **jargol**	ofiomaco (*ophiomachus*), 11,22	¿Saltamontes o grillo?
צָב **tsab**	cocodrilo terrestre (*crocodilus*), 11,29	¿Lagarto de cola espinosa?

Muchas identificaciones son inciertas, y las versiones antiguas no coinciden entre sí. La Ley clasifica por lo que se ve: el murciélago va con las aves porque vuela, y del damán y de la liebre se dice que «rumian» porque mueven sin cesar las mandíbulas (11,5-6). La misma palabra, tinshémet, nombra un ave (v. 18) y un reptil (v. 30).

PARA PROFUNDIZAR

Lo puro y lo impuro

Para un lector de hoy, pocas páginas de la Biblia resultan tan extrañas como esta lista de animales permitidos y prohibidos. Conviene empezar por aclarar lo que no es. La impureza del Levítico no es pecado ni suciedad moral: una madre que da a luz, un hijo que entierra a su padre o quien toca sin querer un animal muerto quedan «impuros» sin haber hecho nada malo, y algunos cumplen precisamente un deber. Es un estado ritual, a menudo inevitable, que impide acercarse a las cosas santas hasta que se cumple la purificación. Por eso Torres Amat advertía que esa impureza era «puramente exterior y legal, que no llegaba al alma».

¿Por qué estos animales y no otros? Las respuestas han sido muchas. La explicación higiénica, según la cual el cerdo o el marisco serían malsanos, la defendió en la Edad Media Maimónides (*Guía de perplejos* III,48) y sigue siendo popular, pero explica poco: el camello o el caballo no son más peligrosos que la oveja, y la Ley nunca da ese motivo. La lectura alegórica es muy antigua. La *Carta de Aristeas*, un escrito judío de Alejandría, ve en los animales lecciones morales (nn. 128-171); la *Carta de Bernabé*, cristiana, asocia cada animal prohibido con un vicio (cap. 10), y Novaciano dedicó al tema un tratado, *Sobre los alimentos judíos*. San Agustín lo resumió con agudeza: el cerdo y el cordero son puros por naturaleza, porque toda criatura de Dios es buena, pero en su significado uno es puro y el otro no (*Contra Fausto* VI,7). Santo Tomás recoge razones literales y figuradas (*Suma teológica* I-II, q. 102, a. 6).

El texto mismo ofrece una pista más firme: «Yo el Señor Dios vuestro, que os he separado de todos los demás pueblos. Separad, pues, también vosotros el animal puro del impuro» (20,24-25). La mesa recordaba cada día a Israel que era un pueblo apartado para Dios. En el siglo XX, la antropóloga Mary Douglas, en *Pureza y peligro* (1966), propuso que lo puro es lo íntegro, lo que corresponde plenamente a su clase: el animal de tierra que tiene pezuña y rumia, el pez con aletas y escamas; lo que mezcla categorías queda fuera. Ella misma matizó después su teoría en *Leviticus as Literature* (1999). Jacob Milgrom, el gran comentarista judío del libro, subrayó otro hilo: casi toda la impureza tiene que ver con la muerte, y la ley de los alimentos, con sus límites y su respeto por la sangre, educa en la reverencia ante la vida. Ninguna teoría lo explica todo, y es prudente combinarlas.

Jesús llevó estas leyes a su plenitud: «nada que entra de fuera en el hombre puede hacerlo impuro… lo que sale del hombre, eso es lo que hace impuro al hombre»; y el evangelista comenta: «así declaraba puros todos los alimentos» (Mc 7,15-19). El Catecismo ve aquí una interpretación divina que manifiesta el sentido «pedagógico» de la Ley (n. 582). Pedro necesitó una visión para entenderlo: «lo que Dios ha purificado, no lo llames tú profano» (Hch 10,15), y comprendió que se refería ante todo a las personas: «Dios me ha mostrado que a ningún hombre hay que llamar profano o impuro» (Hch 10,28). El concilio de Jerusalén no impuso a los paganos la ley de los alimentos, salvo unas pocas normas para facilitar la convivencia (Hch 15,20.29), y san Pablo escribió: «sé, y estoy persuadido en el Señor Jesús, que nada es impuro por sí mismo» (Rom 14,14).

¿Y la abstinencia de carne de los viernes? Responde a otra lógica. La Iglesia no considera impura ninguna carne: pide a los fieles, cada viernes, día penitencial en memoria de la Pasión, una renuncia que las conferencias episcopales pueden cambiar por otras obras de penitencia o de caridad (Código de Derecho Canónico, cc. 1250-1253; Catecismo, n. 2043). No se evita algo malo, sino que se ofrece algo bueno. Lo que permanece del Levítico 11 es su intención: que la santidad alcance la vida de cada día, también la mesa. El capítulo termina con el primer «sed santos, porque yo soy santo» (11,44-45), que san Pedro dirige a los cristianos (1 Pe 1,15-16). La pureza que cuenta es la del corazón: «bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8).

PAUSA

1. La Ley enseñaba a Israel a pensar en Dios incluso al comer. ¿Bendices la mesa? ¿Qué lugar tiene Dios en tus comidas?
2. Jesús dijo que lo que mancha al hombre sale del corazón. ¿Qué «impurezas» del corazón te cuesta más reconocer?
3. Pedro aprendió a no llamar impuro a ningún hombre (Hch 10,28). ¿A quién tratas tú como si lo fuera?

Para orar. *Señor, santo y fuente de toda santidad, purifica mi corazón para que en todo, también en la mesa, viva para ti.*

12

La madre después del parto

El capítulo más breve del Levítico regula la vida de la madre después de dar a luz. Tiene dos partes: el tiempo de la purificación, que dura cuarenta días si nace un niño y ochenta si nace una niña (vv. 1-5), y la ofrenda con que la madre vuelve al santuario: un cordero y una paloma o, si es pobre, dos tórtolas o dos pichones (vv. 6-8). La impureza del parto es ritual, no moral: dar a luz no es pecado, y la ley no aparta a la madre de su familia, sino de las cosas santas. María cumplió esta ley cuando presentó a Jesús en el templo (Lc 2,22-24).

La madre después del parto

[1] Y habló el Señor a Moisés, diciendo: [2] Dirige tu palabra a
los hijos de Israel [1], y les dirás: Si la mujer conociendo al
hombre queda preñada [2] y pariere varón, quedará in-
munda por siete días [3], separada como en los días de la re-
gla menstrual. [3] Al día octavo será circuncidado el niño [4];
[4] mas ella permanecerá treinta y tres días purificándose de
su sangre [5]. No tocará ninguna cosa santa, ni entrará en el
santuario [6], hasta que se cumplan los días de su purifica-
ción.

5 Mas si pariere hembra, estará inmunda dos semanas [7],
según el rito acerca del flujo menstrual, y por sesenta y
seis días quedará purificándose de su sangre.

La ofrenda de la purificación

6 Cumplidos en fin los días de su purificación por hijo o por
hija [8], traerá a la entrada del Tabernáculo del Testimonio
un cordero primal para holocausto [9] y un pichón o una
tórtola por el pecado [10], y los entregará al sacerdote; 7 el
cual ofrecerá al Señor y rogará por ella [11], y con esto que-
dará purificada del flujo de su sangre. Esta es la ley de la
mujer que pare varón o hembra. 8 Pero si sus facultades no
alcanzan para poder ofrecer un cordero [12], tomará dos
tórtolas o dos pichones [13], el uno para holocausto y el otro
para sacrificio por el pecado; y el sacerdote hará oración
por ella, y así será purificada.

¿Sabías que?

En México, el Día de la Candelaria, el 2 de febrero, es una gran fiesta familiar que empieza el 6 de enero: quien encuentra el muñequito del Niño escondido en la rosca de Reyes queda comprometido a invitar los tamales de la Candelaria. Ese día, muchas familias visten con ropa nueva la imagen del Niño Dios de su nacimiento y la llevan a la iglesia para que la bendigan, como José y María llevaron a Jesús al templo cuarenta días después de su nacimiento. La fiesta conserva así, en la mesa y en la casa, la memoria de Lc 2,22-24.

La ley de la madre y la Presentación de Jesús

Levítico 12 y Éxodo 13	Lucas 2
«Al día octavo será circuncidado el niño» (Lv 12,3)	Cumplidos los ocho días, lo circuncidan y le ponen por nombre Jesús (Lc 2,21)
Siete días más treinta y tres: cuarenta días de purificación (Lv 12,2-4)	«Cuando se cumplieron los días de la purificación según la ley de Moisés» (Lc 2,22)
«Conságrame todo primogénito» (Éx 13,2.12)	«Todo varón primogénito será consagrado al Señor» (Lc 2,23)
El primogénito se rescata por cinco siclos (Nm 18,15-16)	Lucas no habla de rescate: Jesús es «presentado» al Señor (Lc 2,22)
Un cordero de un año y un pichón o una tórtola (Lv 12,6)	Lucas no menciona el cordero
Si no alcanza para un cordero, dos tórtolas o dos pichones (Lv 12,8)	«Un par de tórtolas o dos pichones» (Lc 2,24)
A la entrada del Tabernáculo, ante el sacerdote (Lv 12,6)	En el templo les salen al encuentro Simeón y Ana (Lc 2,25-38)
«El sacerdote hará oración por ella» (Lv 12,8)	Simeón bendice a los padres y anuncia a María una espada (Lc 2,34-35)

Lucas une dos leyes: la purificación de la madre y la consagración del primogénito. La fiesta de la Presentación, la Candelaria, se celebra el 2 de febrero, el día cuadragésimo contando desde Navidad. María presentó a su Hijo «hecha la ofrenda propia de los pobres» (*Lumen gentium* 57).

PARA PROFUNDIZAR

La purificación de María y la Presentación del Señor

San Lucas cuenta que, «cuando se cumplieron los días de la purificación según la ley de Moisés», José y María subieron con el

niño a Jerusalén «para presentarlo al Señor», y ofrecieron «un par de tórtolas o dos pichones» (Lc 2,22-24). En pocas líneas se cruzan dos leyes: la de este capítulo, sobre la madre que ha dado a luz, y la del Éxodo, que consagra a Dios a todo primogénito (Éx 13,2.12). La segunda ya se comentó al estudiar el Éxodo (ver Éx 13 y su ensayo); aquí interesa la primera. Lucas habla de «la purificación de ellos», según la mayoría de los manuscritos griegos, y los intérpretes discuten a quiénes incluye; la Vulgata lee «de ella», es decir, de María.

¿Necesitaba María purificarse? Santo Tomás de Aquino responde que no. La ley habla de la mujer que concibe «habiendo recibido semilla» (12,2, en la Vulgata), y María concibió virginalmente; Moisés, dice, parece haber escogido sus palabras para excluir de esa impureza a la Madre de Dios. Si cumplió la ley, fue por humildad y obediencia, como su Hijo, que sin estar sujeto a la Ley quiso ser circuncidado, para dar ejemplo y mostrar que la Ley era buena (*Suma teológica* III, q. 37, a. 4). Es lo que dice san Pablo: Dios envió a su Hijo «nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley» (Gál 4,4-5). Y Lucas insiste en que la familia de Nazaret cumplió «todo según la ley del Señor» (Lc 2,39).

La ley misma pide una lectura atenta. La impureza del parto no es una culpa. Lo que se regula es el contacto con lo santo: durante cuarenta u ochenta días la madre no toca cosas consagradas ni va al santuario, pero no queda separada de su familia. La sangre, que para Israel es la vida (17,11), y el paso de una nueva vida por el cuerpo de la mujer exigían un tiempo antes de volver al altar. ¿Por qué el doble por una niña? No hay respuesta segura; las teo-

rías antiguas y modernas se recogen en la nota a 12,5. Lo que el texto no dice es que la hija valga menos: la ofrenda es la misma «por hijo o por hija» (12,6).

La Iglesia entendió pronto que esta ley no obligaba ya a los cristianos. Cuando san Agustín de Canterbury preguntó, hacia el año 600, cuánto tiempo debía esperar una madre para entrar en la iglesia, el papa san Gregorio Magno le respondió, según la carta que conserva Beda, que la ley debía entenderse en sentido figurado, y que si la madre entraba a dar gracias el mismo día del parto no pecaba: prohibírselo sería convertir en culpa su propio dolor (*Historia eclesiástica* I,27). En la Edad Media se difundió la bendición de la madre después del parto, que el *Ritual romano* presentaba como una acción de gracias: la mujer, con una vela encendida, era recibida a la puerta del templo e invitada a entrar a adorar al Hijo de la Virgen, que le había concedido la fecundidad. El *Bendicional* actual conserva bendiciones para la madre antes y después del parto.

La fiesta del 2 de febrero, cuarenta días después de Navidad, se llamó durante siglos «Purificación de la Virgen María». Desde la reforma del calendario de 1969 se llama «Presentación del Señor», un nombre que devuelve el centro a Cristo, como hace la tradición bizantina al llamarla «el Encuentro»: con Simeón y Ana, dice el Catecismo, toda la espera de Israel sale al encuentro de su Salvador (n. 529). Las candelas que se bendicen ese día recuerdan las palabras de Simeón: «luz para alumbrar a las naciones» (Lc 2,32).

Queda la imagen más elocuente: una joven madre que lleva al templo al Hijo de Dios y no puede ofrecer un cordero. El concilio Vaticano II la contempla así, «hecha la ofrenda propia de los pobres» (*Lumen gentium* 57). Aquel día María oyó que una espada le atravesaría el alma (Lc 2,35), y el Catecismo ve en esa espada el anuncio de «otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz» (n. 529). El cordero que la familia pobre no pudo ofrecer era el niño que llevaba en brazos.

PAUSA

1. María cumplió la ley sin necesitarla, por humildad. ¿Hay algo que te cuesta hacer porque te parece que «no lo necesitas»?
2. La madre volvía al santuario para dar gracias por el hijo recibido. ¿Agradeces a Dios la vida de tus hijos, de tus padres o de los niños que te rodean?
3. José y María ofrecieron lo que podían, la ofrenda de los pobres. ¿Ofreces a Dios lo que tienes, aunque te parezca poco?

Para orar. *Santa María, que presentaste a tu Hijo en el templo, enséñame a ofrecer a Dios mi vida con humildad.*

13

La lepra y el juicio del sacerdote

Empiezan dos capítulos sobre la «lepra», la enfermedad de la piel que hacía impura a la persona y la apartaba del campamento. El capítulo 13 es un manual de diagnóstico para el sacerdote, que no cura ni receta: examina, aísla siete días si hay duda y declara. Tiene tres partes: los casos de la piel (vv. 1-44: manchas nuevas, lepra antigua, úlceras, quemaduras, cabeza y barba, calvicie), la condición del leproso (vv. 45-46) y la «lepra» de los vestidos (vv. 47-59). Tan importante como declarar impuro es declarar limpio: buena parte del texto sirve para no excluir a nadie sin motivo.

Manchas, llagas y quemaduras

1 Y habló el Señor a Moisés y Aarón, diciendo: 2 El hombre
en cuya piel o carne apareciere color extraño, o postilla, o
especie de mancha reluciente [1], que sea indicio del mal de
lepra [2], será conducido al sacerdote Aarón o a cualquiera
de sus hijos [3]: 3 el cual si viere lepra en la piel, con el vello
mudado en color blanco, y la parte misma que parece le-
prosa más hundida que la piel y carne restante, declarará
que es llaga de lepra [4], y el que la tiene será separado de la
compañía de otros; al arbitrio del sacerdote. 4 Mas si apa-
reciere sobre la piel una blancura reluciente, sin estar más

hundida que ella, y el vello mantuviere su primer color, el sacerdote le recluirá por siete días [5], [5]y al séptimo le registrará; y en caso que la lepra no hubiere cundido, ni penetrado más en la piel, le dejará encerrado todavía otros siete días, [6]y al séptimo le reconocerá; si la lepra ya no blanquea, ni ha cundido en la piel, le dará por limpio, porque es sarna y no lepra [6], y el hombre lavará sus vestidos y quedará limpio. [7]Pero si después de haber sido reconocido por el sacerdote y declarado limpio, de nuevo fuere creciendo la lepra, será presentado al mismo [8]y declarado inmundo.

[9]Hombre que tenga llaga de lepra, será llevado al sacerdote, [10]que le registrará, y si aparece en el cutis el color blanco, y mudado el color natural del pelo, y se descubre asimismo la carne viva [7], [11]se reputará por lepra muy envejecida y arraigada en la piel. Y así el sacerdote le dará por inmundo y no le recluirá; porque patente es ya su inmundicia.

[12]Mas si la lepra brotare, extendiéndose por la piel hasta cubrirla toda de pies a cabeza, en cuanto se descubre a la vista, [13]el sacerdote le reconocerá y decidirá ser una lepra inocentísima [8], por haberse convertido toda ella en una blancura, y por lo mismo aquel hombre se reputará limpio. [14]Al contrario, si se deja ver en él la carne viva, [15]entonces será declarado inmundo por el sacerdote y con-

tado entre los inmundos; porque la carne viva, si está salpicada de lepra, es inmunda. 16 Mas si la piel se pone otra vez blanca y la blancura cubre todo el hombre, 17 le reconocerá el sacerdote y declarará ser limpio.

18 Pero aquel en cuya piel o carne comenzó a formarse una úlcera 9 y fue curada, 19 y en el mismo sitio aparece una postilla blanca o algo roja, será conducido al sacerdote; 20 quien si observare que aquella parte está más hundida que la demás carne y que los pelos se han vuelto blancos, le declarará inmundo; porque mal de lepra es el que ha sobrevenido en la úlcera. 21 Pero si el pelo es del color primero y la postilla algo oscura, y no está más hundida que la carne inmediata, le recluirá por siete días, 22 en los cuales, si el mal cundiere, le declarará leproso; 23 mas si no creciere, es cicatriz de la úlcera, y el hombre será declarado limpio.

24 Carne y piel quemada con fuego y curada, en que se formare una cicatriz blanquecina o rojiza, 25 la observará el sacerdote; si ve que se volvió blanca y está más hundida que la piel restante, dará por inmundo al sujeto; porque llaga de lepra ha sobrevenido en la cicatriz. 26 Pero si el color de los pelos no está mudado, ni la parte llagada más hundida que la restante carne, y aquello que parecía lepra tirare a oscuro, le recluirá por siete días, 27 y al séptimo le reconocerá; si la lepra hubiere cundido en la piel, le dará

por inmundo. 28 Pero si aquella peca blanquecina no se ha
extendido más, es efecto de la quemadura, y así el sujeto
será declarado por limpio, por ser una cicatriz de la que-
madura.

La cabeza, la barba y la calva

29 El hombre o la mujer en cuya cabeza, o barba brotare la
lepra, los verá el sacerdote; 30 y caso que aquella parte es-
tuviere más hundida que la demás carne y el pelo amarillo
y más delgado que antes, los dará por inmundos, por
cuanto es lepra de la cabeza y de la barba [10]. 31 Que si viere
el lugar de la mancha igual a la carne inmediata y el cabe-
llo negro, recluirá la persona por siete días, 32 y al séptimo
la visitará: si la mancha no ha cundido y el cabello está de
su color, y el lugar tachado igual a la carne restante, 33 será
aquella persona raída a navaja, excepto el lugar de la man-
cha, y encerrada por otros siete días. 34 Si al día séptimo se
viere que la mancha no se ha extendido, ni está más hun-
dida que la otra carne, el sacerdote dará por limpio al suje-
to, y éste, lavados sus vestidos, quedará desde luego lim-
pio. 35 Mas si después de haber sido declarado limpio, se
dilatare la mancha en la piel, 36 ya no tiene que averiguar
si el cabello se ha vuelto amarillo, pues evidentemente la
tal persona es inmunda. 37 Al contrario, si la mancha se ha
detenido y los cabellos permanecen negros, entienda que
está sana la persona y declárela sin recelo por limpia.

38 El hombre o la mujer en cuyo cutis aparecieren manchas
blancas, 39 los mirará con atención el sacerdote; si hallare
que un color blanquecino que tira a oscuro reluce en la
piel, sepa que no es lepra, sino ciertas manchas de color
blanquecino [11] y que la persona está limpia.

40 El hombre a quien se le caen los cabellos de la cabeza,
calvo es, pero limpio [12]; 41 y si se le cayeren los pelos de en-
cima la frente, es calvo por delante, pero limpio. 42 Mas si
en la calva o media calva le salen pecas blancas o rojas, 43 y
el sacerdote las viere, sin dudar le dará por infecto de le-
pra, nacida en la calva.

El leproso apartado

44 Esto supuesto, cualquiera que fuere contaminado de le-
pra y separado a juicio del sacerdote, 45 tendrá los vestidos
descosidos por varias partes [13], la cabeza rapada y descu-
bierta, tapando su boca con la ropa, y avisará, gritando,
estar contaminado e inmundo [14]. 46 Todo el tiempo que es-
tuviere leproso e inmundo, habitará solo, fuera de
poblado [15].

La lepra de los vestidos

47 Un vestido de lana o de lino, a que se pegare la lepra [16]
48 en la urdimbre o en la trama, o también una piel o cual-
quier otro ajuar hecho de pieles, 49 si está infecto de man-
chas blancas o rojas, se reputará por lepra y se hará ver al

sacerdote; [50] el cual después de haberla examinado, dejará encerrada la ropa por siete días, [51] y al séptimo registrándola de nuevo si hallare que ha cundido, es una lepra tenaz; dará por sucio el vestido y toda otra cosa en que se hallare la inmundicia, [52] y por lo mismo se quemará en las llamas.

[53] Que si viere que no ha cundido, [54] mandará lavar la cosa en que está la lepra y la volverá a encerrar por otros siete días. [55] Y viendo que no ha recobrado su primer aspecto, aunque no haya cundido la lepra, la declarará inmunda y la echará al fuego; porque está la lepra extendida en la superficie del vestido o internada en todo él. [56] Pero si el lugar de la lepra, después de lavado el vestido, está más oscuro, cortará aquel pedazo y le separará de la pieza entera. [57] Que si después se descubriere en las partes que antes estaban limpias, una lepra volátil y vaga [17], debe todo quemarse al fuego. [58] Si se atajare, lavará en agua segunda vez las partes limpias del vestido y quedarán purificadas. [59] Esta es la ley de la lepra en vestido de lana y de lino, en la urdimbre o en la trama, y de todo ajuar hecho de piel, y el modo con que se debe purificar o tener por apestado.

¿Sabías que?

Los siete días de aislamiento de este capítulo (vv. 4-5) son uno de los testimonios escritos más antiguos de la costumbre de apartar a un enfermo para observarlo. La palabra «cuarentena» nació mucho después. En 1377, la república de Ragusa, la actual Dubrovnik, obligó a los viajeros que llegaban de zonas con peste a esperar treinta días fuera de la ciudad, y más tarde Venecia y otros puertos alargaron el plazo a cuarenta, en italiano quaranta giorni. No se sabe con certeza por qué cuarenta: unos piensan en los cuarenta días bíblicos y en la Cuaresma, otros en la medicina antigua, que fijaba en cuarenta días el plazo de las enfermedades agudas.

Los leprosos de la Biblia

Quién	Qué pasó	Cita
Moisés	Su mano se cubre de lepra y sana al instante: una señal para el pueblo	Éx 4,6-7
María	La hermana de Moisés murmura contra él y queda leprosa; pasa siete días fuera del campamento	Nm 12,10-15
Naamán	El general sirio se baña siete veces en el Jordán, y su carne queda como la de un niño	2 Re 5,1-14
Guejazí	El criado de Eliseo pide a escondidas los regalos de Naamán y recibe su lepra	2 Re 5,20-27
Cuatro leprosos	A la puerta de Samaria sitiada, hallan vacío el campamento sirio y llevan la buena noticia	2 Re 7,3-10
Ozías	El rey quema incienso en el templo y es herido de lepra; vive apartado hasta su muerte	2 Cr 26,16-21
Un leproso	«Si quieres, puedes limpiarme»: Jesús lo toca y lo envía al sacerdote	Mc 1,40-45
Diez leprosos	Quedan limpios por el camino; solo el samaritano vuelve a dar gracias	Lc 17,11-19
Simón	En casa de Simón el leproso, en Betania, una mujer unge a Jesús	Mc 14,3-9
El Mesías	«Los leprosos quedan limpios»: la respuesta de Jesús a Juan Bautista	Mt 11,5
Los Doce	«Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos»	Mt 10,8

En el Antiguo Testamento la lepra aparece a veces como castigo (María, Guejazí, Ozías), pero también en inocentes y en extranjeros. Curarla se tenía por obra de Dios: «¿Acaso soy yo Dios, para dar la muerte o la vida?», dice el rey de Israel ante la carta que le pide curar a Naamán (2 Re 5,7). Por eso es una de las señales del Mesías.

PARA PROFUNDIZAR

La lepra en la Biblia y Jesús que toca al leproso

Pocas enfermedades han cargado con tanto estigma como la lepra, y en buena parte por una confusión de palabras. La tsaráat del Levítico no es el mal de Hansen. Sus señales son manchas blancas, piel hundida, vello blanqueado y carne viva, y faltan los síntomas propios de aquella enfermedad, como la pérdida de sensibilidad o la deformación de manos y pies; además, la tsaráat afecta a vestidos y paredes. Los Setenta la tradujeron lepra, «enfermedad escamosa», y la Vulgata conservó la palabra. En la Edad Media se dio ese mismo nombre al mal de Hansen, y sus enfermos heredaron las leyes y el estigma del Levítico. El mal de Hansen ya existía en tiempos de Jesús: en 2009 se publicó el estudio de un hombre enterrado en el siglo I en un sepulcro del valle de Hinnón, junto a Jerusalén, cuyos restos conservaban el ADN del bacilo que el noruego Gerhard Armauer Hansen había identificado en 1873.

La exclusión de 13,45-46 no era una cuarentena médica, sino una separación ritual: el campamento es el lugar donde habita Dios (Nm 5,3), y el leproso, que parece un muerto en vida, no puede habitar junto al Dios vivo. Por eso guarda luto por sí mismo. En algunos relatos la lepra aparece como castigo: María, por murmurar contra Moisés (Nm 12,10); Guejazí, por codicia (2 Re 5,27); el rey Ozías, por usurpar el incienso de los sacerdotes (2 Cr 26,19). La tradición judía llegó a relacionarla sobre todo con la maledicencia (Talmud, Arakín 15b-16a). Pero la Biblia conoce también leprosos sin culpa: Naamán, el general sirio curado en el Jordán,

y los cuatro leprosos de Samaria que llevan a la ciudad una buena noticia (2 Re 7). Jesús rechazó la idea de que la enfermedad sea castigo de un pecado: «ni pecó este ni sus padres» (Jn 9,2-3).

Curar la lepra se consideraba obra de Dios. Cuando el rey de Israel recibió la carta que le pedía curar a Naamán, rasgó sus vestidos: «¿Acaso soy yo Dios, para dar la muerte o la vida?» (2 Re 5,7). Por eso, entre las señales que Jesús da a los enviados de Juan Bautista está esta: «los leprosos quedan limpios» (Mt 11,5). San Marcos cuenta que un leproso se acercó a Jesús, cayó de rodillas y le dijo: «Si quieres, puedes limpiarme». Jesús, «compadecido» (algunos manuscritos antiguos, como el códice de Beza, dicen «irritado», quizá contra el mal que desfigura al hombre), extendió la mano y lo tocó (Mc 1,40-41). Según la Ley, ese contacto debía hacerlo impuro, y sucede lo contrario: la pureza de Jesús es la que contagia. Después lo envía al sacerdote con la ofrenda que mandó Moisés, «para que les sirva de testimonio» (Mc 1,44; ver Lv 14). Jesús no desprecia la Ley: la cumple y la desborda. En otra ocasión limpia a diez, y solo uno, un samaritano, vuelve a darle gracias (Lc 17,11-19).

El Catecismo recuerda que los enfermos trataban de tocar a Jesús, y añade: «en los sacramentos, Cristo continúa "tocándonos" para sanarnos» (n. 1504). La Iglesia aprendió de él a acercarse al leproso. San Francisco de Asís cuenta en su *Testamento* que ver leprosos le resultaba muy amargo, hasta que el Señor lo llevó entre ellos y practicó con ellos la misericordia, y que al apartarse de ellos lo que le parecía amargo se le convirtió en dulzura del alma y del cuerpo. San Damián de Veuster, sacerdote belga, se fue en 1873 a la colonia de leprosos de Molokai, en Hawái, contrajo allí

la enfermedad y murió en 1889; Benedicto XVI lo canonizó en 2009. El periodista francés Raoul Follereau promovió en 1954 la Jornada Mundial de los Enfermos de Lepra, que se celebra el último domingo de enero.

Hoy el mal de Hansen tiene cura, pero el estigma sigue, y en algunos lugares a los enfermos y a sus familias todavía se los aparta. Leído a la luz de Cristo, este capítulo enseña dos cosas. La primera: la enfermedad no es un castigo, y a nadie se le debe juzgar por ella. La segunda: el lugar del cristiano está donde Jesús extendió la mano, junto a los que se quedan «fuera del campamento». Allí, dice la Carta a los Hebreos, padeció el Señor, y allí nos invita a salir a su encuentro (Heb 13,12-13).

PAUSA

1. El sacerdote examinaba con paciencia antes de declarar impuro a nadie. ¿Con qué rapidez juzgas tú a los demás?
2. El leproso tenía que gritar «¡impuro!» y vivir apartado. ¿Quién vive apartado a tu alrededor, y qué podrías hacer para acercarte a él?
3. ¿Qué hay en tu vida que necesitas presentar al Señor, como el leproso que se acercó a Jesús diciendo «si quieres, puedes limpiarme»?

Para orar. *Señor Jesús, que tocaste al leproso, no permitas que aparte a nadie de mi lado ni de tu amor.*

14

La purificación del leproso y de la casa

El capítulo 14 no enseña a curar la lepra: supone que Dios ya ha curado al enfermo, y da el rito para devolverlo a la comunidad y al culto. El camino de vuelta tiene tres tiempos: fuera del campamento, con los dos pájaros (vv. 1-7); dentro del campamento, pero fuera de su tienda, durante siete días (vv. 8-9); y el octavo día ante el Señor, con sacrificios y con la sangre y el aceite en la oreja, la mano y el pie (vv. 10-20). Siguen una ofrenda más sencilla para el pobre (vv. 21-32), la «lepra» de las casas (vv. 33-53) y un resumen (vv. 54-57).

El primer día: los dos pájaros

1 Habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Este es el rito para la
purificación del leproso [1]: Será llevado al sacerdote, 3 el
cual saliendo fuera del campamento [2], luego que hallare
que la lepra está curada, 4 mandará al que debe purificarse
que ofrezca por sí dos pájaros vivos [3], de los que se permi-
te comer, y un palo de cedro y grana o lana de este color
con hisopo [4]; 5 y a uno de los pájaros le mandará degollar
en una vasija de barro sobre agua viva. 6 Y al otro que ha
dejado vivo, le mojará con el palo de cedro, la grana y el hi-
sopo en la sangre del pájaro degollado; 7 y con ella rociará
siete veces al que debe ser purificado, para que lo sea legí-

timamente; y soltará al pájaro vivo, para que vuele al campo [5].

[8] El hombre después de haber lavado sus vestidos, raerá todos los pelos de su cuerpo [6] y se lavará en agua; y purificado de esta manera entrará en el campamento; pero deberá permanecer siete días fuera de su tienda, [9] y al día séptimo se rapará los cabellos de la cabeza, y la barba, y las cejas, y todo el vello del cuerpo; y lavados de nuevo los vestidos y el cuerpo,

El octavo día: la sangre y el aceite

[10] al octavo día tomará dos corderos sin mácula, y una oveja primal [7] también sin defecto, y tres décimas de un efi de harina amasada con aceite para el sacrificio, y además un sextario de aceite [8]. [11] Y luego que el sacerdote que purifica al hombre, le hubiere presentado con todas estas cosas al Señor en la puerta del Tabernáculo del Testimonio, [12] tomará uno de los corderos, y le ofrecerá por el delito [9] con el sextario de aceite; y ofrecido todo ante el Señor, [13] degollará el cordero donde se suele degollar la víctima por el pecado y el holocausto, esto es, en el lugar santo. Porque así como la víctima por el pecado, así también la víctima por el delito pertenece al sacerdote, siendo como es sacrosanta.

14 Después el sacerdote tomando de la sangre de la víctima
inmolada por el delito, la pondrá sobre la ternilla de la
oreja derecha [10] del que se purifica y sobre los pulgares de
la mano y pie derechos, 15 y del sextario de aceite derrama-
rá en su mano izquierda, 16 y mojará en ella el dedo de su
mano derecha, y hará siete aspersiones ante el Señor. 17 Lo
que quedare de aceite en la mano izquierda, lo echará so-
bre la ternilla de la oreja derecha del que se purifica y so-
bre los pulgares de la mano y pie derechos, encima de la
sangre derramada por el delito, 18 y sobre la cabeza del
hombre [11];

19 y rogará por él al Señor, y ofrecerá el sacrificio por el pe-
cado: en seguida degollará el holocausto, 20 y le pondrá en
el altar con sus libaciones, y el hombre quedará purificado
según ley.

La ofrenda del pobre

21 En caso de ser pobre [12] y no poder hallar las cosas di-
chas, tomará un cordero para ofrecerle por el delito, a fin
de que ruegue por él el sacerdote, y una décima de flor de
harina amasada con aceite para el sacrificio, y un sextario
de aceite, 22 y dos tórtolas o dos pichones, uno por el peca-
do y otro para holocausto; 23 y ofrecerá estas cosas el día
octavo de su purificación al sacerdote en la puerta del Ta-
bernáculo del Testimonio ante el Señor; 24 y el sacerdote
recibiendo el cordero por el delito y el sextario de aceite,

los elevará a un mismo tiempo. 25 Y degollado el cordero,
teñirá con su sangre la ternilla de la oreja derecha del que
se purifica y los pulgares de la mano y pie derechos. 26 Y
echará parte del aceite en su mano izquierda; 27 en el que
mojará el dedo de la mano derecha, y hará siete asperso-
nes ante el Señor, 28 y tocará también la ternilla de la oreja
derecha del que se purifica y los pulgares de la mano y pie
derechos en el mismo lugar, bañado con la sangre derra-
mada por el delito. 29 El resto del aceite que tiene en la
mano izquierda, lo echará sobre la cabeza del que se puri-
fica, con el fin de aplacar por él al Señor. 30 Igualmente
ofrecerá las dos tórtolas, o los dos pichones, 31 el uno por el
delito y el otro en holocausto con sus libaciones. 32 Tal es el
sacrificio del leproso que no puede procurarse todas las
cosas ordenadas para su purificación.

La lepra de las casas

33 Habló todavía el Señor a Moisés y Aarón, diciendo:
34 Cuando hubiereis entrado en la tierra de Canaán, cuya
posesión os daré yo, si la plaga de la lepra hubiese infesta-
do una casa [13], 35 irá el dueño de ella a dar parte al sacerdo-
te, y dirá: Paréceme que hay en mi casa una como plaga de
lepra [14]. 36 Y el sacerdote antes de entrar en ella para reco-
nocer si está contagiada, mandará sacar fuera de la casa
todas las cosas [15]; a fin de que no quede inmundo todo lo
de dentro de la casa. Después entrará para examinar la le-

pra; [37] y si viere en las paredes unos hoyitos y lugares afeados con manchas como de color amarillo o rojo, y más hundidos que los demás de la superficie, [38] saldrá de la puerta de la casa, y la dejará inmediatamente cerrada por siete días,

[39] y volviendo el día séptimo la reconocerá; si hallare que ha cundido la lepra, [40] mandará arrancar las piedras en que hay lepra, y arrojarlas fuera de la ciudad en un lugar inmundo, [41] y la misma casa raerla toda por dentro, y esparcir las raeduras fuera de la ciudad en un lugar inmundo, [42] y reponer otras piedras en lugar de las que se hayan quitado, y revocar de nuevo las paredes de la casa.

[43] Pero si después de quitadas las piedras, y raído el polvo, y revocada nuevamente la casa, [44] entrando el sacerdote viere que ha vuelto la lepra y que las paredes están salpicadas de manchas, la lepra es tenaz y la casa inmunda; [45] la derribarán luego, y arrojarán en un lugar inmundo fuera de la ciudad sus piedras, y maderas y todo el escombro. [46] Quien entrare en la casa mientras está cerrada, quedará inmundo hasta la tarde; [47] y el que durmiere o comiere en ella, lavará sus vestidos.

[48] Pero si entrando el sacerdote viere que no ha cundido la lepra en la casa después que fue de nuevo revocada, la purificará dándola por sana; [49] y para su purificación tomará dos pájaros, un palo de cedro, grana e hisopo; [50] y degolla-

do un pájaro en una vasija de barro sobre agua viva,
51 cogerá el palo de cedro con el hisopo y la grana, y el pájaro vivo, y mojará todo esto en la sangre del pájaro degollado y en el agua viva, y rociará siete veces la casa,
52 purificándola, tanto con la sangre del pájaro, como con el agua viva, y el pájaro vivo, y el palo de cedro, el hisopo y la grana;
53 y después de soltado el pájaro, para que libre vuele por la campaña, hará oración por la casa 16, y quedará purificada según rito.

54 Esta es la ley acerca de toda especie de lepra y de llaga que degenera en lepra;
55 sobre la lepra de los vestidos y de las casas,
56 de las cicatrices y de las postillas que salen fuera, de las manchas relucientes y de las varias mutaciones de colores sobre el cuerpo,
57 para que se acierte a discernir cuándo una cosa está limpia o inmunda.

¿Sabías que?

En español, «hisopo» no es solo la planta de 14,4: es también el utensilio con que el sacerdote asperja el agua bendita. El nombre viene de este rito y del Salmo 51: «Rocíame con el hisopo, y quedaré limpio» (Sal 51,9), en latín «Asperges me, Domine, hyssopo, et mundabor». Con esa antífona se acompaña desde la alta Edad Media la aspersión del pueblo con agua bendita antes de la misa del domingo; en el tiempo pascual se canta en su lugar «Vidi aquam», «vi el agua que brotaba del lado derecho del templo» (ver Ez 47,1). El Misal actual conserva este rito, que puede sustituir el acto penitencial de la misa dominical.

La purificación del leproso en tres tiempos

Tiempo	Rito	Cita
Día primero	El sacerdote sale del campamento a examinar al que se ha curado	14,2-3
Día primero	Un pájaro se degüella sobre agua viva; el otro, mojado en su sangre con el cedro, la grana y el hisopo, vuela al campo tras siete aspersiones	14,4-7
Día primero	Lava sus vestidos, se rasura y se baña; entra en el campamento, pero no en su tienda	14,8
Día séptimo	Se rasura cabeza, barba, cejas y todo el vello, y se lava de nuevo	14,9
Día octavo	Ante el Señor: dos corderos y una cordera, tres décimas de harina con aceite y un sextario de aceite	14,10-11
Día octavo	Sangre del sacrificio por el delito en la oreja y los pulgares derechos, como en la consagración de los sacerdotes (8,23-24)	14,12-14
Día octavo	Aceite: siete aspersiones ante el Señor; después, en la oreja, los pulgares y la cabeza	14,15-18
Día octavo	Sacrificio por el pecado y holocausto: el hombre queda purificado	14,19-20
El pobre	Un cordero, una décima de harina, el sextario y dos tórtolas o pichones	14,21-32

Fuera del campamento, dentro pero lejos de su tienda, y por fin ante el Señor: tres pasos marcan el camino de vuelta del excluido, que recibe las mismas señales que los sacerdotes.

PAUSA

1. El sacerdote salía del campamento al encuentro del leproso. ¿A quién te pide Dios que salgas a buscar?
2. El leproso curado volvía a la comunidad con un rito solemne. ¿Cómo acoges tú a quien regresa después de haberse alejado?
3. El aceite sobre la cabeza del curado hablaba de una vida nueva. ¿Qué te pide Dios que vuelvas a empezar?

Para orar. *Señor, rocíame con tu gracia y quedaré limpio; devuélveme, sano, a tu pueblo.*

15

Los flujos del cuerpo

El último capítulo sobre la pureza trata de los flujos del cuerpo, en un orden simétrico: el flujo anormal del varón (vv. 2-15), la emisión de semen (vv. 16-17), la unión conyugal en el centro (v. 18), la menstruación (vv. 19-24) y el flujo anormal de la mujer (vv. 25-30). Esta impureza es ritual, no moral: alcanza a la enfermedad y también a lo natural y sano, se transmite por contacto y se quita con agua, con el paso del tiempo y, si hubo enfermedad, con un sacrificio. La razón aparece al final: no profanar la morada de Dios, que está en medio de su pueblo (v. 31).

El flujo del varón

1 Habló el Señor a Moisés y Aarón, diciendo: 2 Dirigid la palabra a los hijos de Israel y decidles: El hombre que padece gonorrea [1] será inmundo. 3 Y entonces se juzgará que está sujeto a este achaque, cuando a cada instante el humor sucio se apegare a su carne y se condensare.

4 Cualquiera cama en que durmiere [2] y el sitio en que se sentare, quedará inmundo. 5 Quienquiera que tocare su lecho lavará sus vestidos; y ése mismo, después de lavado con agua, quedará inmundo hasta la tarde. 6 Quien se sentare donde él estuvo sentado lavará también sus vestidos,

y después de lavado con agua, quedará inmundo hasta la tarde. 7 Quien tocare su carne, lavará sus vestidos, y lavado él también con agua, quedará inmundo hasta la tarde.

8 Si el tal hombre escupiere sobre otro que está limpio [3], éste lavará sus vestidos, y después de haberse lavado con agua, estará inmundo hasta la tarde. 9 La silla de la bestia sobre que aquél se sentare, quedará inmunda. 10 En suma, todo lo que hubiere estado debajo de quien padece dicho mal, quedará inmundo hasta la tarde. Quien algo de esto llevare, lavará sus vestidos; y él mismo, después de lavado en agua, quedará inmundo hasta la tarde. 11 Todo aquél a quien tocare el tal, sin que se haya antes lavado las manos [4], lavará sus vestidos; y él después de lavado con agua, quedará inmundo hasta la tarde. 12 La vasija de barro que tocare, se romperá [5]; y si la vasija es de madera, se lavará con agua.

13 Si viniere a sanar el que padece semejante enfermedad, contará siete días después de su curación, y lavados sus vestidos y todo el cuerpo en agua viva [6], quedará limpio. 14 Pero al día octavo tomará dos tórtolas o dos pichones, y se presentará al Señor en la puerta del Tabernáculo del Testimonio, y los entregará al sacerdote: 15 el cual sacrificará el uno por el pecado [7], y el otro en holocausto; y rogará por él ante el Señor, para que sea purificado de su gonorrea.

El hombre y la mujer

16 El hombre que ha conocido a la mujer [8], lavará con agua
todo su cuerpo, y quedará inmundo hasta la tarde. 17 Con
agua lavará el vestido y la piel, que tuviere puestos, y piel
y vestido serán inmundos hasta la tarde. 18 La mujer con
quien se habrá unido [9], se lavará en agua, y quedará in-
munda hasta la tarde.

La sangre de la mujer

19 La mujer que padece la incomodidad ordinaria del
mes [10], estará separada por siete días. 20 Cualquiera que la
tocare, quedará inmundo hasta la tarde. 21 Aquello sobre
que durmiere o se sentare en los días de su separación,
quedará inmundo. 22 Quien tocare su lecho, lavará sus ves-
tidos; y él mismo, después de lavarse en agua, quedará in-
mundo hasta la tarde. 23 Quien tocare cualquier mueble
sobre que se haya ella sentado, lavará sus vestidos, y él
mismo, después de lavado con agua, quedará manchado
hasta la tarde.

24 Si el marido inadvertidamente [11] se junta con ella en el
tiempo de la sangre menstrual, quedará inmundo siete
días, y cada cama en que durmiere quedará inmunda.

25 La mujer que padece flujo de sangre muchos días [12], fue-
ra del curso ordinario, o aquella que después de pasado el
período mensual prosigue con el flujo, mientras le dura

esta enfermedad quedará inmunda, como si estuviere en el tiempo de su menstruo. 26 Toda cama en que durmiere y todo mueble sobre el cual se sentare, quedará inmundo. 27 Cualquiera que tocare estas cosas, lavará sus vestidos; y él mismo, después de haberse lavado en agua, quedará inmundo hasta la tarde.

28 Si la sangre para y cesa de fluir, contará siete días después de su purificación; 29 y el octavo día ofrecerá por sí al sacerdote dos tórtolas o dos pichones a la entrada del Tabernáculo del Testimonio; 30 de los cuales el sacerdote sacrificará uno por el pecado y otro en holocausto, y hará oración por ella delante del Señor para purificarla de su inmundicia.

La morada en medio del pueblo

31 Enseñaréis, pues, a los hijos de Israel a que se guarden de la inmundicia, a fin de que no mueran a causa de su impureza, si profanaran mi Tabernáculo, colocado en medio de ellos [13]. 32 Esta es la ley del que padece gonorrea y del que se mancha uniéndose con mujer, 33 y de la mujer que se separa en sus períodos menstruales, o que padece flujo continuado de sangre, y del hombre que durmiere con ella.

¿Sabías que?

Eusebio de Cesarea cuenta que en Cesarea de Filipo, junto a las fuentes del Jordán, se decía que había vivido la mujer curada del flujo de sangre (Mc 5,25-34), y que ante la puerta de su casa, sobre una piedra alta, había dos estatuas de bronce: una mujer arrodillada con las manos tendidas y, frente a ella, un hombre de pie, envuelto en un manto, que le extendía la mano. A sus pies crecía una planta que, según se decía, curaba toda clase de enfermedades. Eusebio asegura que él mismo vio el grupo (*Historia eclesiástica* VII,18). Algunos historiadores piensan que representaba en realidad a un emperador ante una provincia sometida. Más tarde, las *Actas de Pilato*, un apócrifo, dieron a la mujer un nombre: Berenice, que en latín se convirtió en Verónica.

PAUSA

1. La impureza de este capítulo no era pecado, pero pedía cuidado ante lo santo. ¿Cuidas tu cuerpo como templo del Espíritu Santo (1 Cor 6,19)?
2. La mujer enferma desde hacía doce años se atrevió a tocar a Jesús. ¿Qué herida escondida le acercarías hoy?
3. ¿Miras con respeto y delicadeza el cuerpo, la sexualidad y la salud de los demás?

Para orar. *Señor Jesús, que no te apartaste de la mujer que te tocó, sana lo que en mí está herido y escondido.*

16

El Día de la Expiación

Es el corazón del Levítico: una vez al año, el sumo sacerdote entra detrás del velo, en el Santísimo. El capítulo empieza recordando la muerte de Nadab y Abiú, porque responde a una pregunta vital: cómo acercarse al Dios santo sin morir. Tiene tres partes: los preparativos (vv. 1-10: cuándo entrar, las vestiduras de lino, las víctimas, las suertes sobre los dos machos cabríos), el rito (vv. 11-28: el becerro, el incienso, la sangre llevada del velo adentro, el altar, el macho cabrío enviado al desierto, los holocaustos) y el estatuto perpetuo para todo el pueblo (vv. 29-34: ayuno y descanso el día diez del mes séptimo).

Cuándo y cómo entrar en el santuario

1 El Señor habló a Moisés después de la muerte de los dos
hijos de Aarón [1], cuando por ofrecer fuego extraño fueron
muertos, 2 y le dio esta orden, diciendo: Di a tu hermano
Aarón que no en todo tiempo entre en el santuario que
está del velo adentro, ante el propiciatorio que cubre el
arca, so pena de muerte (porque yo he de aparecer en una
nube sobre el oráculo [2]);

3 sino en el día de la Expiación [3], en que antes habrá hecho
estas cosas: ofrecerá un becerro por el pecado, y un carne-
ro en holocausto. 4 Se vestirá la túnica de lino [4]; se pondrá

los calzoncillos de lino, con que cubrirá sus vergüenzas, se ceñirá con su ceñidor de lino y pondrá sobre su cabeza la tiara de lino: pues éstas son las vestiduras santas con las cuales, después de lavado, se ha de vestir. 5 Y recibirá de todo el pueblo de los hijos de Israel dos machos cabríos por el pecado y un carnero para holocausto.

6 Y habiendo ofrecido el becerro y hecha oración por sí y por su casa [5], 7 presentará los dos machos cabríos al Señor a la puerta del Tabernáculo del Testimonio, 8 y echando suertes sobre los dos [6], para ver cuál ha de ser inmolado al Señor, y cuál el macho cabrío emisario [7] o que se ha de enviar al desierto, 9 aquél que por suerte tocare al Señor, le ofrecerá por el pecado; 10 mas al que tocare ser macho cabrío emisario, le presentará vivo ante el Señor [8] para hacer las preces sobre él y echarle al desierto.

La sangre del velo adentro

11 Celebrado así este rito ofrecerá el becerro, y hecha oración por sí y por su casa, le sacrificará. 12 Después tomará el incensario o badil [9] que habrá llenado de las brasas del altar de los holocaustos, y cogiendo con la mano perfume confeccionado para incensar, entrará del velo adentro en el lugar santísimo; 13 para que, puestos los perfumes sobre el fuego en el altar de oro [10], la humareda y vapor de ellos cubra el oráculo que está sobre el arca del Testamento y con eso no muera. 14 Tomará asimismo parte de la sangre

del becerro, y hará siete aspersiones con el dedo [11] enfrente del propiciatorio hacia el oriente.

15 Degollado después el macho cabrío por el pecado del pueblo, entrará su sangre del velo adentro, conforme a lo dispuesto acerca de la sangre del becerro, a fin de hacer las aspersiones enfrente del oráculo [12], 16 y purificar el santuario de las inmundicias de los hijos de Israel [13], y de sus prevaricaciones y de todos los pecados. El mismo rito observará con respecto al Tabernáculo del Testimonio, que se ha fijado entre ellos en medio de las inmundicias que se cometen en sus tiendas. 17 No haya persona ninguna en el Tabernáculo [14], cuando entre el sumo sacerdote dentro del lugar santísimo para rogar por sí y por su casa, y por todo el pueblo de Israel, hasta que salga.

18 Y el sumo sacerdote cuando haya llegado al altar de los perfumes [15], colocado ante el Señor, hará oración por sí, y cogiendo de la sangre del becerro y del macho cabrío, la derramará sobre las puntas del altar alrededor, 19 y haciendo siete aspersiones con el dedo, le purificará y limpiará de las inmundicias de los hijos de Israel.

El macho cabrío que lleva los pecados

20 Y purificado que haya el santuario o sagrario, y el Tabernáculo y el altar, entonces ha de ofrecer el macho cabrío vivo; 21 y puestas las dos manos sobre la cabeza de éste [16],

confesará todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todos los delitos y pecados de los mismos: los cuales descargados con imprecaciones y plegarias sobre la cabeza del animal, le echará al desierto por medio de un hombre destinado a este fin [17]. [22] Y luego que el macho cabrío haya transportado todas las maldades de ellos a tierra solitaria [18], y quedado suelto en el desierto,

[23] volverá Aarón al Tabernáculo del Testimonio; y desnudándose de las vestiduras que tenía puestas antes al entrar en el santuario, y dejándolas allí, [24] lavará su cuerpo en el lugar santo, y se revestirá de sus ornamentos sacerdotales. Y después que, salido fuera [19], hubiere ofrecido el holocausto suyo y del pueblo, hará oración igualmente por sí que por el pueblo, [25] y quemará sobre el altar la grasa ofrecida por los pecados.

[26] El conductor del macho cabrío emisario lavará sus vestidos y cuerpo en agua y así entrará en el campamento. [27] Y al becerro y macho cabrío, que fueron inmolados por el pecado, y cuya sangre fue introducida en el santuario para cumplir la ceremonia de la expiación, los sacarán fuera del campamento [20], y quemarán en el fuego tanto sus pieles, como las carnes y el excremento; [28] y el que los quemare lavará sus vestidos y cuerpo con agua, y así entrará en el campamento.

Un estatuto perpetuo

29 Y esto será para vosotros un estatuto perpetuo: En el
mes séptimo, a los diez días del mes, mortificaréis vues-
tras almas [21], y no trabajaréis, ni los naturales, ni los ex-
tranjeros que están domiciliados entre vosotros. 30 En este
día se hará la expiación vuestra y la purificación de todos
vuestros pecados; y así quedaréis limpios delante del
Señor [22]; 31 por cuanto es el sábado de los sábados [23], y ha-
béis de hacer penitencia con tal culto religioso y perpetuo.

32 Esta expiación la hará el sumo sacerdote, que recibió la
unción santa, y cuyas manos fueron consagradas para
ejercer el sacerdocio en lugar de su padre; y se vestirá la
túnica de lino y las vestiduras sagradas, 33 y purificará el
santuario, y el Tabernáculo del Testimonio, y el altar, y
también a los sacerdotes y a todo el pueblo. 34 Y será ley
eterna para vosotros el orar por los hijos de Israel y por to-
dos sus pecados una vez al año [24]. Lo hizo, pues, Moisés
como el Señor lo había mandado.

¿Sabías que?

El Día de la Expiación entró en una antigua manera de calcular la fecha de la Navidad. El *Protoevangelio de Santiago*, un apócrifo del siglo II, presenta a Zacarías, el padre de Juan Bautista, como sumo sacerdote, y algunos autores supusieron que el ángel se le apareció cuando entraba en el Santísimo el Día de la Expiación, a comienzos del otoño. San Juan Crisóstomo, en una homilía predicada en Antioquía hacia el año 386, sacó la cuenta: si Juan fue concebido entonces, la Anunciación cae seis meses después, en primavera (Lc 1,26), y el nacimiento de Jesús, en diciembre. El cálculo no se sostiene, porque san Lucas dice que a Zacarías le tocó por turno ofrecer el incienso de cada día (Lc 1,8-9); pero las Iglesias de Oriente celebran todavía la concepción de Juan Bautista el 23 de septiembre.

El Día de la Expiación y Cristo

Levítico 16	Carta a los Hebreos
Una vez al año (16,34)	«Una vez para siempre» (Heb 9,12; 10,10)
Con la sangre de un becerro y de un macho cabrío (16,14-15)	Con su propia sangre (Heb 9,12.25)
Primero por sus propios pecados (16,6)	No necesita ofrecer por sí mismo (Heb 7,26-27)
Detrás del velo (16,2)	El velo rasgado (Mt 27,51); «a través del velo, es decir, de su carne» (Heb 10,20)
Un santuario hecho por manos humanas	El cielo mismo (Heb 9,24)
La sangre sobre el propiciatorio (16,14)	Cristo, «instrumento de propiciación» por su sangre (Rom 3,25)
Purifica el santuario y la carne (16,16.30)	Purifica la conciencia (Heb 9,13-14)
Las víctimas se queman fuera del campamento (16,27)	Jesús padeció fuera de la puerta (Heb 13,11-12)
Se repite cada año (16,34)	«Con una sola oblación» (Heb 10,14)
El pueblo espera a que salga (16,17.24)	Cristo aparecerá por segunda vez a los que lo esperan (Heb 9,28)

Para la Carta a los Hebreos, la Ley tenía «la sombra de los bienes futuros» (Heb 10,1). El Catecismo lo resume: Cristo, único sacerdote de la alianza nueva y eterna, entró en el cielo mismo para presentarse ante Dios en favor nuestro, y allí ejerce para siempre su sacerdocio (n. 662).

El rito del Día de la Expiación

Paso	Qué hace el sumo sacerdote	Cita
Lino	Se baña y se viste la túnica, los calzoncillos, el ceñidor y la tiara de lino	16,4
Víctimas	Un becerro y un carnero para él; del pueblo, dos machos cabríos y un carnero	16,3.5
Suertes	Echa suertes sobre los machos cabríos: uno «para el Señor», otro «emisario»	16,7-10
Becerro	Lo inmola por sí y por su casa	16,6.11
Incienso	Entra del velo adentro con brasas e incienso; el humo cubre el propiciatorio	16,12-13
Sangre	Asperja con la sangre del becerro el propiciatorio y siete veces ante él	16,14
Sangre	Hace lo mismo con la del macho cabrío del pueblo: purifica el santuario	16,15-17
Altar	Pone sangre de los dos en los cuernos del altar y lo asperja siete veces	16,18-19
Confesión	Con las manos sobre el macho cabrío vivo, confiesa los pecados del pueblo; un hombre lo lleva al desierto	16,20-22
Holocaustos	Deja el lino, se lava, se pone sus vestiduras y ofrece los holocaustos	16,23-25
Fuera	El becerro y el macho cabrío se queman fuera del campamento	16,27-28
El pueblo	El día diez del mes séptimo ayuna («mortifica su alma») y no trabaja	16,29-31

El texto no sigue del todo el orden cronológico: el v. 6 anuncia el becerro que se inmola en el v. 11. La Misná fija el orden con minucia y declara que, si el sumo sacerdote hace un paso antes que otro, no ha hecho nada (Yomá 5,7).

PARA PROFUNDIZAR

El Día de la Expiación y la carta a los Hebreos

El Día de la Expiación es el corazón del Levítico. Una vez al año, el diez del mes séptimo, a comienzos del otoño, el sumo sacerdote dejaba sus vestiduras de oro, se vestía de lino blanco y cruzaba el velo. El rito tiene dos movimientos. Uno va hacia dentro: la sangre del becerro y la del macho cabrío llegan hasta el propiciatorio y purifican el santuario, la tienda y el altar, manchados por las impurezas y los pecados de todo un año. El otro va hacia fuera: sobre el segundo macho cabrío se confiesan los pecados del pueblo, y el animal se los lleva al desierto. El versículo 33 resume lo que se purifica: el santuario, la tienda, el altar, los sacerdotes y todo el pueblo. Dios limpia su casa y a sus hijos, y aleja de ellos su culpa.

El misterioso Azazel, al que va destinado el segundo animal, ha recibido tres explicaciones: un demonio del desierto, un lugar escarpado o el nombre mismo del «macho cabrío que se va» (ver nota a 16,8). Sea cual sea, el texto evita toda idea de ofrenda a un demonio: el animal no se inmola, y antes de enviarlo se lo presenta «ante el Señor». La Misná describe cómo se celebraba en el segundo templo: al oír el Nombre de Dios en las confesiones del sumo sacerdote, el pueblo se postraba, y una cinta escarlata se volvía blanca cuando el macho cabrío llegaba al desierto, como anuncia Isaías: «aunque vuestros pecados sean como la grana, quedarán blancos como la nieve» (Is 1,18). El Talmud añade con tristeza que en los cuarenta años anteriores a la destrucción del templo la cinta ya no blanqueaba (Yomá 39b).

Destruido el templo en el año 70, el judaísmo siguió celebrando el Yom Kipur sin sacrificios, con la oración, el arrepentimiento y la limosna. Es un ayuno de unas veinticinco horas, sin comer ni beber, sin lavarse ni ungirse, sin calzado de cuero y sin unión conyugal (Misná, Yomá 8,1). Empieza al atardecer con el canto del Kol Nidré; por la tarde se lee el libro de Jonás, con la conversión de Nínive, y en una de las oraciones del día se recita el antiguo rito del templo. Termina con la Neilá, «el cierre de las puertas», y un toque de shofar.

La Carta a los Hebreos es, en buena parte, una lectura cristiana de Lv 16. Recuerda que en la segunda tienda «solo entra el sumo sacerdote, una vez al año, y no sin sangre» (Heb 9,7), y anuncia lo nuevo: Cristo entró «una vez para siempre» en el santuario, no con sangre de machos cabríos ni de becerros, sino con la suya propia (9,12), y no en un santuario hecho por manos humanas, sino en el cielo mismo (9,24; Catecismo, n. 662). El velo se rasgó al morir Jesús (Mt 27,51), y ahora tenemos un camino nuevo y vivo «a través del velo, es decir, de su carne» (Heb 10,20). Los cuerpos de las víctimas se quemaban fuera del campamento, y Jesús padeció fuera de la puerta (13,11-12). San Pablo da un paso más: Cristo es también el propiciatorio, el lugar donde Dios y el hombre se encuentran (Rom 3,25; Catecismo, n. 433). La repetición anual mostraba que aquella sangre no podía quitar los pecados; «con una sola oblación», Cristo ha hecho perfectos para siempre a los que santifica (Heb 10,1-14).

Los primeros cristianos leyeron también los dos machos cabríos. La *Carta de Bernabé* ve en el que es maldecido, coronado de lana escarlata y expulsado al desierto, una figura de Jesús, al que un

día verán con un manto escarlata los que lo despreciaron (cap. 7). San Justino explica que los dos animales anunciaban las dos venidas de Cristo: la primera, en que fue rechazado y expulsado, y la segunda, en que lo reconocerán en Jerusalén los que lo deshonraron (*Diálogo con Trifón* 40); Tertuliano propone una lectura parecida (*Contra Marción* III,7).

Para el cristiano, el Día de la Expiación ya no es una fecha del calendario: es el Viernes Santo, cuyo fruto se hace presente en cada Eucaristía. No esperamos fuera, temblando, a que el sacerdote salga vivo del santuario: Cristo «está siempre vivo para interceder» por nosotros (Heb 7,25), y por eso podemos acercarnos «con confianza al trono de la gracia» (Heb 4,16), como proclama la segunda lectura del Viernes Santo.

PAUSA

1. El sumo sacerdote oraba primero por sí y por su casa. ¿Reconoces tus propios pecados antes de mirar los de los demás?
2. El macho cabrío se llevaba los pecados a una tierra sin regreso. ¿Qué culpa ya perdonada sigues cargando, en lugar de dejarla en manos de Cristo?
3. El pueblo esperaba fuera a que el sacerdote saliera del santuario. ¿Cómo esperas tú la venida de Cristo (Heb 9,28)?

Para orar. *Señor Jesús, sumo sacerdote que entraste con tu sangre en el santuario del cielo, purifícame y llévame contigo ante el Padre.*

17

La sangre es la vida

Con este capítulo empieza la segunda gran parte del libro, el llamado «Código de santidad» (17–26). Es un puente: como los capítulos anteriores, habla de sacrificios; como los siguientes, se dirige a todo Israel y también a los forasteros. Contiene cinco leyes: toda res se mata ante la tienda (vv. 3-7); todo sacrificio se ofrece allí (vv. 8-9); nadie come sangre (vv. 10-12); la sangre de la caza se cubre con tierra (vv. 13-14); quien come carne mortecina debe purificarse (vv. 15-16). La clave está en el v. 11: la vida está en la sangre, y Dios la ha dado para la expiación.

Un solo altar

1 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Habla a Aarón y a
sus hijos, y a todos los hijos de Israel [1], diciéndoles: Este
es mandato expreso del Señor, que dice:

3 Cualquier hombre de la casa de Israel que matare buey, u
oveja, o cabra en el campamento, o fuera de él [2], 4 en lugar
de ofrecerlos a la puerta del Tabernáculo en sacrificio al
Señor, será reo de muerte; y así será exterminado de la so-
ciedad de su pueblo, como si hubiese cometido un
homicidio [3]. 5 Por tanto los hijos de Israel deben presentar
al sacerdote las víctimas, en vez de matarlas como antes

en el campo; para que sean consagradas al Señor ante la puerta del Tabernáculo del Testimonio, y sacrificadas por los sacerdotes al Señor como víctimas pacíficas [4]. [6] El sacerdote, pues, derramará la sangre sobre el altar del Señor a la puerta del Tabernáculo del Testimonio, y quemará la grasa en olor de suavidad al Señor; [7] y nunca más ya inmolen sus víctimas a los demonios [5], a cuyo culto se han prostituido. Ley sempiterna será ésta para ellos y sus descendientes.

[8] Dirás también a los mismos: Cualquiera de la casa de Israel y de los advenedizos que moran entre vosotros [6] que ofreciere holocausto o víctima, [9] y no la trajere a la entrada del Tabernáculo del Testimonio, para que sea ofrecida al Señor, será exterminado de la sociedad de su pueblo.

La vida está en la sangre

[10] Si algún hombre de la casa de Israel y de los forasteros habitantes entre ellos, comiere sangre, yo fijaré sobre él mi rostro airado [7], y le exterminaré de la sociedad de su pueblo. [11] Por cuanto la vida del animal está o se sustenta con la sangre [8], y os la he dado yo para que con ella satisfagáis sobre el altar por vuestras almas, y la sangre sirva de expiación o rescate por el alma [9]. [12] Por eso tengo dicho a los hijos de Israel: Ninguno de vosotros comerá sangre [10], ni tampoco los forasteros que moran entre vosotros.

13 Cualquiera de los hijos de Israel y de los forasteros que
moran entre vosotros, si caza, o prende fiera o ave, que sea
lícito comer, derrame su sangre y cúbrala con tierra [11].
14 Porque la vida de todo animal está en la sangre; por cuya
razón he dicho a los hijos de Israel: No comeréis sangre de
ningún animal; puesto que la vida de la carne está en la
sangre [12]; y todo aquél que la comiere, será castigado de
muerte.

La carne mortecina

15 Cualquier persona de los naturales o extranjeros que co-
miere carne de algún animal que se ha muerto por sí mis-
mo, o ha sido destrozado por alguna bestia [13], lavará sus
vestidos y su cuerpo con agua, y quedará inmundo hasta
la tarde, y de este modo se limpiará. 16 Mas si no lavare su
vestido y cuerpo, llevará la pena de su iniquidad [14].

¿Sabías que?

La prohibición de comer sangre sigue viva en dos grandes tradiciones. En la cocina judía, la carne kosher se deja en remojo, se cubre de sal gruesa durante un tiempo para que suelte la sangre y después se enjuaga: de ahí viene el nombre de la «sal kosher». El Corán prohíbe también comer «sangre derramada» (sura 6,145; ver 2,173 y 5,3). Entre los cristianos de Occidente, en cambio, la norma de los apóstoles cayó pronto en desuso, como atestigua san Agustín, y la morcilla es un plato tradicional en muchos países católicos.

PAUSA

1. La sangre pertenecía a Dios porque la vida es suya. ¿Tratas la vida, la tuya y la de los demás, como un don que no te pertenece?
2. Dios «dio» la sangre para la expiación: el perdón es un regalo suyo. ¿Lo recibes así, o intentas ganártelo?
3. Cuando recibes la Eucaristía, ¿eres consciente de que Cristo te da su propia vida?

Para orar. *Señor Jesús, que derramaste tu sangre por nosotros, haz que tu vida corra en la mía.*

18

Las uniones prohibidas

El capítulo 18 abre la parte del Código de santidad dedicada a la vida del pueblo, y empieza por la casa. Tiene tres partes: un marco que pone a Israel frente a las costumbres de Egipto y de Canaán (vv. 1-5), la lista de las uniones prohibidas, casi todas dentro de la familia (vv. 6-23), y una advertencia final: la tierra misma vomita a quien la contamina (vv. 24-30). La lista no razona con sentimientos, sino con la «carne» común: cada pariente es «carne» de otro, y la familia debe ser un lugar seguro para todos. El estribillo «Yo el Señor» firma cada parte.

No como en Egipto ni como en Canaán

1 El Señor habló a Moisés, diciendo: 2 Habla a los hijos de
Israel, y diles de mi parte: Yo soy el Señor Dios vuestro [1]:
3 No seguiréis las usanzas de la tierra de Egipto [2], donde
habéis vivido; ni tomaréis los estilos del país de Canaán,
donde yo he de introduciros, ni obraréis conforme a sus le-
yes. 4 Ejecutaréis mis determinaciones, y observaréis mis
preceptos [3], y por ellos os guiaréis. Yo el Señor Dios vues-
tro. 5 Guardad mis leyes y mandamientos; porque el hom-
bre que los practique, hallará vida en ello [4] s. Yo el Señor.

Dentro de la familia

6 Nadie se juntará carnalmente con su consanguínea [5], ni
tendrá que ver con ella. Yo el Señor. 7 ¡Oh mujer!, no te
unirás en matrimonio con tu padre [6]; ni tú, ¡oh varón!,
con tu madre; es madre tuya: no descubrirás nada en ella
contra el pudor. 8 No tendrás que ver con la mujer de tu pa-
dre, porque carne de tu padre ha sido ella [7]. 9 Ni tendrás
que ver con hermana tuya de padre o de madre [8], ora sea
nacida en casa o fuera de ella.

10 No tendrás que ver con hija de tu hijo, ni con nieta por
parte de hija, por ser sangre tuya. 11 Tampoco tendrás que
ver con hija de la mujer de tu padre, a la cual parió ella
para tu padre, y es media hermana tuya. 12 No tendrás que
ver con la hermana de tu padre [9], porque es carne de tu
mismo padre. 13 No tendrás que ver con la hermana de tu
madre, porque es carne de tu madre.

14 No afrentes a tu tío paterno, desposándote con su mujer,
la cual es tu parienta por afinidad. 15 No tendrás que ver
con tu nuera, porque ella es mujer de tu hijo, y no le hagas
tal afrenta. 16 No tendrás que ver con la mujer de tu
hermano [10], porque es carne de tu hermano.

17 No contraerás matrimonio con madre y con hija suya, ni
con hija del hijo o de la hija de tu mujer, haciéndoles tal
afrenta; porque son carne de ella, y tal unión es un
incesto [11]. 18 No tomarás por esposa secundaria la herma-

na de tu esposa [12], ni tendrás que ver con ella viviendo todavía ésta.

Otras uniones prohibidas

19 No te llegues a la mujer mientras padece el menstruo [13], ni tengas que ver con ella. 20 No pecarás con la mujer de tu prójimo, ni te contaminarás con semejante unión.

21 No darás hijo tuyo para consagrarle al ídolo Moloc [14], ni profanarás el nombre de tu Dios. Yo el Señor. 22 No cometas pecado de sodomía [15], porque es una abominación. 23 No pecarás con bestia, ni te manches con ella. Tampoco la mujer se mezclará con bestia [16], por ser horrible maldad.

La tierra que vomita

24 Huid de todas las impurezas, con las que se han ensuciado todas las naciones, que yo desterraré de vuestra vista; 25 las cuales tienen contaminada la tierra, cuyas abominaciones residenciaré yo, para que ella arroje de sí con horror a sus moradores [17]. 26 Guardad mis leyes y determinaciones, y no cometáis ninguna de tales abominaciones, tanto los que sois naturales, como los forasteros que habitan entre vosotros [18]; 27 porque todas estas cosas execrables las han hecho aquellos que han habitado dicha tierra antes de vosotros, y la tienen infestada. 28 Mirad, pues, no

sea que también os arroje de sí con horror, como arrojó a la gente que os ha precedido, si hacéis semejantes cosas.

29 Cualquier persona que incurriere en alguna de estas abominaciones será exterminada de su pueblo [19].
30 Observad mis mandamientos. No hagáis lo que han hecho los que os precedieron en este país, ni os contaminéis con tales acciones. Yo el Señor Dios vuestro.

¿Sabías que?

En la tarde del Yom Kipur, el día más solemne del año judío, la sinagoga lee precisamente este capítulo. Ya lo prescribe el Talmud: por la mañana se lee el capítulo 16, el rito de la Expiación, y por la tarde, en la oración de Minjá, «las uniones prohibidas», seguidas del libro de Jonás (Meguilá 31a). Los comentaristas lo explican así: en el día del perdón cada uno debe examinarse sobre los pecados más íntimos, que son también los más fáciles de esconder. Algunas comunidades judías modernas lo han sustituido por el capítulo 19, el de «amarás a tu prójimo».

Los grados prohibidos y el derecho de la Iglesia

Relación	Levítico	Hoy (Código de Derecho Canónico)
Madre, nieta	18,7.10	Línea recta de consanguinidad: matrimonio nulo, sin dispensa posible (cc. 1091 §1; 1078 §3)
Hermana, media hermana	18,9.11	Segundo grado colateral: nulo, sin dispensa posible (cc. 1091 §2; 1078 §3)
Tía	18,12-13	Tercer grado colateral: impedimento; el obispo puede dispensar (cc. 1091 §2; 1078 §1)
Prima hermana	No la nombra	Cuarto grado colateral: impedimento dispensable (c. 1091 §2)
Madrastra, nuera, suegra, hijastra	18,8.15.17	Afinidad en línea recta: impedimento en cualquier grado (c. 1092)
Viuda del hermano, viuda del tío	18,14.16 (salvo el levirato, Dt 25,5)	Afinidad colateral: no es impedimento
Hermana de la esposa	18,18, en vida de la esposa	No es impedimento; en vida de la esposa, lo impide el vínculo anterior (c. 1085)

La afinidad nace del matrimonio válido y une a cada cónyuge con los consanguíneos del otro (c. 109). En línea colateral hay tantos grados como personas en las dos líneas, sin contar el tronco común (c. 108): los hermanos están en segundo grado; el tío y la sobrina, en tercero; los primos hermanos, en cuarto. El concilio IV de Letrán (1215) había reducido la prohibición, que llegaba al séptimo grado, al cuarto, contado entonces de otro modo.

PARA PROFUNDIZAR

Las leyes sexuales del Levítico y la moral cristiana

Para un lector de hoy, Levítico 18 es una página incómoda: una lista de uniones prohibidas, sin matices ni explicaciones. Pero su lógica se entiende mirando la casa antigua, donde convivían varias generaciones bajo un mismo techo. La ley se dirige al varón, cabeza de familia, y protege a quienes dependían de él: la madrastra, la nuera, la hija de la esposa, la cuñada. Cada una es «carne» de otro pariente, y nadie puede apropiarse de ella. San Agustín vio en estas normas una sabiduría social: casarse fuera del círculo más estrecho multiplica los lazos de caridad (*La ciudad de Dios* XV,16). Y el marco del capítulo añade un motivo religioso: Israel debe distinguirse de Egipto y de Canaán (18,3), porque pertenece al Señor.

La Iglesia no observa todas estas leyes del mismo modo. Santo Tomás distinguía en la Ley de Moisés los preceptos morales, que pertenecen a la ley natural y siguen obligando, los ceremoniales, que se cumplieron en Cristo, y los judiciales, propios del gobierno del antiguo Israel (*Suma teológica* I-II, q. 100, a. 1; q. 103, a. 3; q. 104, a. 3). La norma sobre la menstruación (18,19) es ritual: la Pontificia Comisión Bíblica dice que solo tiene sentido por su valor simbólico (*¿Qué es el hombre?*, 2019, n. 190). La prohibición del incesto y del adulterio, en cambio, es moral: san Pablo aplica 18,8 en Corinto (1 Cor 5,1), y el Catecismo define el incesto remitiendo a Lv 18,7-20 (n. 2388). El derecho canónico declara nulo el matrimonio entre ascendientes y descendientes, entre colaterales hasta los primos hermanos y entre afines en línea recta (cc.

1091-1092), y algunos de esos grados admiten dispensa. Otras uniones de la lista, como la viuda del hermano o la hermana de la esposa difunta, no son hoy impedimento; la misma Biblia preveía el levirato (Dt 25,5).

Entre las leyes sobre la familia aparece el culto a Moloc (18,21). No es un desvío: entregar un hijo al fuego es la perversión extrema de la fecundidad, que la Biblia considera un don de Dios. Lo que el capítulo defiende es la vida que nace en la familia.

Los versículos más discutidos hoy son 18,22 y 20,13. El hebreo dice: «con varón no te acostarás como quien se acuesta con mujer: es abominación»; Torres Amat lo resume como «pecado de sodomía». La palabra to'ebá, «abominación», no designa solo faltas sexuales: se dice del sacrificio de niños, de la idolatría y de las pesas falsas (Dt 12,31; 25,16; Prov 11,1). La Pontificia Comisión Bíblica observa que el legislador no da razones, que no hay noticia de que la pena de muerte se aplicara nunca, aunque la Ley tiene esa conducta por gravemente reprobable, y que estas normas, como las demás disciplinas del Levítico, piden una interpretación inteligente, que salve los valores del texto sin repetir al pie de la letra lo que pertenece a la cultura de aquel tiempo (nn. 189-190 y 195).

La enseñanza de la Iglesia sobre la sexualidad no se apoya en las penas del Levítico, sino en la visión de la creación: el varón y la mujer, creados a imagen de Dios y llamados a ser «una sola carne» (Gn 1,27; 2,24). El Catecismo, al hablar de los actos homosexuales, no cita el Levítico, sino Gn 19, Rom 1,24-27, 1 Cor 6,10 y 1 Tim 1,10, junto con la declaración *Persona humana* (1975, n. 8); la

carta de 1986 sobre la atención pastoral a las personas homosexuales sí menciona Lv 18,22 y 20,13 (n. 6). Y el mismo Catecismo pide acoger a estas personas «con respeto, compasión y delicadeza», evitando «todo signo de discriminación injusta», y recuerda que están llamadas a la castidad, como todo bautizado (nn. 2358-2359; ver n. 2348). En 2024, el Dicasterio para la Doctrina de la Fe denunció como contrario a la dignidad humana que en algunos lugares se encarcele, torture o mate a personas por su orientación sexual (*Dignitas infinita*, n. 55).

Leído así, Levítico 18 no es un catálogo de tabúes, sino una escuela de la santidad del cuerpo. San Pablo lo dirá con palabras nuevas: el cuerpo es templo del Espíritu Santo; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo (1 Cor 6,19-20).

PAUSA

1. La Ley protege la familia como un lugar seguro. ¿Qué haces tú para que tu casa sea un lugar de confianza y de respeto para cada uno?
2. «No seguiréis las usanzas de Egipto ni de Canaán». ¿Qué costumbres de tu ambiente te cuesta más no seguir?

Para orar. *Señor, guarda nuestras familias en la pureza y en el respeto, y haz de nuestra casa un lugar donde cada uno esté a salvo.*

19

«Sed santos»: la santidad en la vida diaria

Es el corazón del Código de santidad. Empieza con el mandato que da nombre a todo el Código, «sed santos, porque yo... soy santo» (v. 2), y lo traduce en una cadena de leyes breves, casi todas firmadas con «Yo el Señor». Se mezclan sin orden aparente el culto y la ética, el campo y el tribunal, el ciego y el anciano, porque ninguna zona de la vida queda fuera de la santidad. Puede dividirse en cuatro partes: Dios, los padres y el culto (vv. 1-8); el pobre y el prójimo (vv. 9-18); mezclas, frutos y costumbres paganas (vv. 19-31); el anciano, el forastero y la balanza justa (vv. 32-37).

Sed santos

1 Habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y les dirás: Sed santos, porque yo, el Señor Dios vuestro, soy santo [1]. 3 Cada cual reverencie a su padre y a su madre [2]. Guardad mis sábados o días festivos [3]. Yo el Señor Dios vuestro. 4 No queráis volveros a los ídolos [4], ni os forméis dioses de fundición. Yo el Señor Dios vuestro.

5 Si sacrificareis al Señor una hostia pacífica, para tenerle propicio, 6 la comeréis en el día en que sea sacrificada y en el siguiente; mas todo lo que sobrare para el día tercero, lo

quemaréis al fuego. 7 Quien después de dos días comiere de ella, será profano y reo de impiedad [5], 8 y pagará su merecido por haber profanado lo santo del Señor o lo a él consagrado, y será exterminado de su pueblo.

El pobre y el prójimo

9 Cuando segares las mieses de tu campo, no cortarás el fruto de la tierra hasta el suelo, ni respigarás lo que queda [6]. 10 Ni tampoco en tu viña rebuscarás los racimos y granos de uvas caídos, sino que dejarás a los pobres y forasteros que lo recojan. Yo el Señor Dios vuestro.

11 No hurtaréis, no mentiréis, y ninguno engañará a su prójimo. 12 No jurarás en falso por mi nombre, ni profanarás el nombre de tu Dios. Yo el Señor. 13 No harás agravio a tu prójimo, ni le oprimirás con violencia. No retendrás el jornal de tu jornalero hasta la mañana [7]. 14 No hables mal de un sordo, ni pongas tropiezo ante los pies del ciego [8]; mas temerás al Señor Dios tuyo; porque yo soy el Señor.

15 No harás injusticia, ni darás sentencia injusta. No tengas miramiento con perjuicio de la justicia a la persona del pobre, ni respetes la cara o ceño del poderoso [9]. Juzga a tu prójimo según justicia. 16 No serás calumniador ni chismoso en el pueblo. No conspires contra la vida de tu prójimo [10]. Yo el Señor.

17 No aborrezcas en tu corazón a tu hermano, sino corrígele y explícatele abiertamente [11], para no caer en pecado por su causa. 18 No procures la venganza [12], ni conserves la memoria de la injuria de tus conciudadanos. Amarás a tu amigo o prójimo como a ti mismo [13]. Yo el Señor.

Mezclas, frutos y costumbres paganas

19 Observad mis leyes. No harás que tu bestia doméstica se mezcle con animal de otra especie. No sembrarás tu heredad con variedad de semillas. No vestirás ropa tejida de dos cosas diversas [14].

20 Si un hombre tuviere cópula con mujer que sea esclava, ya casadera, pero todavía no rescatada, ni en libertad, serán ambos azotados [15], mas no muertos, pues ella no era libre; 21 pero él ofrecerá por su delito un carnero a la entrada del Tabernáculo del Testimonio; 22 y el sacerdote hará oración por él y por su pecado delante del Señor, que le será propicio, y su pecado le será perdonado.

23 Cuando hubiereis entrado en la tierra de promisión, y plantado en ella árboles frutales, desecharéis los frutos primerizos [16]; y así los primeros frutos que produzcan, los tendréis por inmundos y no los comeréis. 24 Mas en llegando al cuarto año, todo el fruto de dichos árboles será consagrado a la gloria del Señor. 25 Finalmente, al quinto año

comeréis sus frutos, recogiendo cuantos produzcan. Yo soy el Señor Dios vuestro.

26 No comeréis nada con sangre. No usaréis de agüeros, ni haréis caso de sueños [17]. 27 No os cortaréis vuestros cabellos en forma de corona [18]. Ni os raeréis la barba de un modo supersticioso. 28 No sajaréis vuestra carne por la muerte de nadie, ni haréis figuras algunas o marcas sobre vosotros [19]. Yo el Señor.

29 No prostituyas a tu hija; para que no se contamine la tierra y se llene de maldad. 30 Guardad mis sábados y reverenciad con temor mi santuario. Yo el Señor. 31 No os desviéis de vuestro Dios en busca de magos, ni consultéis a adivinos [20], porque seréis por ellos corrompidos. Yo el Señor Dios vuestro.

El anciano, el forastero y la balanza justa

32 Ante la cabeza llena de canas, ponte en pie [21] y honra la persona del anciano, y teme al Señor Dios tuyo. Yo el Señor.

33 Si algún forastero viniere a vuestra tierra y morare de asiento entre vosotros, no le zaheriréis; 34 sino que vivirá entre vosotros como natural del país, y le amaréis como a vosotros mismos [22]; porque también vosotros fuisteis forasteros en la tierra de Egipto. Yo el Señor Dios vuestro.

35 No cometáis injusticia en el juicio, en la regla o vara de
medir, en el peso, en la medida. 36 La balanza sea justa y
cabales las pesas: justo el modio y el sextario [23], sin que le
falte nada. Yo el Señor Dios vuestro que os he sacado de la
tierra de Egipto. 37 Guardad todos mis preceptos y todas
mis órdenes, y ponedlas por obra. Yo el Señor.

¿Sabías que?

Un antiguo midrash explica por qué este capítulo se dirige «a toda la congregación» (v. 2). Rabí Jiyyá enseñaba que se proclamó ante la asamblea entera porque de él dependen la mayoría de los principios de la Torá, y Rabí Leví añadía que contiene los diez mandamientos: «Yo soy el Señor Dios vuestro» (v. 2), «no os forméis dioses de fundición» (v. 4), «no jurarás en falso» (v. 12), «guardad mis sábados» y «reverencie a su padre y a su madre» (v. 3), «no conspires contra la vida de tu prójimo» (v. 16), «no hurtaréis» (v. 11), «no serás calumniador» (v. 16), el adulterio en 20,10 y, en lugar de «no codiciarás», «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 18) (*Levítico Rabá* 24,5).

«Amarás a tu prójimo» en el Nuevo Testamento

Cita	Quién lo dice	En qué contexto
Mt 5,43	Jesús, en el sermón de la montaña	«Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo»; Jesús manda amar también a los enemigos
Mt 19,19	Jesús, al joven rico	Lo añade a los mandamientos que hay que guardar para entrar en la vida
Mt 22,39	Jesús, a un fariseo doctor de la Ley	El segundo mandamiento, «semejante» al primero; de los dos penden la Ley y los Profetas
Mc 12,31	Jesús, a un escriba	«No hay otro mandamiento mayor que estos»
Mc 12,33	El escriba	Amar así «vale más que todos los holocaustos y sacrificios»; Jesús le dice que no está lejos del Reino de Dios
Lc 10,27	Un doctor de la Ley	Responde con Dt 6,5 y Lv 19,18; luego pregunta «¿quién es mi prójimo?», y Jesús cuenta la parábola del buen samaritano
Rom 13,9	San Pablo	Todos los mandamientos se resumen en este; el amor es la plenitud de la Ley
Gál 5,14	San Pablo	Toda la Ley se cumple en una sola frase: la libertad cristiana se vive sirviéndose unos a otros por amor
Sant 2,8	Santiago	La «ley regia», contra el favoritismo que da el mejor sitio al rico y deja de pie al pobre

Lv 19,18 es uno de los versículos del Antiguo Testamento más citados en el Nuevo: nueve veces. En el Levítico se refería al compatriota, y el mismo capítulo extendía ese amor al forastero (19,34); Jesús lo abre a todo hombre, incluso al enemigo, y le da una medida nueva: «como yo os he amado» (Jn 13,34).

PARA PROFUNDIZAR

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»

En Levítico 19 el gran mandamiento aparece casi escondido, al final de una serie de leyes sobre el jornal, el sordo, el tribunal y el chisme. Su contexto inmediato es la venganza: «no procures la venganza... de tus conciudadanos». El «prójimo» (re'a) es el compañero israelita, el vecino con quien se convive. Pero el mismo capítulo da un paso enorme dieciséis versículos después: al forastero que vive en la tierra «le amaréis como a vosotros mismos» (19,34). La Vulgata tradujo amicum, «amigo», y Torres Amat añadió «o prójimo», la palabra de los Evangelios, que viene del griego *plesíon*, «el que está cerca».

La tradición judía puso este versículo en el centro de la Ley. A un pagano que le pedía aprender toda la Torá mientras se sostenía sobre un pie, Hillel le respondió: «lo que te es odioso, no lo hagas a tu prójimo: esta es toda la Torá, y lo demás es comentario; ve y apréndelo» (Talmud, *Shabat* 31a). Rabí Aquiba llamó a Lv 19,18 «un gran principio de la Torá», y Ben Azai propuso otro todavía mayor: «este es el libro de las generaciones de Adán» (Gn 5,1), porque todo hombre fue hecho a semejanza de Dios (*Sifrá*, sobre Lv 19,18; *Génesis Rabá* 24,7).

Jesús unió el amor a Dios (Dt 6,5) y el amor al prójimo (Lv 19,18) en un único mandamiento doble, del que «penden toda la Ley y los Profetas» (Mt 22,40). En Marcos, el escriba que lo escucha añade que amar así «vale más que todos los holocaustos y sacrificios» (Mc 12,33). En Lucas, el doctor de la Ley pregunta «¿quién es mi prójimo?», y la parábola del samaritano da la vuelta a la

pregunta: Jesús no le dice a quién debe amar, sino que le pregunta quién se hizo prójimo del herido (Lc 10,29-37). Benedicto XVI lo resume así: hasta entonces el prójimo era el compatriota y el extranjero establecido en Israel; ahora ese límite desaparece, y mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y a quien yo pueda ayudar (*Deus caritas est*, n. 15).

Jesús va todavía más lejos: «habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo; pues yo os digo: amad a vuestros enemigos» (Mt 5,43-44). La segunda mitad de la frase no está en el Levítico; quizá recoge una mentalidad de la época, como la de la *Regla de la comunidad* de Qumrán, que manda amar a «los hijos de la luz» y odiar a «los hijos de las tinieblas» (1QS 1,9-10). Torres Amat ya advertía en una nota que esas palabras no eran de la Ley. San Pablo dirá que quien ama al prójimo ha cumplido la Ley (Rom 13,8-10; Gál 5,14), y Santiago llama a este mandamiento «la ley regia» (Sant 2,8).

¿Y qué significa «como a ti mismo»? San Agustín observa que no hacía falta mandar el amor a uno mismo, porque nadie se odia, y que el mandamiento de amar a Dios incluye el de amarse bien a uno mismo: el amor tiene un orden (*La doctrina cristiana* I, 22-27). Santo Tomás enseña que la caridad comprende un amor justo de sí mismo (*Suma teológica* II-II, q. 25, a. 4). No es egoísmo ni desprecio de sí: quien no se sabe amado difícilmente amará a los demás.

El Catecismo define la caridad como la virtud por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios (n. 1822), y recuerda que Jesús la hizo

«mandamiento nuevo» al darle una medida nueva: «como yo os he amado» (Jn 13,34; n. 1823). El papa Francisco dedicó a la parábola del samaritano el capítulo segundo de *Fratelli tutti* (2020), «Un extraño en el camino». El versículo del Levítico, nacido para la convivencia de un pequeño pueblo, se ha convertido en la medida de toda vida humana.

PAUSA

1. «Sed santos» no se cumple solo en el templo, sino en el campo, en el salario y en el tribunal. ¿En qué lugar concreto de tu vida diaria te pide Dios santidad hoy?
2. ¿Hay alguien a quien deberías corregir con franqueza en lugar de guardarle rencor?
3. ¿Quién es el forastero de tu barrio, de tu trabajo o de tu parroquia, y cómo lo tratas?

Para orar. *Señor santo, enséñame a amar al prójimo y al forastero como a mí mismo, porque tú me amaste primero.*

20

Las penas

El capítulo 20 vuelve sobre las leyes del 18 y añade las penas. Tiene tres partes: los crímenes contra Dios, el culto a Moloc y la adivinación (vv. 1-8); los crímenes contra la familia, con sus castigos (vv. 9-21), y una exhortación final que recuerda la tierra prometida y la separación de Israel (vv. 22-27). Muchas penas son de muerte; otras se dejan en manos de Dios («será exterminado», «morirán sin hijos»). Son leyes duras de un pueblo antiguo, que defendía la familia y la alianza como su propia vida. La Iglesia las lee dentro de la pedagogía de Dios (ver el ensayo al final del capítulo).

Moloc y los adivinos

1 Habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Esto dirás a los hijos
de Israel: Cualquiera de los hijos de Israel y de los extran-
jeros que habitan entre ellos, que diere alguno de sus hijos
al ídolo Moloc, morirá sin remisión: el pueblo del país le
apedreará [1]. 3 Y yo mostraré mi saña contra él [2] y le
arrancaré de en medio de su pueblo, por haber dado hijos
suyos a Moloc, y profanado mi santuario [3], y menospre-
ciado mi santo nombre. 4 Pero si el pueblo no haciendo
aprecio y como teniendo en poco mi mandato, dejare sin
castigo al hombre que dio alguno de sus hijos a Moloc, y

no quisiere matarle, [5] yo mostraré mi saña contra el hombre y contra su parentela [4], y le arrancaré de en medio de su pueblo a él y a todos los que consintieron que idolatrase con Moloc.

[6] La persona que se desviare de mí para ir a consultar a los magos y adivinos, y se abandonare a ellos [5], yo mostraré mi saña contra ella y la exterminaré de en medio de su pueblo. [7] Santificaos y sed santos, porque yo soy el Señor Dios vuestro. [8] Guardad mis preceptos, y ponedlos en práctica. Yo el Señor que os santifico [6].

Los crímenes contra la familia

[9] El que maldijere a su padre o a su madre [7], castigado sea de muerte: maldijo al padre o a la madre, páguelo con su sangre.

[10] Si alguno pecare con la mujer de otro, o cometiere adulterio con la que está casada con su prójimo, mueran sin remisión, así el adúltero como la adúltera [8]. [11] El que pecare con su madrastra, deshonrando así a su propio padre, muera con ella: caiga la sangre de ambos sobre ellos. [12] Si alguno pecare con su nuera, mueran los dos, porque han cometido un gran crimen: caiga su sangre sobre ellos. [13] El que pecare con varón como si éste fuera una hembra, los dos cometieron abominación [9]; mueran sin remisión: caiga su sangre sobre ellos.

14 El que teniendo por mujer a la hija, se casa después con
la madre de ella, comete un crimen enorme; sea quemado
vivo con ellas [10], y no quede entre vosotros rastro de tanta
infamia. 15 El que pecare con alguna bestia, muera sin re-
misión; matad también la bestia. 16 La mujer que pecare
con cualquier bestia, sea muerta con la bestia: caiga su
sangre sobre ellos.

17 Si alguno tuviere trato ilícito con su hermana, hija de su
padre o de su madre, deshonrándose mutuamente, ambos
cometieron un crimen execrable [11]; serán muertos en pre-
sencia de su pueblo, por haberse conocido entre sí desho-
nestamente, y pagarán la pena de su iniquidad. 18 Si al-
guno se juntare con mujer durante el flujo menstrual, y
descubriere en ella lo que el pudor debió haber ocultado, y
ella misma mostrare su inmundicia, ambos serán exter-
minados de su pueblo [12].

19 No tendrás que ver con tu tía materna o paterna; quien
tal hace, su propia carne afrenta; pagarán ambos la pena
de su delito. 20 El que pecare con la mujer de su tío paterno
o materno, sin tener respeto al parentesco, ambos llevarán su merecido: morirán sin hijos [13]. 21 El que casa con la
mujer de su hermano, hace una cosa ilícita, mancha el ho-
nor de su hermano: quedarán sin hijos.

Una tierra y un pueblo separados

22 Guardad mis leyes y decretos, y ejecutadlos; para que la
tierra en que vais a entrar y habitar, no os arroje también a
vosotros con horror fuera de su seno. 23 No queráis seguir
las costumbres de las naciones que yo he de arrojar de de-
lante de vosotros; pues por haber ellas hecho todas estas
cosas, yo las abomino. 24 Mas a vosotros digo: Entrad en
posesión de su tierra, la cual yo os daré por herencia, tie-
rra que mana leche y miel. Yo el Señor Dios vuestro, que
os he separado de todos los demás pueblos [14].

25 Separad, pues, también vosotros el animal puro del im-
puro, y el ave limpia de la inmunda; no contaminéis vues-
tras almas por causa de los animales y de las aves y demás
vivientes que se mueven sobre la tierra, y que yo os he se-
ñalado como inmundos. 26 Seréis santos para mí; porque
santo soy yo el Señor, y yo os he separado de los demás
pueblos, para que fueseis míos.

27 El hombre o la mujer que tenga espíritu pitónico o de
adivinación [15], sean castigados de muerte: los matarán a
pedradas; caiga su sangre sobre ellos.

¿Sabías que?

Este capítulo cambió la historia de Inglaterra. Catalina de Aragón se casó en 1501 con el príncipe Arturo, que murió al año siguiente; el papa Julio II concedió una dispensa, y en 1509 Catalina se casó con el hermano de Arturo, Enrique VIII, recién llegado al trono. Casi veinte años después, sin hijo varón, Enrique alegó que el matrimonio era nulo según Lv 18,16 y 20,21: «quedarán sin hijos». Los defensores de Catalina, como el obispo san Juan Fisher, respondían con la ley del levirato (Dt 25,5). El papa Clemente VII no concedió la nulidad, y la ruptura con Roma dio origen a la Iglesia de Inglaterra.

Delitos y penas en Levítico 20

Delito	Pena	Cita
Dar un hijo a Moloc	Lapidación por el pueblo; si el pueblo calla, Dios mismo corta al culpable y a sus cómplices	20,2-5 (18,21)
Consultar magos y adivinos	Dios lo extermina de su pueblo (karet)	20,6 (19,31)
Maldecir al padre o a la madre	Muerte	20,9 (Éx 21,17)
Adulterio	Muerte del adúltero y de la adúltera	20,10 (18,20)
Madrastra, nuera	Muerte de los dos	20,11-12 (18,8.15)
Varón con varón	Muerte de los dos	20,13 (18,22)
Una mujer y su madre	Hoguera para los tres	20,14 (18,17)
Con un animal	Muerte de la persona y del animal	20,15-16 (18,23)
Hermana o media hermana	Muerte «en presencia de su pueblo» (en hebreo, karet)	20,17 (18,9)
Durante la menstruación	Dios extermina a los dos (karet)	20,18 (18,19)
Tía, mujer del tío, mujer del hermano	«Pagarán la pena de su delito»; «morirán sin hijos»	20,19-21 (18,12-14.16)
Espíritu pitónico	Lapidación	20,27 (19,31)

El capítulo repite las leyes del 18 y añade la pena. El «exterminio» (karet) es un castigo que queda en manos de Dios; la muerte, en las de la comunidad. La tradición judía restringió mucho las ejecuciones (Misná, Makot 1,10), y Jesús no condenó a la mujer adúltera (Jn 8,1-11). Ver el ensayo al final del capítulo.

PARA PROFUNDIZAR

La pena de muerte en la Ley de Moisés y en la Iglesia

Levítico 20 castiga con la muerte el culto a Moloc, la maldición de los padres, el adulterio, varias formas de incesto, las relaciones entre varones, la unión con animales y la nigromancia. Otros textos añaden el homicidio, el secuestro y la blasfemia (Éx 21,12-17; Lv 24,16-17). Son crímenes contra tres realidades que Israel consideraba sagradas: la vida, la familia y la alianza con Dios. La fórmula «caiga su sangre sobre ellos» declara que el culpable se ha excluido a sí mismo del pueblo. Junto a estas penas humanas, otras quedan en manos de Dios: «será exterminado de su pueblo», «morirán sin hijos» (ver nota a 7,20).

La práctica fue mucho más restrictiva que la letra. La Ley exigía al menos dos testigos (Dt 17,6), y los rabinos multiplicaron las garantías hasta hacer casi imposible una condena. La Misná lo muestra en una discusión famosa: un sanedrín que ejecuta a un hombre una vez cada siete años es llamado «destructor»; Rabí Eleazar ben Azarías dice que una vez cada setenta; Rabí Tarfón y Rabí Aquiba afirman que, si ellos hubieran formado parte del sanedrín, nadie habría sido ejecutado nunca, y Rabán Simeón ben Gamaliel les objeta que así se multiplicarían los asesinos en Israel (*Makot* 1,10). La Pontificia Comisión Bíblica observa que no hay noticia de que la pena de 20,13 se aplicara jamás.

Jesús se encontró con esta ley cuando le llevaron a una mujer sorprendida en adulterio (Jn 8,1-11; ver nota a 20,10). No negó la gravedad del pecado ni la autoridad de Moisés, pero desarmó a los acusadores con una frase: «el que de vosotros esté sin pecado,

que le tire la primera piedra». Al final, comenta san Agustín, quedaron solo dos, «la miserable y la misericordia» (*Tratados sobre el Evangelio de Juan* 33,5). Y él mismo murió condenado como un malhechor.

La tradición cristiana aceptó durante siglos la legitimidad de la pena capital en manos de la autoridad pública, aunque no sin reservas. San Agustín pedía a los magistrados de África que no aplicaran la muerte ni siquiera a los que habían asesinado a un sacerdote católico, sino que los castigaran de modo que pudieran corregirse (*Cartas* 133 y 153). Santo Tomás la justificaba como se amputa un miembro enfermo para salvar el cuerpo (*Suma teológica* II-II, q. 64, a. 2). La doctrina se ha desarrollado: san Juan Pablo II enseñó que los casos en que sería necesaria son ya «muy raros, por no decir prácticamente inexistentes» (*Evangelium vitae*, n. 56), y en 2018 el papa Francisco aprobó un nuevo texto del Catecismo: «la pena de muerte es inadmisible, porque atenta contra la inviolabilidad y la dignidad de la persona», y la Iglesia se compromete con determinación a su abolición en todo el mundo (n. 2267). Una carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe, del 1 de agosto de 2018, lo presentó como un desarrollo coherente de la doctrina, en continuidad con el Magisterio anterior; *Fratelli tutti* (nn. 263-270) y *Dignitas infinita* (n. 34) lo confirman.

¿Cómo leer entonces Levítico 20? El concilio Vaticano II enseña que los libros del Antiguo Testamento contienen también «algunas cosas imperfectas y adaptadas a sus tiempos», y muestran a la vez «la verdadera pedagogía divina» (*Dei Verbum*, n. 15). Las penas pertenecen a los preceptos judiciales, que según santo Tomás no obligan después de Cristo (I-II, q. 104, a. 3): no son nor-

mas para el Estado de hoy. Lo que permanece es la seriedad de lo que protegen: la vida de los niños, el honor de los padres, la fidelidad conyugal, la verdad del cuerpo. San Pablo dirá que Cristo canceló la nota de cargo que había contra nosotros «clavándola en la cruz» (Col 2,14). Quien lee estas páginas desde el Calvario no encuentra en ellas solo una sentencia, sino el precio del perdón.

PAUSA

1. Las penas del Levítico nos parecen durísimas. ¿Qué te dicen sobre la seriedad con que Dios toma la familia y la vida?
2. Jesús no condenó a la mujer adúltera, pero le dijo «no peques más». ¿Sabes unir tú la verdad y la misericordia cuando alguien se equivoca?

Para orar. *Señor Jesús, que no arrojaste la primera piedra, dame un corazón justo y misericordioso.*

21

La santidad de los sacerdotes

Después de la santidad del pueblo, la de sus sacerdotes. Quien sirve en el altar debe guardar una santidad mayor, que se nota en tres cosas: el contacto con la muerte, el matrimonio y el cuerpo. El capítulo tiene tres partes: los sacerdotes (vv. 1-9), el sumo sacerdote, con normas todavía más estrictas (vv. 10-15), y los descendientes de Aarón que tienen algún defecto físico (vv. 16-24). Detrás está la idea de los grados de santidad: cuanto más cerca del santuario, más exigencia (ver el cuadro al final). El lector cristiano ve en estas normas la preparación de Cristo, sacerdote «santo, inocente, sin mancha» (Heb 7,26).

El sacerdote y los difuntos

1 Dijo también el Señor a Moisés: Habla a los sacerdotes hijos de Aarón, y diles: Nada haga el sacerdote en los funerales de sus conciudadanos [1] que le constituya inmundo según la ley, 2 a no ser cercanos parientes y deudos [2], como lo es el padre y la madre, y el hijo y la hija, y también el hermano, 3 y la hermana virgen, que no está todavía casada. 4 Por lo demás, ni aun en las exequias de un príncipe de su pueblo [3] se mezclará, ni hará nada que pueda hacerle inmundo según la ley.

5 No se raerán los sacerdotes la cabeza ni la barba [4], ni harán incisiones en sus carnes. 6 Se conservarán en santidad
para con su Dios, y no profanarán su nombre; pues ofrecen el incienso del Señor y los panes de su Dios [5], y por
tanto, deben ser santos.

7 No contraerán matrimonio con mala mujer, ni con vil ramera, ni con la repudiada de su marido [6], estando como
están consagrados a su Dios, 8 y ofreciendo los panes de la
proposición. Sean, pues, santos, porque santo soy yo el Señor, que los santifico.

9 Si la hija de un sacerdote fuere cogida en pecado, deshonrando así el nombre de su padre, será quemada viva [7].

El sumo sacerdote

10 El sumo sacerdote, esto es, el sacerdote máximo entre
sus hermanos [8], sobre cuya cabeza se derramó el óleo de la unción, y cuyas manos fueron consagradas para ejercer el sacerdocio, y que fue revestido de los sagrados ornamentos, no descubrirá su cabeza, no rasgará sus
vestiduras [9], 11 no entrará en ninguna casa donde haya un
cadáver; ni aun en la muerte de su padre ni de su madre [10]
hará nada que pueda dejarle inmundo según la ley. 12 Ni
saldrá entonces de los lugares santos, por no contaminar el santuario; por cuanto tiene sobre sí el óleo de la unción santa de su Dios. Yo el Señor.

13 Se casará con mujer virgen; 14 mas no con viuda, ni repudiada, ni deshonrada, ni ramera, sino con una doncella de
su pueblo. 15 No mezclará la sangre de su linaje con gente
plebeya [11], pues yo soy el Señor que le santifico.

Los defectos del cuerpo

16 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 17 Dile a Aarón: Ninguno en las familias de tu prosapia que tuviere algún defecto en el cuerpo [12], ofrecerá los panes a su Dios; 18 ni
ejercerá su ministerio si fuere ciego, si cojo, si de nariz
chica, o enorme, o torcida [13], 19 si de pie quebrado, o mano
manca, 20 si corcovado, si legañoso, si tiene nube en el ojo,
si sarna incurable, si algún empeine en el cuerpo, o fuere
eunuco [14].

21 Ninguno del linaje del sacerdote Aarón que tuviese defecto, se llegará a ofrecer víctimas al Señor, ni panes a su
Dios. 22 Comerá, no obstante, de los panes que se ofrecen
en el santuario [15], 23 con tal que no entre del velo adentro,
ni se acerque al altar; porque tiene defecto y no debe contaminar mi santuario. Yo soy el Señor que los santifico.
24 Habló, pues, Moisés a Aarón y a sus hijos y a todo Israel,
todo cuanto se le había mandado decir.

¿Sabías que?

Esta ley llegó a usarse como arma política. En el año 40 a. C., Antígono, aliado de los partos, capturó a su tío Hircano II, que había sido sumo sacerdote, y le cortó las orejas para que nunca pudiera recuperar el cargo, «porque la ley exigía que esa dignidad solo la tuviera quien tuviera todos sus miembros enteros». Lo cuenta Flavio Josefo (*Antigüedades judías* XIV,13,10), que en *La guerra de los judíos* añade un detalle todavía más brutal: Antígono se las arrancó con los dientes (I,13,9).

Los grados de santidad

Grado	Personas	Lugares y tiempos
El pueblo	Todo Israel, llamado a ser santo (19,2); hace duelo por sus parientes; se casa según las leyes del capítulo 18	Lleva sus ofrendas al atrio; vive la santidad en el campo, el mercado y el tribunal (19), y en los sábados y las fiestas (23)
El sacerdote con defecto	Descendiente de Aarón con un defecto físico (21,17-21): sigue siendo sacerdote y come de los panes santos (21,22)	No se acerca al altar ni entra del velo adentro (21,23)
Los sacerdotes	Hijos de Aarón; solo hacen duelo por sus parientes más cercanos (21,1-4); no se casan con una prostituta ni con una repudiada (21,7); comen de las cosas santas en estado de pureza (22,1-16)	Ofician en el altar de los holocaustos y en el Santo, donde cada sábado renuevan los panes (24,8)
El sumo sacerdote	Ungido con el óleo santo (21,10); no hace duelo ni por su padre ni por su madre (21,11); se casa solo con una virgen de su pueblo (21,13-14)	No sale del santuario por un difunto (21,12); entra en el Santo de los Santos una vez al año, el Día de la Expiación (16,2.34)

La santidad crece hacia el centro, como los espacios de la morada: el campamento, el atrio, el Santo y el Santo de los Santos. Cuanto más cerca del altar, más exigencias; pero todos están llamados a ser santos. Ezequiel repite y endurece estas normas para los sacerdotes del templo futuro (Ez 44,15-31).

PAUSA

1. El sacerdote debía guardar una santidad mayor por estar más cerca del altar. ¿Qué cercanía a Dios se te ha confiado a ti, y qué te pide?
2. Jesús invitó a su banquete a los que la Ley dejaba lejos del altar. ¿A quién dejas tú al margen?

Para orar. *Jesús, sumo sacerdote santo, inocente y sin mancha, santifica a los que sirven en tu altar y a todo tu pueblo.*

22

Las cosas santas y las víctimas sin tacha

El capítulo sigue con la santidad de los sacerdotes, ahora ante las «cosas santas»: las ofrendas que el pueblo entrega y de las que ellos se alimentan. Tiene tres partes: quién puede comer de lo consagrado y en qué estado (vv. 1-16); qué animales pueden ofrecerse, siempre sin tacha, nunca ciegos, heridos ni castrados (vv. 17-25), y algunas normas finales, como no sacrificar el mismo día a la madre y a la cría (vv. 26-33). Todo culmina en una frase que resume el Código de santidad: «no profanéis mi santo nombre, a fin de que yo sea santificado» (v. 32), que resonará en el padrenuestro.

Quién puede comer de las cosas santas

1 Habló nuevamente el Señor a Moisés, diciendo: 2 Prevén a
Aarón y a sus hijos que se abstengan de las oblaciones
sagradas [1] que me hacen los hijos de Israel; para que no
contaminen las cosas santificadas en honor mío, que ofre-
cen ellos mismos. Yo el Señor. 3 Hazles saber a ellos y a sus
sucesores, que cualquiera de su linaje que, siendo inmun-
do, tocare las cosas consagradas y ofrecidas al Señor por
los hijos de Israel, perecerá ante el Señor [2]. Yo soy el Se-
ñor.

4 Ninguno de la sangre de Aarón que sea leproso, o adolezca de gonorrea [3], comerá de las ofrendas consagradas a mí, hasta que sane. El que tocare a un inmundo, que es tal por haber tocado a un muerto, y el que tocare al manchado con polución, 5 y al que toca un reptil, o cualquiera cosa inmunda, cuyo contacto ensucia [4], 6 será inmundo hasta la tarde, y no comerá de las cosas consagradas; pero lavado que haya su carne con agua, 7 y puesto el sol, entonces ya purificado [5], podrá comer de las ofrendas santificadas; puesto que ellas son para alimento suyo.

8 Carne mortecina, o muerta por otra bestia [6], no comerán, ni se contaminarán con semejantes viandas. Yo el Señor. 9 Guarden mis preceptos a fin de que no caigan en pecado y no mueran en el santuario, después de haberle profanado. Yo el Señor que los santifico.

10 Ninguno de otra estirpe que la sacerdotal coma de los sacrificios: ni el inquilino del sacerdote, ni su jornalero [7] pueden comer de ellos. 11 Pero el esclavo comprado por el sacerdote y el siervo nacido en su casa, ésos podrán comer. 12 Si la hija del sacerdote se casa con cualquiera del pueblo, no comerá de cosas santificadas, ni de las primicias; 13 mas si quedando viuda, o siendo repudiada y sin hijos, volviere a la casa de su padre [8], se alimentará de los manjares de su padre, como solía cuando doncella. Ningún extraño tiene facultad de comer de ellos.

14 Quien por ignorancia comiere de cosas santificadas, pagará una quinta parte sobre lo que comió y la dará al sacerdote para el santuario. 15 No profanen, pues, los hombres las cosas santificadas, que ofrecen al Señor los hijos de Israel; 16 si no quieren sufrir la pena de su delito por haber comido de cosas santificadas. Yo el Señor que los santifico.

Las víctimas sin tacha

17 Y habló el Señor a Moisés, diciendo: 18 Hablarás a Aarón y a sus hijos y a todos los hijos de Israel, diciéndoles: Cualquier hombre de la familia de Israel y de los extranjeros que habitan entre vosotros, que presentare su ofrenda, ora cumpliendo votos, ora ofreciéndola espontáneamente, sea cual fuere la víctima que presenta para holocausto del Señor, 19 a fin de que la ofrezcáis vosotros, ha de ser un macho sin tacha [9], buey, cordero o cabrito. 20 Si tuviere defecto, no le ofreceréis, ni será aceptable.

21 Quien ofreciere víctima pacífica al Señor, o por voto, o voluntariamente, bien sea de bueyes o de ovejas, debe ofrecerla sin tacha para que sea aceptable al Señor: no ha de tener vicio ninguno. 22 Si el animal es ciego, si estropeado, si tuviere matadura, o verrugas, o sarna, o empeines, no le ofrezcáis al Señor, ni hagáis quemar nada de él sobre el altar del Señor. 23 Buey u oveja de oreja o cola cortadas [10], puedes ofrecerlos al Señor en sacrificio voluntario; mas con ellos no puedes cumplir el voto que hayas

hecho. 24 Ningún animal que tenga quebrantado, o majado, o cortado, o quitado lo que está destinado para propagar la especie, le ofreceréis al Señor; y de ningún modo haréis jamás tales cosas en vuestra tierra [11].

25 De mano de un extranjero o gentil [12], nunca ofrezcáis panes a vuestro Dios, ni otro algún presente que quiera dar: porque todas sus cosas están contaminadas e impuras: no las recibáis.

La madre y la cría; el nombre santo

26 Habló todavía el Señor a Moisés, diciendo: 27 Ternero, cordero y cabrito, luego que hubieren nacido, estarán por siete días mamando de su madre [13]. Desde el día octavo y en adelante podrán ser ofrecidos al Señor. 28 Sea vaca, sea oveja, con sus crías no serán degolladas en un mismo día [14].

29 Si degollareis una víctima en acción de gracias al Señor, para tenerle propicio, 30 la comeréis en el mismo día [15], no quedará nada para la mañana del día siguiente. Yo el Señor.

31 Guardad mis mandamientos y cumplidlos. Yo el Señor. 32 No profanéis mi santo nombre, a fin de que yo sea santificado en medio de los hijos de Israel [16]. Yo el Señor que os santifico. 33 Y que os he sacado de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios. Yo el Señor.

¿Sabías que?

La cuestión de las ofrendas de los extranjeros llegó a tener consecuencias históricas. En el año 66, Eleazar, hijo del sumo sacerdote Ananías y jefe del templo, convenció a los sacerdotes de no aceptar ningún don ni sacrificio de un extranjero, y suprimieron el sacrificio que se ofrecía por el emperador. Los sumos sacerdotes y los fariseos más notables protestaron que sus antepasados siempre habían recibido las ofrendas de los extranjeros, pero no los escucharon. Flavio Josefo dice que «este fue el verdadero comienzo de nuestra guerra con los romanos», que terminaría con la destrucción del templo en el año 70 (*La guerra de los judíos* II,17,2-3).

PARA PROFUNDIZAR

«*Sed santos, porque yo soy santo*»

La palabra hebrea qadosh, «santo», designa en su raíz lo apartado, lo distinto, lo que no pertenece al uso común. Antes que una cualidad moral, es el modo de ser de Dios: el totalmente Otro, ante quien los serafines se cubren el rostro y cantan «Santo, santo, santo» (Is 6,3), el canto que la Iglesia repite en cada misa antes de la consagración. El Levítico se atreve a decir que ese Dios quiere un pueblo parecido a él: «sed santos, porque yo soy santo» (11,44-45; 19,2; 20,26).

La santidad de Israel, sin embargo, no es una conquista. En estos capítulos se repite una fórmula que lo aclara: «Yo el Señor que os santifico» (20,8; 21,8.15.23; 22,9.16.32). Es Dios quien hace santo a

su pueblo, al sacarlo de Egipto «para ser vuestro Dios» (22,33) y al habitar en medio de él. El mandato nace de un don: el pueblo debe llegar a ser lo que ya es por la elección de Dios. La teología cristiana dirá lo mismo de la gracia: primero el don, después la tarea.

El Código de santidad tiene dos caras. Los capítulos 21 y 22 hablan de una santidad graduada: el sacerdote, más cerca del altar, guarda una pureza mayor que el pueblo, y el sumo sacerdote, mayor que los sacerdotes (ver el cuadro al final del capítulo 21). El capítulo 19, en cambio, muestra la santidad de todos en la vida diaria: dejar espigas para el pobre, pagar el jornal, no burlarse del sordo, honrar al anciano, amar al forastero. Los profetas recordarán que las dos caras no se pueden separar: el culto sin justicia no agrada a Dios (Is 1,11-17).

El Nuevo Testamento recoge el mandato. Pedro lo cita para los cristianos: «sed santos en toda vuestra conducta, porque está escrito: Sed santos, porque yo soy santo» (1 Pe 1,15-16). Jesús lo formula de dos maneras: «sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48) y «sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36): la santidad de Dios se revela como misericordia. El concilio Vaticano II dedicó un capítulo de *Lumen gentium* a la vocación universal a la santidad: «todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (n. 40). El papa Francisco habla de la santidad «de la puerta de al lado»: la de los padres que crían con amor a sus hijos, la de quienes traba-

jan para llevar el pan a casa, la de los enfermos y de las religiosas ancianas que siguen sonriendo (*Gaudete et exsultate*, n. 7).

Los capítulos 21 y 22 insisten en lo que está «sin tacha»: el sacerdote y la víctima no deben tener defecto. Los cristianos vieron cumplida esa exigencia en Cristo, sumo sacerdote «santo, inocente, sin mancha» (Heb 7,26) y cordero «sin defecto ni mancha» (1 Pe 1,19). Hay que decir con honestidad que la exclusión de los sacerdotes con defectos físicos (21,17-23) refleja una mentalidad antigua, que unía la integridad del cuerpo con la del culto. Jesús la supera: en el templo «se le acercaron ciegos y cojos, y los curó» (Mt 21,14), allí donde un antiguo dicho afirmaba que ciegos y cojos no entrarían en la casa (2 Sam 5,8), y mandó invitar al banquete precisamente a los lisiados, los cojos y los ciegos (Lc 14,13.21). La perfección que pide el Evangelio es la de la caridad.

El capítulo 22 termina con una frase que es casi una oración: «no profanéis mi santo nombre, a fin de que yo sea santificado en medio de los hijos de Israel» (22,32). El pueblo no puede hacer santo a Dios, pero sí reconocerlo y hacerlo visible, o deshonrarlo con su conducta. Es la primera petición del padrenuestro. El Catecismo explica que «santificar» significa aquí reconocer como santo, tratar de una manera santa, y que depende de nuestra vida y de nuestra oración que su nombre sea santificado entre las naciones (nn. 2807 y 2814). La vida de los santos es el modo como Dios hace brillar su nombre en el mundo.

PAUSA

1. A Dios se le ofrecía lo mejor, «sin tacha». ¿Le das a Dios lo mejor de tu tiempo y de tus fuerzas, o lo que te sobra?
2. ¿Cómo santificas el nombre de Dios con tu vida, en tu casa y en tu trabajo?
3. ¿Dónde has visto tú la santidad «de la puerta de al lado»?

Para orar. *Padre nuestro, santificado sea tu nombre en mí y en todos los que me rodean.*

23

Las fiestas del Señor

El Levítico ha santificado un lugar, unas personas, unos alimentos; ahora santifica el tiempo. El capítulo es el calendario de las «fiestas del Señor». Empieza por el sábado, la cita de cada semana (v. 3), y recorre el año en dos tiempos: en primavera, la Pascua, los ázimos, la primera gavilla y, cincuenta días después, la fiesta de las Semanas (vv. 4-22); en otoño, el mes séptimo, con las trompetas, la Expiación y los Tabernáculos (vv. 23-43). El número siete lo ordena todo. Las fiestas unen la cosecha con la memoria de la salvación, y la Iglesia ha visto en ellas el esbozo de su propio año litúrgico.

El sábado y la Pascua

1 Habló el Señor a Moisés, diciendo: 2 Habla a los hijos de
Israel, y diles: Estas son las fiestas del Señor [1] que habéis
de santificar. 3 Seis días trabajaréis; el día séptimo, por ser
el descanso del sábado, será santificado: en este día no haréis trabajo ninguno, porque es el sábado del Señor, el cual
debe observarse en cualquier parte en que os halléis [2].

4 Así pues, las fiestas del Señor, que debéis celebrar a sus
tiempos, son las siguientes: 5 En el mes primero, el día catorce del mes por la tarde, es la Pascua del Señor [3]; 6 y el
día quince de este mes es la solemnidad de los ázimos del

Señor. Siete días comeréis panes sin levadura. 7 El primero de éstos será para vosotros solemnísimo y santo: ninguna obra servil haréis en él [4], 8 sino que en los siete días ofreceréis holocausto al Señor; pero el séptimo día será para vosotros más solemne y santo que los demás; durante el cual no haréis obra ninguna servil.

Las primicias y Pentecostés

9 Habló también el Señor a Moisés, diciendo: 10 Habla a los hijos de Israel, y diles: Cuando hubiereis entrado en la tierra que os daré y segado las mieses, ofreceréis al sacerdote manojos de vuestras espigas [5], primicias de vuestra siega, 11 el cual al otro día de la fiesta [6] elevará el hacecillo delante del Señor, para que sea aceptable a favor vuestro, y se lo consagrará. 12 Y en este mismo día en que se consagrará el manojo, será sacrificado un cordero primal, sin mácula, en holocausto al Señor. 13 Y con él se presentarán como ofrenda o libación dos décimas de flor de harina, heñida con aceite, para ser quemada en olor suavísimo al Señor; asimismo por libación u ofrenda de vino la cuarta parte de un hin [7]. 14 No comeréis pan, ni polenta, ni puches [8] de las mieses, hasta el día en que ofrezcáis las primicias de ellas a vuestro Dios. Estatuto es éste que deberéis observar eternamente de generación en generación, en todos los lugares en que habitareis.

15 Contaréis, pues, desde el día segundo de la fiesta en que
ofrecisteis el manojo de las primicias, siete semanas enteras, 16 hasta el otro día de cumplida la séptima semana,
que vienen a ser cincuenta días [9]: y entonces ofreceréis
nuevo sacrificio al Señor, 17 en todas partes en que habitareis, dos panes de primicias [10], hechos de dos décimas de
flor de harina con levadura, los que coceréis para primicias al Señor. 18 Con los panes ofreceréis siete corderos sin
mácula, primales, y un ternero de la vacada, y dos carneros, en holocausto, con sus libaciones, para olor suavísimo
al Señor. 19 Sacrificaréis también un macho cabrío por el
pecado, y dos corderos del año por hostias pacíficas. 20 Los
cuales elevados por el sacerdote ante el Señor con los panes de las primicias, servirán para uso suyo. 21 Tendréis
este día por solemnísimo y santísimo: no haréis en él obra
ninguna servil. Ley sempiterna será ésta en todos los lugares en que habitareis, y para toda vuestra posteridad.

22 Cuando segareis las mieses de vuestros campos, no las
cortaréis hasta el suelo [11], ni recogeréis las espigas que
quedan, sino que las dejaréis para los pobres y peregrinos.
Yo soy el Señor Dios vuestro.

Las fiestas del mes séptimo

23 Habló entonces el Señor a Moisés, diciendo: 24 Di a los hijos de Israel: El día primero del mes séptimo será para vosotros fiesta memorable: le celebraréis con el toque de las

trompetas, y llamarse ha santo [12]. 25 No haréis en él ninguna obra servil, y ofreceréis holocausto al Señor.

26 Y habló el Señor a Moisés, y le dijo: 27 El décimo día de este séptimo mes será el día solemnísimo de la Expiación o perdón [13] y se llamará santo; y mortificaréis en él vuestras almas, y ofreceréis holocausto al Señor. 28 En todo este día no haréis ninguna obra servil; porque es día de propiciación, a fin de que os sea propicio el Señor Dios vuestro. 29 Cualquiera que en este día no hiciere penitencia [14], será exterminado de entre sus gentes, 30 y yo raeré de la lista de su pueblo al que hiciere alguna labor. 31 Por tanto, no trabajéis poco ni mucho en este día. Ley sempiterna será ésta para vosotros y para vuestros descendientes, en cualquier lugar en que moréis. 32 Es fiesta o sábado de descanso, y desde el día nono del mes mortificaréis vuestras almas. Vuestras fiestas las celebraréis desde una tarde hasta la otra [15].

33 Habló todavía el Señor a Moisés, diciendo: 34 Di a los hijos de Israel: El día quince de este mismo mes séptimo empezarán las fiestas de los tabernáculos [16], que se celebrarán en honor del Señor durante siete días. 35 El primero será solemnísimo y santísimo: en él no haréis ninguna obra servil. 36 Todos los siete días ofreceréis holocausto al Señor. El día octavo también será solemnísimo [17] y santísimo, y ofreceréis al Señor un holocausto por ser día de

gran concurso y de colecta o junta solemne [18]: no haréis
en él ninguna obra servil. [37] Estas son las fiestas del Señor
que tendréis por solemnísimas y santísimas, y en ellas
ofreceréis al Señor oblaciones, holocaustos y libaciones u
ofrendas de licor, según el rito propio de cada día;
[38] además de los sacrificios de los otros sábados del Señor,
y de vuestros dones, y de las ofrendas que hiciereis al Se-
ñor por voto o espontáneamente.

[39] Desde el día quince, pues, del mes séptimo, cuando ha-
bréis ya recogido todos los frutos [19] de vuestra tierra, cele-
braréis una fiesta al Señor por siete días. El día primero y
el octavo serán como días de sábado, esto es, de descanso.
[40] En el primer día cogeréis ramas con sus frutos de los ár-
boles más bellos, y gajos o ramos de palmas [20], y de árbo-
les frondosos, y de sauces de los torrentes, y os regocijaréis
delante del Señor Dios vuestro; [41] y celebraréis cada año
esta solemne fiesta por espacio de siete días; ley que será
observada eternamente por toda vuestra descendencia.
Celebraréis esta fiesta en el séptimo mes, [42] y habitaréis
por siete días en tiendas cubiertas de ramas [21]: todo el que
es del linaje de Israel estará en tiendas de campaña, [43] para
que aprendan vuestros descendientes cómo hice yo habi-
tar en tiendas de campaña [22] a los hijos de Israel al sacar-
los de la tierra de Egipto. Yo el Señor Dios vuestro. [44] Esto

dijo Moisés a los hijos de Israel acerca de las fiestas del Señor.

¿Sabías que?

En una fiesta de los Tabernáculos de comienzos del siglo I a. C., el rey y sumo sacerdote Alejandro Janeo estaba junto al altar para ofrecer el sacrificio cuando la multitud, que tenía en las manos las cidras de la fiesta, se las arrojó, gritándole que era indigno del sacerdocio. Lo cuenta Flavio Josefo (*Antigüedades* XIII,13,5). La Misná recuerda una escena parecida: un sacerdote derramó el agua de la libación sobre sus pies en vez de hacerlo sobre el altar, y todo el pueblo lo apedreó con sus etrogs. Por eso se pedía al sacerdote que levantara la mano, para que todos lo vieran derramar el agua (Sukká 4,9). El Talmud precisa que era un saduceo (Sukká 48b).

Del calendario de Israel al año de la Iglesia

Levítico 23	En la Iglesia
El sábado, «sábado del Señor» (23,3)	El domingo, «día del Señor» (Ap 1,10; Catecismo, n. 2174)
La Pascua, el día 14 del mes primero (23,5)	El Triduo pascual: «Cristo, nuestra Pascua» (1 Cor 5,7)
Siete días de panes ázimos (23,6-8)	«Ázimos de sinceridad y de verdad» (1 Cor 5,8)
La primera gavilla, «al otro día» (23,10-11)	Cristo resucitado, «primicias de los que mueren» (1 Cor 15,20)
Siete semanas, cincuenta días (23,15-16)	La cincuentena pascual y Pentecostés (Hch 2,1-4)
Espigas para el pobre y el forastero (23,22)	La colecta del domingo para los necesitados (san Justino, *I Apología* 67)
Las trompetas del mes séptimo (23,24)	«La trompeta de Dios» en la venida del Señor (1 Tes 4,16)
El día de la Expiación (23,27-32)	Cristo entra en el santuario con su propia sangre (Heb 9,11-12)
Las tiendas y las palmas (23,40-43)	«Si alguno tiene sed, venga a mí» (Jn 7,37); los ramos de Jn 12,13
El octavo día, de «junta solemne» (23,36)	El domingo, «octavo día»; la asamblea del cielo (Ap 7,9)

Son lecturas cristianas, no equivalencias exactas: el Nuevo Testamento ve en las fiestas de Israel una «sombra de lo venidero» (Col 2,17). Las fechas y las cosechas están en el cuadro «Las fiestas de Israel», al final del capítulo 23 del Éxodo.

PARA PROFUNDIZAR

Las fiestas de Israel y el año litúrgico

El Levítico ha santificado un lugar, la morada, y unas personas, los sacerdotes; en el capítulo 23 santifica el tiempo. Las fiestas se llaman en hebreo moadim, «tiempos fijados», de la misma raíz que la «tienda del encuentro»: son citas que Dios da a su pueblo, y en cada una Israel es «convocado». La lista empieza por el sábado, la cita semanal que sostiene todas las demás, y recorre el año en dos tiempos: en primavera, la Pascua, los ázimos, la primera gavilla y la fiesta de las Semanas; en otoño, el mes séptimo, con las trompetas, la Expiación y los Tabernáculos.

Las fiestas nacieron del ritmo del campo, la cebada, el trigo, la uva y el olivo, e Israel les dio memoria: los ázimos recuerdan la salida de Egipto, y las tiendas, el desierto (23,43). El Catecismo resume su sentido: el pueblo de Dios tuvo fiestas fijas «para conmemorar las acciones maravillosas del Dios Salvador, para darle gracias por ellas, perpetuar su recuerdo y enseñar a las nuevas generaciones a conformar con ellas su conducta» (n. 1164). Sin templo, el judaísmo siguió celebrándolas: el seder de Pascua, la cuenta del ómer, el shofar de Rosh Hashaná, el ayuno de Yom Kipur, la cabaña y las cuatro plantas de Sukot. El Catecismo invita a conocer esa liturgia viva, porque ayuda a comprender mejor la cristiana (n. 1096).

El año cristiano creció de la misma raíz. Jesús murió en la Pascua y resucitó «el primer día de la semana», el día siguiente al sábado, que según la cronología de san Juan coincidía con la ofrenda de la primera gavilla en el templo (ver nota a 23,11). San Pablo lo

llama «primicias de los que mueren» (1 Cor 15,20). Cincuenta días después, en la fiesta de las Semanas, llegó el Espíritu Santo (Hch 2,1). Así nació el corazón del año litúrgico: cada semana, el domingo; cada año, la Pascua, «fiesta de las fiestas», con su cincuentena (Catecismo, nn. 1163 y 1169). En el ciclo del año, dice el concilio, la Iglesia despliega todo el misterio de Cristo, y sus misterios «en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo» (*Sacrosanctum Concilium* 102).

Las fiestas de otoño no pasaron como tales al calendario cristiano, pero la de los Tabernáculos dejó una huella honda en el Nuevo Testamento. San Juan sitúa en ella dos grandes palabras de Jesús: mientras el sacerdote derramaba sobre el altar el agua de Siloé y los candelabros del atrio iluminaban Jerusalén (Misná, Sukká 4,9; 5,2-3), Jesús proclamó: «si alguno tiene sed, venga a mí y beba», y «yo soy la luz del mundo» (Jn 7,37-38; 8,12). Zacarías había anunciado que todas las naciones subirían a Jerusalén a celebrar esta fiesta (Zac 14,16), y el Apocalipsis ve una multitud de todas las naciones, con palmas en las manos, sobre la que Dios extenderá su tienda (Ap 7,9.15). Santo Tomás pensaba que el octavo día de la fiesta prefiguraba la asamblea de los fieles en el reino de los cielos (*Suma teológica* I-II, q. 102, a. 4, ad 10).

Levítico 23 habla dos veces de un «octavo día» que sigue a los siete (23,36.39). Los primeros cristianos encontraron en esa cifra un nombre para el domingo: el día que sigue al sábado es a la vez el primero y el octavo. La Carta de Bernabé dice que los cristianos celebran con alegría el día octavo, en el que Jesús resucitó de entre los muertos (15,8-9), y san Justino explica a los paganos que se reúnen «el día del sol» porque en él Dios creó el mundo y Cristo

resucitó (*I Apología* 67). El Catecismo recoge la doble imagen: como primer día, el domingo recuerda la primera creación; como octavo, la nueva creación inaugurada por la resurrección (n. 2174). San Agustín terminó *La ciudad de Dios* con ese día que no tiene fin: «allí descansaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos» (XXII,30,5).

San Pablo dice que las fiestas, los novilunios y los sábados eran «sombra de lo venidero, pero la realidad es el cuerpo de Cristo» (Col 2,16-17). Sombra no quiere decir engaño: es la silueta que anuncia a quien se acerca. Por eso la Iglesia no desprecia el calendario de Israel; lo lee a la luz de la Pascua, y llama a su propio año «año de gracia del Señor» (Catecismo, n. 1168; Lc 4,19). Levítico 23 sigue enseñando algo sencillo: el tiempo tiene citas con Dios, y la primera gavilla del año, como la primera hora del domingo, es para él.

PAUSA

1. El calendario de Israel empezaba por el sábado. ¿Qué lugar ocupa el domingo en tu semana: el centro o lo que sobra?
2. La primera gavilla era para Dios antes de comer de la cosecha. ¿Qué primicias de tu tiempo o de tus bienes le ofreces?
3. En la fiesta de la cosecha había que dejar espigas al pobre. ¿Quién tiene sitio en tus fiestas?

Para orar. *Señor del tiempo, enséñame a vivir cada domingo como una cita contigo y una fiesta para los demás.*

24

La lámpara, los panes y el blasfemo

El capítulo une dos piezas distintas. La primera completa el calendario del capítulo 23 con el culto diario y semanal: el aceite de la lámpara que arde toda la noche (vv. 1-4) y los doce panes que se renuevan cada sábado (vv. 5-9). La segunda es uno de los dos únicos relatos del libro: el hijo de una israelita y de un egipcio blasfema el Nombre en una riña, Moisés consulta al Señor y el culpable es apedreado (vv. 10-23); en medio, la ley del talión, igual para el israelita y para el extranjero. Todo gira en torno a lo santo: la luz, el pan y el nombre de Dios.

La lámpara y los panes

1 Habló también el Señor a Moisés, diciendo: 2 Manda a los
hijos de Israel que te traigan aceite de olivas, el más puro y
clarificado [1], para hacer arder continuamente las lámpa-
ras, 3 fuera del velo del arca del Testamento [2] colocada en
el Tabernáculo de la alianza. Y las colocará Aarón para
que ardan toda la noche desde la tarde hasta la mañana,
delante del Señor: ceremonia que se observará con rito
perpetuo por toda vuestra posteridad. 4 Estarán siempre
colocadas sobre el candelero tersísimo [3], delante del Se-
ñor.

5 Recibirás también harina floreada y harás cocer doce
panes [4] hechos de ella, que tendrán cada uno dos décimas
de un efi; 6 de los cuales colocarás seis en un lado y seis en
otro ante el Señor, sobre la mesa limpísima, 7 y encima de
ellos pondrás incienso muy transparente; para que este
pan sea un monumento de oblación al Señor [5]. 8 Cada sá-
bado se mudarán estos panes [6], poniéndose otros ante la
presencia del Señor, recibiéndolos de los hijos de Israel
por pacto o fuero perpetuo [7]. 9 Y serán de Aarón y de sus
hijos por derecho perpetuo, para que los coman en el lugar
santo [8], por ser cosa santísima y ofrecida al Señor.

El blasfemo

10 Entretanto sucedió que un hijo de cierta mujer israelita,
que le había tenido de un egipcio [9], saliendo de entre los
hijos de Israel, trabó una riña en el campamento con un is-
raelita. 11 Y habiendo blasfemado y maldecido el nombre
santo [10], fue conducido a Moisés. (Llamábase la madre So-
lomit, hija de Dabri [11], de la tribu de Dan). 12 Y metiéronle
en la cárcel, hasta saber lo que ordenaba el Señor [12].

13 El cual habló a Moisés, 14 diciendo: Saca este blasfemo
fuera del campamento [13], y todos los que le oyeron pon-
gan sus manos sobre la cabeza de él [14], y apedréele todo el
pueblo. 15 Y dirás a los hijos de Israel: El hombre que mal-
dijere a su Dios [15], pagará la pena de su pecado: 16 Muera
irremisiblemente el que blasfemare el nombre del Señor;

acabará con él a pedradas todo el pueblo, ora sea ciudadano o bien extranjero [16]. Quien blasfemare el nombre del Señor, muera sin remedio.

[17] Quien hiriere a un hombre y le matare [17], muera irremisiblemente. [18] Quien hiriere o matare a un animal, restituirá otro equivalente, a saber, animal por animal [18]. [19] Quien ofendiere a cualquiera de sus conciudadanos, se hará con él según hizo. [20] Rotura por rotura, ojo por ojo, diente por diente [19], ha de pagar: cual fuere el daño causado, tal será forzado a sufrir. [21] Quien hiriere de muerte a un jumento, pagará otro; quien matare a un hombre, será ajusticiado. [22] Sea igual entre vosotros la justicia, ya fuere extranjero, ya ciudadano, el que pecare: porque yo soy el Señor Dios vuestro.

[23] Así habló Moisés a los hijos de Israel. Y en seguida sacaron éstos fuera del campamento al blasfemo, y le mataron a pedradas. E hicieron los hijos de Israel como el Señor había mandado a Moisés [20].

¿Sabías que?

La Misná cuenta cómo se juzgaba a un blasfemo sin repetir la blasfemia. Durante el juicio, los testigos no decían las palabras exactas: sustituían el nombre divino por otro de cuatro letras, «que Yosé golpee a Yosé». Solo al final, desalojada la sala, el testigo más anciano repetía lo que había oído, y los jueces se ponían en pie y rasgaban sus vestiduras con un desgarrón que nunca se volvía a coser (Sanedrín 7,5). Es el gesto de Caifás en el juicio de Jesús, cuando cree haber oído una blasfemia (Mt 26,65).

PAUSA

1. La lámpara ardía cada noche y los panes se renovaban cada sábado. ¿Qué gesto sencillo y constante mantiene viva tu relación con Dios?
2. El nombre de Dios es santo. ¿Cómo hablas de Dios, y cómo le hablas, cuando estás enojado?
3. Moisés esperó la respuesta del Señor antes de juzgar. ¿Te das tiempo para discernir antes de condenar a alguien?

Para orar. *Señor, que tu nombre sea santificado en mis labios y en mi vida, y que tu luz no se apague en mi casa.*

25

El año sabático y el jubileo

El ritmo del sábado pasa de los días a los años. Cada siete años la tierra descansa (vv. 1-7), y tras siete semanas de años llega el jubileo: al son del cuerno, el día de la Expiación, se proclama la libertad, cada familia recupera su tierra y quedan libres los israelitas que se habían vendido por pobreza (vv. 8-22). El fundamento es teológico: «la tierra es mía» y «los hijos de Israel son siervos míos» (vv. 23.55). De ahí las leyes sobre el rescate de campos, casas y personas, y sobre el préstamo sin interés (vv. 23-55). La Iglesia tomó de aquí el nombre de sus años santos.

El año sabático

1 Y habló el Señor a Moisés en el monte Sinaí [1], diciendo:
2 Habla a los hijos de Israel, y diles: Entrado que hayáis en
la tierra que yo os daré, dejadla descansar [2] un año de sie-
te en siete a honra del Señor. 3 Seis años sembrarás tu cam-
po, y seis años podarás tu viña, y cogerás sus frutos. 4 Pero
el año séptimo será para la tierra sábado en honor del des-
canso del Señor; no sembrarás el campo ni podarás la
viña. 5 No has de segar aquello que de suyo produjere la
tierra, ni has de recoger de los sarmientos las uvas de que
ofrecías tus primicias [3], como quien vendimia, porque es
año de huelga para la tierra; 6 sino que las comeréis tú y tu

esclavo, tu esclava y tu jornalero [4], y los extranjeros que
moran contigo. [7] Y todo lo que produzca la tierra, servirá
también para pasto de tus bestias y ganados.

El año del jubileo

[8] Asimismo contarás siete semanas de años [5]; es decir, sie-
te veces siete años, que juntos hacen cuarenta y nueve
años; [9] y al mes séptimo, el día diez del mes, que es el tiem-
po de la fiesta de la Expiación, harás sonar la bocina [6] por
toda vuestra tierra, [10] y santificarás el año quincuagésimo,
y anunciarás remisión o rescate general [7] para todos los
moradores de tu tierra; pues éste es el año del jubileo [8].
Cada uno recobrará su posesión [9] y cada cual se restituirá
a su antigua familia, [11] por ser el año quincuagésimo, año
del jubileo. No sembraréis ni segaréis lo que de suyo nacie-
re en el campo, ni recogeréis las primicias de la vendimia,
[12] a fin de santificar el jubileo; sino que comeréis lo que pri-
mero se os ponga delante.

[13] El año del jubileo todos han de recobrar sus posesiones.
[14] Cuando vendieres algo a tu conciudadano o lo compra-
res de él, no apremies a tu hermano [10], sino que ajustarás
la compra según los años que faltan para el jubileo, [15] y
conforme a esta cuenta te lo venderá. [16] Cuantos más años
faltaren de un jubileo a otro, tanto más crecerá el precio; y
cuanto menos tiempo queda, tanto menos valdrá la com-
pra; porque el que vende, vende el tiempo del usufructo.

17 No queráis apremiar a los que son de vuestra misma tribu, mas tema cada uno a su Dios; porque soy yo el Señor Dios vuestro.

18 Ejecutad mis preceptos, guardad y cumplid mis decretos, para que podáis habitar sin temor alguno en el país. 19 Y la tierra os dé sus frutos, de que comáis hasta saciaros, sin recelar violencia de nadie. 20 Y si dijereis: ¿Qué comeremos el año séptimo [11], si no hemos de sembrar, ni recoger nuestros frutos? 21 Yo derramaré en el año sexto mi bendición sobre vosotros y la tierra producirá tantos frutos como en tres años. 22 Y sembraréis el año octavo y comeréis los frutos añejos hasta el año noveno; hasta que nazcan los nuevos frutos, comeréis los añejos.

El rescate de la tierra y de las personas

23 La tierra asimismo no se venderá para siempre, por cuanto es mía, y vosotros sois advenedizos y colonos míos [12]. 24 Y así todo terreno de vuestra posesión se venderá con la condición de redimible.

25 Si empobreciendo tu hermano vendiere su haciendilla, puede un pariente suyo, si quiere, redimir [13] lo vendido por el otro. 26 Mas en caso de no tener pariente cercano, si él mismo puede hallar el precio con que redimirla, 27 se computarán los frutos caídos desde la venta, y pagará el resto al comprador; y con eso recobrará su posesión.

28 Que si no hallare arbitrio de juntar el precio, retendrá el
comprador lo comprado hasta el año del jubileo, en el cual
todo lo vendido se ha de restituir a su antiguo dueño y po-
seedor.

29 El que vendiere una casa dentro de los muros de una ciu-
dad, tendrá durante el año entero libertad de redimirla.
30 Si no la redimiere y hubiere pasado el año, la poseerá el
comprador y sus herederos perpetuamente, y no podrá re-
dimirse ni aun en el año del jubileo. 31 Si la casa está en una
aldea sin muros, se venderá al tenor de los campos; si no
ha sido redimida antes, en el jubileo volverá a su dueño.
32 Las casas que los levitas tienen en las ciudades [14], siem-
pre se pueden redimir; 33 si no se redimen, en el jubileo
volverán a sus dueños, porque las casas que en las ciuda-
des tienen los levitas, se reputan como posesiones entre
los hijos de Israel. 34 Pero sus campos, junto a las ciudades,
nunca se vendan, por ser herencia sempiterna.

35 Si tu hermano empobreciere y no pudiendo valerse, le
recibieres como forastero y peregrino, y viviere contigo,
36 no cobres usuras de él [15], ni más de lo que prestaste.
Teme a tu Dios, a fin de que tu hermano pueda vivir en tu
casa. 37 No le darás tu dinero a logro, y de los comestibles
no le exigirás aumento sobre aquello que le has dado. 38 Yo
el Señor Dios vuestro, que os he sacado de la tierra de
Egipto, para daros la tierra de Canaán y ser vuestro Dios.

39 Si tu hermano obligado de la pobreza se vendiere a ti, no
le oprimirás con el servicio propio de esclavos [16], 40 sino
que será tratado como jornalero y mozo de labranza; ser-
virá en tu casa hasta el año del jubileo, 41 y después saldrá
libre con sus hijos y volverá a su familia y a la herencia de
sus padres; 42 porque ellos son siervos míos [17], y yo los sa-
qué de la tierra de Egipto, y así no han de ser vendidos en
calidad de esclavos. 43 No aflijas, pues, a tu hermano, abu-
sando de tu poderío; mas teme a Dios.

44 Vuestros esclavos y esclavas han de ser de las naciones [18]
que os rodean, 45 y de los extraños que vienen a morar en-
tre vosotros, y los que de éstos nacieren en vuestra tierra,
ésos tendréis por siervos, 46 y por juro de herencia los deja-
réis a vuestros descendientes, poseyéndolos por siempre
jamás; pero a vuestros hermanos, los hijos de Israel, no los
oprimáis abusando del poder.

47 Si un extranjero y peregrino se hiciere poderoso entre
vosotros, y tu hermano viniendo a menos se vendiere a él
o a cualquiera de su linaje, 48 después de la venta puede ser
rescatado [19]. Quienquiera de sus hermanos puede resca-
tarle; 49 así el tío como el primo, el pariente de consangui-
nidad como el de afinidad, y aun él mismo se rescatará, si
puede, 50 entrando en cuenta solamente los años desde el
tiempo de su venta hasta el año del jubileo; y rebajando del
dinero en que fue vendido, el salario que corresponde a un

jornalero, según el número de años. 51 Si son muchos los años que faltan hasta el jubileo, según ellos habrá de pagar el precio; 52 si pocos, hará la cuenta con el comprador, según el número de los años servidos, 53 como si fuese a jornal, y le pagará el resto de años. El comprador no le ha de tratar con dureza, estándolo tú mirando. 54 Caso que no pudiere ser rescatado por estos medios, saldrá libre con sus hijos el año del jubileo. 55 Porque los hijos de Israel son siervos míos, a los cuales saqué yo de la tierra de Egipto.

¿Sabías que?

La Campana de la Libertad de Filadelfia lleva grabado un versículo de este capítulo en la versión inglesa del rey Jacobo: «Proclaim LIBERTY throughout all the Land unto all the Inhabitants thereof. Lev. XXV. v X», «proclamad la libertad en toda la tierra para todos sus habitantes» (25,10). La asamblea de Pensilvania la encargó en 1751 a una fundición de Londres; se rajó en la primera prueba y fue refundida en Filadelfia por John Pass y John Stow, cuyos nombres lleva. Los abolicionistas norteamericanos, que la tomaron como símbolo de su lucha contra la esclavitud, fueron los primeros en llamarla «Campana de la Libertad». Hoy se expone en el Liberty Bell Center, frente al Independence Hall.

Los años santos de la Iglesia

Año	Papa	Lo que lo distingue
1300	Bonifacio VIII	El primero; Dante lo recuerda en el *Infierno* (XVIII)
1350	Clemente VI	Desde Aviñón fija uno cada cincuenta años, como el Levítico
1475	Sixto IV	El primero cada veinticinco años, como dispuso Paulo II (1470)
1500	Alejandro VI	Puertas Santas en las cuatro basílicas; el papa abre la de San Pedro
1825	León XII	Tras el año santo que no pudo celebrarse en 1800
1933	Pío XI	Extraordinario: 1900 años de la Redención
1950	Pío XII	Define el dogma de la Asunción (1 de noviembre)
1975	Pablo VI	Año de la renovación y la reconciliación
1983-1984	Juan Pablo II	Extraordinario: 1950 años de la Redención
2000	Juan Pablo II	El Gran Jubileo; Día del Perdón (12 de marzo)
2015-2016	Francisco	Jubileo de la Misericordia; una Puerta Santa en cada diócesis
2025	Francisco, León XIV	«Peregrinos de esperanza»; clausurado el 6 de enero de 2026

Desde 1475 el año santo ordinario se celebra cada veinticinco años; los extraordinarios responden a un motivo especial. Su nombre viene del jubileo de Lv 25, y su gracia propia es la indulgencia (Catecismo, nn. 1471-1479).

PARA PROFUNDIZAR

El jubileo de Israel y los jubileos de la Iglesia

Levítico 25 lleva el ritmo del sábado de los días a los años. Cada siete años la tierra descansa, y lo que brota solo es para todos (25,1-7). Después de siete semanas de años, el día de la Expiación, el cuerno de carnero (yobel) anuncia el año quincuagésimo: se proclama la libertad (deror), cada familia recupera la tierra que había vendido y los israelitas que se habían vendido por deudas vuelven libres a su casa (25,8-55). El fundamento no es económico, sino teológico: «la tierra es mía, y vosotros sois advenedizos y colonos míos» (25,23), y «los hijos de Israel son siervos míos» (25,55). Ni la tierra ni las personas pueden pertenecer para siempre a otro hombre.

¿Se cumplió alguna vez? El año sabático, sí: lo mencionan Nehemías y el primer libro de los Macabeos (Neh 10,32; 1 Mac 6,49.53), y la Misná atribuye a Hillel el prosbul, una cláusula para que la gente no dejara de prestar ante el año de remisión de las deudas (Shebiit 10,3). Del jubileo no hay noticias seguras: Jeremías cuenta una liberación de esclavos revocada enseguida (Jr 34,8-22), Nehemías obligó a los ricos a perdonar deudas (Neh 5), y Ezequiel habla del «año de la libertad» (Ez 46,17). En Mesopotamia, algunos reyes decretaban al subir al trono una «liberación» que cancelaba deudas (andurārum, palabra emparentada con deror); Levítico 25 la convierte en una ley periódica dada por Dios. Muchos estudiosos piensan que el jubileo fue más un ideal que una institución, y Juan Pablo II lo reconoció: «más una esperanza que una concreta realización» (*Tertio millennio adveniente* 13).

Isaías tomó la palabra del jubileo para anunciar al ungido que proclamaría «a los cautivos la libertad» y «el año de gracia del Señor» (Is 61,1-2). En la sinagoga de Nazaret, Jesús leyó ese pasaje y dijo: «hoy se ha cumplido esta Escritura» (Lc 4,16-21). La versión griega había traducido deror por áfesis, que en el Nuevo Testamento es también el perdón de los pecados, y Jesús enseñó a pedir: «perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt 6,12). Juan Pablo II escribió que el jubileo, «año de gracia del Señor», es una característica de la actividad de Jesús (*Tertio millennio adveniente* 11).

El 22 de febrero de 1300, Bonifacio VIII proclamó con la bula *Antiquorum habet fida relatio* el primer año santo, con indulgencia plenaria para los peregrinos que visitaran las basílicas romanas de San Pedro y San Pablo. Pensado para cada cien años, el jubileo pasó a celebrarse cada cincuenta, como en el Levítico, y, por decisión de Paulo II (1470), cada veinticinco desde 1475, además de los extraordinarios (ver el cuadro). El último ordinario, «Peregrinos de esperanza», lo abrió Francisco la Nochebuena de 2024 y lo clausuró León XIV el 6 de enero de 2026. Su gracia propia es la indulgencia: la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados ya perdonados en cuanto a la culpa, que la Iglesia concede aplicando el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los santos (Catecismo, n. 1471).

La raíz del jubileo, «la tierra es mía», alimenta la doctrina social: los bienes de la creación están destinados a todo el género humano, y la propiedad privada no anula ese destino universal (Catecismo, nn. 2402-2403); entre las medidas del Antiguo Testamento en favor de los pobres, el Catecismo nombra el año jubilar

y la prohibición del préstamo a interés (n. 2449). Juan Pablo II pidió, «en el espíritu del Libro del Levítico», que el Gran Jubileo fuera ocasión para pensar en una notable reducción, si no en una total condonación, de la deuda internacional de los países pobres (*Tertio millennio adveniente* 51), y Francisco repitió la petición para 2025, como cuestión de justicia (*Spes non confundit* 16).

El jubileo tenía un límite: liberaba a los israelitas, pero permitía poseer para siempre esclavos extranjeros (25,44-46). Estos libros contienen «elementos imperfectos y pasajeros» (*Dei Verbum* 15; Catecismo, n. 122). Pero la razón del jubileo iba más allá de su letra: si nadie puede ser esclavo de otro porque es siervo de Dios, en Cristo, que ha rescatado a todos, «no hay esclavo ni libre» (Gál 3,28). La Iglesia tardó en sacar todas las consecuencias; hoy enseña que la esclavitud degrada la civilización humana (*Gaudium et spes* 27) y es un pecado contra la dignidad de las personas (Catecismo, n. 2414). Cada jubileo recuerda que la libertad es un don de Dios que hay que devolver, una y otra vez, a quien la ha perdido.

PAUSA

1. «La tierra es mía», dice Dios. ¿Vives lo que tienes como dueño absoluto o como administrador?
2. El año sabático pedía confiar en que Dios proveería. ¿En qué terreno de tu vida te cuesta soltar el control?
3. El jubileo devolvía a cada uno su lugar. ¿A quién podrías ayudar a volver a empezar: perdonando una deuda, dando otra oportunidad?

Para orar. *Señor, tú eres el dueño de todo: hazme generoso con lo que me prestas y libre para servirte.*

26

Bendiciones y maldiciones

El Código de santidad termina como terminaban los antiguos tratados de alianza: con bendiciones y maldiciones. Tras recordar los mandamientos básicos (vv. 1-2), Dios promete lluvia, cosechas, paz y, sobre todo, su presencia: «andaré entre vosotros» (vv. 3-13). Después anuncia, en oleadas cada vez más duras, lo que vendrá si el pueblo rompe la alianza: hambre, guerra, fieras, peste, asedio y destierro, mientras la tierra recupera sus sábados (vv. 14-39). Pero la última palabra es otra: si confiesan su pecado, Dios recordará su alianza con Jacob, Isaac y Abrahán, y no los abandonará (vv. 40-45). El v. 46 cierra el código.

Las bendiciones de la alianza

1 Yo soy el Señor Dios vuestro: No os fabricaréis ídolos, ni
estatuas, ni erigiréis columnas o aras, ni pondréis en vues-
tra tierra piedra señalada [1] con el fin de adorarla, porque
yo soy el Señor Dios vuestro. 2 Guardad mis sábados, y te-
ned profundo respeto a mi santuario [2]. Yo el Señor.

3 Si seguís mis preceptos, y observáis mis mandatos y los
cumplís, os enviaré lluvias a sus tiempos [3], 4 y la tierra
producirá sus granos, y estarán los árboles cargados de
frutos. 5 Y con tanta abundancia que la trilla de las mieses
alcanzará la vendimia [4] y la vendimia la sementera; y co-

meréis vuestro pan en hartura y habitaréis en vuestra tierra sin temor ninguno. 6 Haré que reine la paz en vuestros confines [5]. Dormiréis y no habrá quien os espante. Ahuyentaré las bestias dañinas y no entrará espada en vuestros términos. 7 Perseguiréis a vuestros enemigos y caerán delante de vosotros. 8 Cinco de los vuestros perseguirán a cien extraños y cien de vosotros a diez mil; vuestros enemigos caerán en vuestra presencia al filo de la espada.

9 Echaré sobre vosotros una mirada benigna, y os haré crecer, y seréis multiplicados, y confirmaré mi alianza con vosotros. 10 Comeréis los frutos añejos de mucho tiempo y al fin arrojaréis los añejos por la abundancia de los nuevos. 11 Fijaré mi Tabernáculo en medio de vosotros [6] y no os desechará mi alma. 12 Andaré entre vosotros [7] y seré vuestro Dios, y vosotros seréis el pueblo mío. 13 Yo el Señor Dios vuestro que os he sacado de la tierra de los egipcios, a fin de que no fueseis sus esclavos; y rompí las cadenas de vuestras cervices [8], para que alzaseis cabeza.

Las maldiciones

14 Pero si no me escuchareis, ni cumpliereis todos mis mandamientos; 15 si despreciareis mis leyes y no hiciereis caso de mis juicios, dejando de hacer lo que tengo establecido e invalidando mi pacto; 16 ved aquí la manera con que yo también me portaré con vosotros: Os castigaré prontamente con hambre, y con un ardor que os abrasará los

ojos, y consumirá vuestras vidas. En vano haréis vuestra sementera, pues será devorada por vuestros enemigos.
17 Os dirigiré una mirada con rostro airado, y caeréis a los
pies de vuestros enemigos, y quedaréis sujetos a los que os
aborrecen: os entregaréis a la fuga sin que nadie os persiga.

18 Que si aun con eso no me obedeciereis, os castigaré toda-
vía siete veces más [9], por causa de vuestros pecados, 19 y
quebrantaré el orgullo de vuestra rebeldía, y haré desde lo
alto que el cielo sea de hierro para vosotros y de bronce la
tierra [10]. 20 Se irá en humo todo vuestro trabajo; la tierra
no producirá su esquilmo, y los árboles no darán frutos.

21 Si quisiereis apostároslas conmigo [11], desobedeciendo
mis órdenes, aumentaré siete veces más vuestras plagas
por causa de vuestros pecados; 22 y enviaré contra vosotros
las fieras del campo, para que os devoren a vosotros y a
vuestros ganados, reduciéndoos a un corto número y ha-
ciendo desiertos vuestros caminos.

23 Que si ni aun con eso quisiereis enmendaros, sino que
prosiguiereis oponiéndoos a mí, 24 yo también proseguiré
oponiéndome a vosotros y os castigaré siete veces más por
vuestros pecados, 25 y haré descargar sobre vosotros la es-
pada, que os castigará por haber roto mi alianza. Y si os re-
fugiareis a las ciudades muradas, os enviaré peste y seréis
entregados en manos de vuestros enemigos, 26 después que

yo os hubiere quitado el apoyo del pan [12] que es vuestro sustento; en tal extremo, que diez mujeres cocerán panes en un solo horno y darán a sus hijos el pan por onzas; y comeréis y nunca os saciaréis.

[27] Pero si ni aun con todo eso me escucharéis, sino que prosiguiereis pugnando contra mí; [28] yo asimismo procederé contra vosotros con saña de enemigo y os azotaré con siete nuevas plagas por vuestros pecados, [29] de suerte que vengáis a comer las carnes de vuestros hijos [13] y de vuestras hijas. [30] Destruiré vuestras alturas en que adoráis a los ídolos y despedazaré vuestros simulacros. Caeréis entre las ruinas de vuestros ídolos y mi alma os abominará, [31] en tanto grado, que reduciré a soledad vuestras ciudades y asolaré vuestros santuarios, y no aceptaré ya más el olor suavísimo de vuestros sacrificios [14]. [32] Talaré vuestra tierra y quedarán atónitos, viéndola vuestros enemigos, cuando entren a morar en ella.

[33] Y a vosotros os dispersaré por entre las naciones, y desenvainaré mi espada en pos de vosotros, y quedará desierta vuestra tierra, y arruinadas vuestras ciudades. [34] Entonces la tierra gozará de sus sábados [15] o días de reposo, mientras durará el tiempo de su soledad; cuando vosotros [35] estéis en tierra enemiga, ella descansará y hallará su reposo, estando sola o desierta; ya que no reposó en vuestros sábados, cuando habitabais en ella.

36 Y a los que de vosotros quedaren, infundiré espanto en
sus corazones en medio de los países enemigos; se estre-
mecerán al ruido de una hoja volante [16], huyendo de ella
como de una espada; caerán sin que nadie los persiga; 37 y
se atropellarán unos a otros, como quien huye de la bata-
lla; ninguno de vosotros tendrá valor para resistir al
enemigo. 38 Pereceréis entre las naciones, y la tierra
enemiga os consumirá. 39 Que si todavía quedaren algunos
de éstos, se irán pudriendo por sus iniquidades en el país
de sus enemigos; y serán cruelmente afligidos por los pe-
cados de sus padres y por los suyos,

Dios recuerda su alianza

40 hasta que confiesen sus maldades y las de sus
mayores [17], con que prevaricaron y se rebelaron contra
mí. 41 Por donde yo también iré contra ellos y los arrojaré a
país enemigo, hasta tanto que su corazón incircunciso se
confunda [18] y avergüence; entonces será cuando pedirán
perdón de sus impiedades. 42 Y yo me acordaré de la alian-
za que hice con Jacob, y con Isaac, y con Abrahán [19]. Me
acordaré también de la tierra, 43 la cual, despoblada de
ellos, gozará de sus días de sábado, reducida a un yermo
por causa de ellos. Mas entretanto me pedirán perdón por
sus pecados, por haber rechazado mis ordenanzas y des-
preciado mis leyes. 44 Y yo a pesar de eso, aun estando ellos
en tierra enemiga, no los abandoné totalmente, ni los des-

amé tanto que los dejase perecer enteramente, y anulase el pacto hecho con ellos [20]. Porque al fin yo soy el Señor Dios suyo. [45] Y tendré presente la antigua alianza que hice con ellos, cuando a vista de las naciones los saqué de la tierra de Egipto, para ser yo su Dios. Yo soy el Señor.

[46] Estos son los decretos, y preceptos, y leyes [21] que Dios estableció entre sí y los hijos de Israel en el monte Sinaí por medio de Moisés.

> **¿Sabías que?**
>
> En la sinagoga, la lectura de estas maldiciones tiene reglas propias. La Misná manda leerlas sin interrupción: no se reparten entre varios lectores, sino que las lee una sola persona, de corrido (Meguilá 3,6). El Talmud da dos razones: no dar la impresión de que se desprecia la corrección del Señor (Prov 3,11) y no pronunciar una bendición sobre una desgracia (Meguilá 31b). Por costumbre, en muchas comunidades el lector las proclama en voz más baja.

PARA PROFUNDIZAR

Bendición, maldición y fidelidad de Dios

El Código de santidad termina como terminaban los tratados de alianza del antiguo Oriente: con bendiciones para el que cumple y maldiciones para el que rompe el pacto. El Deuteronomio tiene una página paralela, más larga (Dt 28), y el ensayo sobre la alianza del Sinaí, en el Éxodo, explica su parecido con los tratados hi-

titas y asirios. Las coincidencias llegan a las imágenes: un tratado de Asarhadón de Asiria, del año 672 a. C., desea al vasallo infiel una tierra dura como el hierro y un cielo de bronce que no llueva, como Lv 26,19 y Dt 28,23. Pero aquí el que bendice y el que castiga no es un rey que defiende su trono, sino el Dios que sacó a Israel de Egipto «para que alzaseis cabeza» (26,13). Y la bendición suprema no es la cosecha, sino la presencia: «andaré entre vosotros, y seré vuestro Dios» (26,12), como Dios se paseaba por el jardín del Edén.

Las maldiciones son largas y terribles. Avanzan en oleadas, cada una con una nueva condición, «si aun con eso…», y con un castigo «siete veces» mayor. Pero la clave está en un verbo del v. 23: «si con esto no os dejáis corregir». El hebreo usa la palabra de la educación paterna: cada golpe deja una puerta abierta. La Carta a los Hebreos lee así las pruebas: «el Señor corrige a los que ama» (Heb 12,6; Prov 3,12). La tradición judía lo entendió también: la Misná manda leer estas maldiciones de corrido, y el Talmud explica que es para no despreciar la corrección del Señor (Meguilá 31b).

Israel leyó su historia en este capítulo: las guerras, los asedios, la dispersión entre las naciones (26,33). El cronista vio en los setenta años de Babilonia el sábado que la tierra recuperaba (2 Cr 36,21). Muchos estudiosos piensan que el texto recibió su forma final cuando el destierro era ya una realidad o una amenaza cercana; otros lo consideran más antiguo. En cualquier caso, los grandes orantes del exilio rezaron con sus palabras, confesando sus pecados y los de sus padres (Esd 9; Neh 9; Dn 9).

Porque el capítulo no termina en el destierro, sino en la memoria de Dios. Si el pueblo confiesa su culpa y su corazón incircunciso se humilla, Dios se acordará de su alianza con Jacob, con Isaac y con Abrahán, y de la tierra (26,40-42). «Aun estando ellos en tierra enemiga, no los abandoné totalmente, ni los desamé tanto que los dejase perecer enteramente, y anulase el pacto hecho con ellos» (26,44). La fidelidad de Dios es más grande que la infidelidad de su pueblo. San Pablo lo dirá de Israel con palabras que la Iglesia hizo suyas en el concilio Vaticano II: «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rom 11,29; *Nostra aetate* 4; Catecismo, n. 839). Y lo dirá de cada creyente: «si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo» (2 Tim 2,13).

¿Premia Dios a los buenos con buenas cosechas y castiga a los malos con desgracias? Levítico 26 habla a un pueblo entero, en la tierra de la alianza y con el lenguaje de los tratados. La misma Biblia matiza la idea de una retribución automática: Ezequiel insiste en que cada uno responde de sus propios actos (Ez 18), el libro de Job protesta contra quienes leen cada sufrimiento como un castigo, y Jesús lo niega ante el ciego de nacimiento, «ni pecó este ni sus padres» (Jn 9,3), y ante los galileos asesinados por Pilato y los muertos de la torre de Siloé (Lc 13,1-5). El Padre «hace salir su sol sobre malos y buenos» (Mt 5,45). Lo que permanece de Levítico 26 es la seriedad de la libertad: el pecado destruye, y apartarse de Dios tiene consecuencias para las personas y para los pueblos.

San Pablo da el último paso: «Cristo nos rescató de la maldición de la Ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros», para que la bendición de Abrahán llegara a todas las naciones (Gál

3,13-14). En la cruz se agotan las maldiciones, y desde ella el Padre «nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales» en Cristo (Ef 1,3). La última palabra del capítulo, como la de toda la Biblia, es la de un Dios que se acuerda de su alianza.

PAUSA

1. Dios promete: «andaré entre vosotros». ¿Dónde has sentido que Dios camina contigo?
2. Las maldiciones son una pedagogía para volver. ¿Qué te ha enseñado alguna prueba de tu vida?
3. Israel tuvo que confesar sus pecados y los de sus padres. ¿Hay heridas de tu familia que necesitas poner ante Dios?

Para orar. *Señor, tú no rompes tu alianza aunque yo sea infiel: dame un corazón dócil que vuelva siempre a ti.*

27

Los votos y los diezmos

El libro se cierra con un apéndice: qué hacer cuando alguien promete algo a Dios y luego quiere rescatarlo con dinero. Primero, el voto de una persona, valorada según su edad y su sexo (vv. 1-8); después, los animales (vv. 9-13), las casas y los campos, cuyo precio depende de los años que faltan para el jubileo (vv. 14-25). Siguen tres casos especiales: los primogénitos, que ya son de Dios; el anatema, que no se rescata, y los diezmos (vv. 26-33). La Ley toma en serio la palabra dada a Dios, pero deja una salida al pobre (v. 8). El v. 34 cierra el libro al pie del Sinaí.

El voto de una persona

1 Habló todavía el Señor a Moisés, diciendo: 2 Habla a los
hijos de Israel, y diles: El hombre que hiciere un voto y
prometiere a Dios consagrarle su vida [1], pagará para des-
obligarse un cierto precio, según la tasa siguiente: 3 Si fue-
re varón de veinte años hasta sesenta, dará cincuenta si-
clos de plata del peso del santuario [2]. 4 Si es mujer, treinta.
5 Mas desde cinco años hasta veinte el varón dará veinte si-
clos, la hembra diez. 6 Por el niño de un mes hasta cinco
años se darán cinco siclos, por la niña tres. 7 El hombre de
sesenta años arriba dará quince siclos, la mujer diez. 8 Si es

pobre, que no pueda pagar la tasa [3], se presentará al sacerdote y dará lo que éste juzgare y viere que puede pagar.

Animales, casas y campos

[9] Si alguno ofrece por voto un animal, que se puede sacrificar al Señor, será sagrado; [10] y no se podrá trocar ni mejor por malo, ni peor por bueno [4]; que si le trocare, tanto el trocado como el de trueque quedarán consagrados al Señor. [11] Quien ofreciere por voto un animal inmundo, que no se puede inmolar al Señor, le traerá al sacerdote, [12] el cual, examinando si es bueno o malo, tasará el precio. [13] Y si el oferente quisiere dar ese precio para recobrarle, debe añadir un quinto sobre la valuación [5].

[14] Cuando un hombre ofrece un voto y consagra su casa al Señor, la reconocerá el sacerdote para ver si es buena o mala, y se venderá según el precio que éste tasare. [15] Pero si el que hizo el voto quisiere redimirla, dará una quinta parte sobre el precio de su tasación y se quedará con ella.

[16] Que si hiciere voto y consagrare al Señor un campo de su herencia, se tasará el precio a proporción del grano que se necesita para sembrarle. Si son necesarios treinta modios de cebada [6], véndase por cincuenta siclos de plata. [17] Si el voto de dar el campo lo hace desde el principio del año del jubileo, será apreciado en todo su valor. [18] Mas si lo hace después de algún tiempo, calculará el sacerdote la suma, a

proporción del número de años que faltan hasta el jubileo; y según eso será la rebaja del precio. 19 Si quien hizo el voto quiere redimir el campo, añadirá un quinto al precio tasado y lo poseerá de nuevo. 20 Pero si no quiere redimirle y se vende a otro cualquiera, aquél que lo prometió con voto no podrá ya más redimirle. 21 Por cuanto venido que sea el día del jubileo, quedará consagrado al Señor, y la posesión consagrada pertenece al derecho de los sacerdotes.

22 Si el campo consagrado al Señor es comprado y no habido por herencia de sus mayores, 23 el sacerdote calculará el precio conforme al número de años restantes hasta el jubileo, y el que hizo el voto dará este precio al Señor; 24 mas en el jubileo será restituido al primer dueño que lo vendió y lo tenía por juro de herencia. 25 Todas las estimas se harán según el peso del siclo del santuario. El siclo tiene veinte óbolos [7].

Primogénitos, anatemas y diezmos

26 Nadie podrá consagrar ni ofrecer en voto los primogénitos, pues pertenecen al Señor [8]. Sean de la vacada o sean de los rebaños, del Señor son. 27 Si el animal es inmundo, el que le ofreció le rescatará según valuación que tú hagas, añadiendo un quinto al precio. Si no quiere rescatarle, se venderá a otro en lo que tú le hubieres valuado.

28 Todo lo consagrado al Señor [9], sea hombre, sea animal
o sea campo, no se venderá, ni podrá ser redimido. Todo
lo que una vez fuere así consagrado al Señor, será para él,
siendo como es cosa santísima. 29 Y todo lo que de esta ma-
nera es ofrecido y consagrado por un hombre, no será res-
catado, sino que debe ser muerto sin falta [10].

30 Todos los diezmos de la tierra [11], ya sean de granos, ya
de frutos de árboles, del Señor son, y a él están consagra-
dos. 31 Que si uno quiere redimir sus diezmos, dará encima
el quinto. 32 De todos los bueyes, ovejas y cabras, que cuen-
ta el pastor con el cayado [12], la décima cabeza que salga,
será para el Señor. 33 No se escogerá ni buena ni mala, ni se
cambiará con otra; si se cambiare, quedará consagrada al
Señor, sin poder redimirse, tanto lo cambiado como lo que
se haya dado en cambio.

34 Estos son los preceptos dados por el Señor a Moisés [13]
para los hijos de Israel, en el monte Sinaí.

¿Sabías que?

En muchas sinagogas, cuando termina la lectura de uno de los cinco libros de la Torá, como el Levítico, la comunidad exclama: «¡Jazak, jazak, ve-nitjazek!», «¡Sé fuerte, sé fuerte, y fortalezcámonos!». La fórmula recuerda la palabra de Dios a Josué cuando recibió el libro de la Ley: «sé fuerte y valiente... que no se aparte de tu boca el libro de esta Ley» (Jos 1,7-8). Es una buena manera de despedirse de un libro difícil: con ánimo para seguir leyendo.

Lo que valía una persona

Edad	Varón	Mujer
De 1 mes a 5 años	5 siclos (unos 57 g de plata)	3 siclos (unos 34 g)
De 5 a 20 años	20 siclos (unos 228 g)	10 siclos (unos 114 g)
De 20 a 60 años	50 siclos (unos 570 g)	30 siclos (unos 342 g)
Más de 60 años	15 siclos (unos 171 g)	10 siclos (unos 114 g)
El pobre	Lo que el sacerdote juzgue que puede pagar (27,8)	
La medida	El siclo del santuario, de veinte óbolos (27,25): unos 11,4 g de plata; el óbolo, algo más de medio gramo	

Tarifas para cumplir el voto de consagrar a Dios una persona (27,2-8). Probablemente reflejan la capacidad de trabajo en una economía campesina, no el valor de la persona ante Dios. Ana ofreció a Samuel al Señor y lo dejó en el santuario (1 Sam 1,11.28). Treinta siclos era el precio de un esclavo (Éx 21,32); por treinta monedas de plata fue vendido Jesús (Mt 26,15). Los pesos son aproximados.

PAUSA

1. Los votos se tomaban muy en serio. ¿Qué promesas has hecho a Dios, en el bautismo, en el matrimonio o en privado, y cómo las vives?
2. Al pobre se le pedía lo que podía pagar. ¿Te comparas con otros en lo que das a Dios, o le das lo que de verdad puedes?
3. El diezmo reconocía que todo viene de Dios. ¿Cómo ayudas con tus bienes a la Iglesia y a los pobres?

Para orar. *Señor, que mi palabra contigo sea firme y mi corazón generoso, porque todo lo que tengo es tuyo.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 3

1. ¿Qué hacía el oferente con su mano antes de que se degollara la víctima? 1
2. ¿Qué podía ofrecer en holocausto quien no tenía ganado? 2
3. ¿Qué dos cosas no se podían quemar nunca en el altar, y cuál no debía faltar en ninguna ofrenda? 3
4. ¿Qué partes de la hostia pacífica se quemaban siempre en el altar? 4
5. ¿Qué dos cosas prohibió Dios comer «por ley perpetua»? 5

Capítulos 4 a 7

1. ¿Hasta dónde llevaba el sumo sacerdote la sangre del becerro ofrecido por su pecado? 1
2. ¿Qué podía ofrecer por su pecado quien no podía pagar ni dos tórtolas? 2

3. ¿Qué debía añadir, además de reparar el daño, el que había faltado en las cosas consagradas? 3

4. ¿Qué debía hacer quien había defraudado a su prójimo antes de ofrecer su sacrificio? 4

5. ¿Qué fuego no debía apagarse nunca? 5

6. ¿Qué partes de la hostia pacífica correspondían a los sacerdotes? 6

Capítulos 8 a 10

1. ¿En qué partes del cuerpo puso Moisés la sangre del carnero de la consagración? 1

2. ¿Cuántos días debían permanecer los nuevos sacerdotes a la puerta del Tabernáculo? 2

3. ¿Qué hizo Aarón al terminar los sacrificios del octavo día, antes de bajar del altar? 3

4. ¿Cómo mostró Dios que aceptaba los sacrificios del octavo día? 4

5. ¿Qué ofrecieron Nadab y Abiú, y qué les sucedió? 5

6. ¿Qué prohibió Dios a Aarón y a sus hijos cuando entraran en el Tabernáculo? 6

Capítulos 11 a 12

1. ¿Qué dos señales debía tener un cuadrúpedo para que se pudiera comer? [1]
2. ¿Con qué palabras termina Dios la ley de los animales puros e impuros? [2]
3. ¿Cuánto duraba la purificación de la madre si nacía un niño, y cuánto si nacía una niña? [3]
4. ¿Qué podía ofrecer la madre que no alcanzaba para un cordero, y quién lo ofreció en el Evangelio? [4]

Capítulos 13 a 15

1. ¿Quién examinaba al enfermo de «lepra» y qué hacía cuando el caso era dudoso? [1]
2. ¿Qué debía hacer el leproso declarado impuro? [2]
3. ¿Qué se hacía con los dos pájaros en la purificación del leproso? [3]
4. ¿Dónde ponía el sacerdote la sangre y el aceite el octavo día? [4]
5. ¿Qué razón da el capítulo 15 para todas estas leyes de pureza? [5]

Capítulos 16 a 17

1. ¿Por qué ofrecía el sumo sacerdote primero un becerro? 1
2. ¿Qué se hacía con el macho cabrío al que tocaba la suerte «para el Señor», y qué con el otro? 2
3. ¿Qué día se celebraba la Expiación y qué debía hacer el pueblo? 3
4. ¿Dónde debían ofrecerse todos los sacrificios según el capítulo 17? 4
5. ¿Por qué prohíbe la Ley comer sangre? 5

Capítulos 18 a 20

1. ¿Con qué palabras se firman muchas leyes del capítulo 18? 1
2. ¿Qué hará la tierra con quienes la contaminen con estas abominaciones? 2
3. ¿Qué debía dejar el israelita al segar su campo y al vendimiar su viña? 3
4. ¿Hasta cuándo se podía retener el jornal del jornalero? 4

5. ¿A quién manda amar el capítulo 19 «como a vosotros mismos», además del prójimo? [5]

6. ¿Qué pena fija la Ley para el que diere un hijo a Moloc? [6]

7. ¿Qué debía hacerse con el hombre o la mujer que tuvieran espíritu pitónico? [7]

Capítulos 21 a 22

1. ¿Por qué parientes podía contaminarse el sacerdote asistiendo a su funeral? [1]

2. ¿Con quién debía casarse el sumo sacerdote? [2]

3. ¿Qué debía hacer quien comiera por ignorancia de las cosas santificadas? [3]

4. ¿Cuántos días debía estar con su madre el ternero, el cordero o el cabrito antes de ser ofrecido? [4]

Capítulos 23 a 24

1. ¿Con qué fiesta empieza el calendario de Levítico 23, y en qué se distingue de las demás? [1]

2. ¿Qué no se podía comer antes de ofrecer la gavilla de primicias? [2]

3. ¿Qué recordaba la fiesta de los Tabernáculos? 3

4. ¿Cuántos panes se ponían ante el Señor, y cada cuánto se renovaban? 4

5. ¿Qué hizo Moisés con el blasfemo antes de juzgarlo? 5

Capítulos 25 a 27

1. ¿Cada cuánto descansaba la tierra, y qué año era el jubileo? 1

2. ¿Qué día se tocaba la bocina que anunciaba el jubileo? 2

3. ¿Por qué la tierra no podía venderse para siempre? 3

4. ¿Con qué cifra se repite el aumento de los castigos en Levítico 26? 4

5. ¿Con qué patriarcas recuerda Dios su alianza, y en qué orden? 5

6. ¿Cuánto daba un varón de veinte a sesenta años para cumplir el voto de su persona? 6

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y algunas palabras mal transcritas u omitidas, cotejadas con la Vulgata y con la edición de 1824; además, el versículo 22,5, que faltaba en la transcripción digital, se ha recuperado de esa edición). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

Los versículos siguen la numeración de la Vulgata. En muchas Biblias modernas, que siguen la numeración hebrea, 6,1-7 es 5,20-26 y 6,8-30 es 6,1-23; desde el capítulo 7 la numeración coincide. El versículo 22,5, sobre quien toca un reptil u otra cosa inmunda, que está en la Vulgata y en el hebreo, faltaba en la transcripción digital y se ha tomado de la primera edición de Torres Amat (Madrid, 1824). Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.